
HARLEQUIN
OTRA OPORTUNIDAD
Jazmín Top
LAURA MARIE ALTOM
La misión más peligrosa



Laura Marie Altom

La misión más peligrosa



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2013 Laura Marie Altom
© 2015 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
La misión más peligrosa, n.º 34 - octubre 2015
Título original: The SEAL's Christmas Twins
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Jazmín y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-7294-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

–Un momento…, ¿muerta? –el SEAL, Mason Brown, se tapó la oreja izquierda. Estaba en la base de Virginia, Fort Story, en unos entrenamientos de combate. Si su comandante lo pillaba con el móvil, sería el infierno. Por si acaso, se encerró en el baño–. No he entendido bien.

–Mason. Lo siento, pero me has entendido perfectamente. Melissa y Alec han muerto. Su avión se estrelló y… –Hattie se interrumpió.

Tenía que ser un error. Porque, aunque su exmujer lo hubiera traicionado de las peores maneras posibles, no se imaginaba la vida sin ella en el planeta.

–Siento comunicártelo por teléfono, pero estabas muy lejos.

–Lo entiendo –lo que no entendía era su propia reacción.

Melissa lo había engañado con su viejo amigo, Alec, hacía seis años. ¿Por qué sentía las piernas entumecidas? ¿Por qué se sentía vulnerable, expuesto, incluso algo atemorizado?

–Mason, sé que seguramente será lo último que quieras oír en un momento como este, pero el abogado de Melissa y Alec necesita verte. Dice que estás en el testamento y…

–¿Y por qué iba a estar yo en el testamento? –la interrumpió él.

–No tengo ni idea. Quería llamarte él, pero le pedí que me dejara hacerlo a mí. No quería que recibieras esta noticia de un extraño.

«¿Y no es eso lo que somos tú y yo?». Aunque Hattie y él habían estado muy unidos, tras la ruptura con Melissa, esta última se había llevado consigo al resto de la familia.

–¿Mason? ¿Vas a venir?

Él soltó un gruñido.

Desde el exterior llegaban los sonidos de las armas de fuego. Aquel era su mundo. Se sentía cómodo en Virginia. En su pueblo natal de Conifer, Alaska, era un paria, algo que resultaba irritante, considerando que había sido él la víctima.

–¿Mason? El abogado de Melissa insiste en que estés presente para la lectura del testamento.

–De acuerdo –murmuró al fin–. Allí estaré.

El jueves por la tarde, Hattie Beaumont se ofreció a ir al aeropuerto. Su madre seguía postrada en la cama, y su padre no estaba mucho

mejor. Acomodó a las gemelas de su hermana, de cinco meses, en una fila de asientos vacíos en el aeropuerto de Conifer, recién construido tras el hundimiento del anterior por culpa de una tormenta de nieve.

El modesto edificio alojaba tres aerolíneas regionales, dos compañías chárter, una agencia de alquiler de coches, una cafetería, una tienda y un restaurante.

A las nueve de la noche todo estaba cerrado y allí solo había tres grupos más esperando la llegada del último vuelo de la noche, procedente de Anchorage.

Las pequeñas, que al fin se habían dormido en sus cucos, pesaban mucho, pero nada que ver con el peso del dolor que le agarrotaba el corazón.

La avioneta bimotor del marido de su hermana se había estrellado por culpa del mal tiempo el martes anterior. Alec había muerto en el acto, pero Melissa había sido rescatada e ingresada viva en el hospital de Anchorage, donde había fallecido el miércoles por la mañana.

Todavía no se había hecho a la idea de que su hermana había desaparecido para siempre. Era lo más parecido a una pesadilla de la cual uno no lograba despertar.

Como era de esperar, los padres de Alec, Taylor y Cindy, no se habían tomado bien la noticia. Vivían en Miami y era a quienes estaba esperando Hattie. Tenían idea de quedarse hasta los funerales del sábado. Después, no se sabía qué iban a hacer. ¿Compartirían las dos parejas de abuelos la custodia de las gemelas?

Cubriéndose el rostro con las manos, Hattie reprimió una nueva oleada de las náuseas que la invadían desde el accidente de su hermana.

Y además estaba Mason.

Tiempo atrás había pensado mucho en él. Y no dejaba de ser otro dolor añadido al que ya sentía.

Estaba resignada a verlo en el funeral del sábado, y durante la lectura del testamento el domingo. Por suerte, hasta entonces no tendría que encontrarse con él.

¿Cómo debía comportarse una con un tipo del que había estado secretamente enamorada? Un tipo que no solo se había marchado, también se había casado con, y divorciado de, su hermana.

Hattie intentó jugar con el móvil, pero, tras perder una docena de partidas, desistió.

Por fin el rugido del motor de un avión le indicó que el tormento estaba a punto de concluir. Aunque dudaba mucho poder conciliar el sueño al regresar a su casa, si lo lograba, el aislamiento que le proporcionaría de la realidad sería más que bienvenido.

Dado que las gemelas seguían dormidas, Hattie se apartó de ellas los

treinta metros que la separaban de la puerta de llegadas.

–¿Hattie?

Sobresaltada, miró a su izquierda y se encontró con Jerry Brown, el padre de Mason.

–¡Chica! Hace siglos que no te veía, aunque tengo entendido que ves a Fern a menudo.

–Es verdad, nunca me harto de sus galletas –Fern era la anciana vecina de Jerry.

Pero para ir a verla tenía que pasar delante de la casa de Mason. Su mera visión le recordaba tiempos más felices, y por eso solía pasar muy deprisa para evitar un encuentro casual con Jerry. Lo último que quería era tener noticias de su hijo. Saber de Mason le recordaría lo mucho que lo echaba de menos.

–Pues ya somos dos –el hombre rio, pero su sonrisa rápidamente se borró–. ¿Qué tal lo lleváis en casa? Tu hermana y Alec, ambos muertos –sacudió la cabeza–. Un golpe tremendo.

–Sí –Hattie contuvo las lágrimas–. He venido a recoger a los padres de Alec.

–Y yo a Mason. Tengo muchas ganas de verlo, aunque ojalá fuera en mejores circunstancias.

«¿Mason estaba a punto de llegar? ¿Allí?».

Considerando que su hermana acababa de fallecer, no se había molestado en arreglarse mucho. Hattie iba vestida con vaqueros y una sudadera verde descolorida. Los cabellos estaban recogidos en un desordenado moño y en cuanto al maquillaje, ni había pensado en ello.

«¿Pero qué te pasa? ¿Por qué te preocupa tanto tu aspecto?».

Era evidente que Mason estaría para el funeral, pero había supuesto que no se verían hasta el mismo sábado. Era demasiado pronto. ¿Qué iba a decirle? ¿Qué iba a hacer?

El dolor y la pena que había dictado los latidos del corazón hasta ese momento se vieron sustituidos por el pánico. No podía verlo. Todavía no.

Pero un empleado del aeropuerto le arrebató todas sus opciones al abrir la puerta de llegadas.

Hattie reculó varios pasos. Con suerte, no la vería.

El plan parecía sencillo, y eficaz, ya que Mason y su padre se centraron el uno en el otro.

Dos extraños más entraron en la terminal, seguidos de los padres de Alec. ¿Cómo se habían sentido al compartir vuelo con Mason?

–¿Cindy? ¿Taylor? –Hattie agitó una mano en el aire–. Hola. ¿Qué tal el vuelo?

Los ojos de Cindy estaban rojos e hinchados, y Taylor no tenía mucho

mejor aspecto.
–Estuvo bien –contestó Taylor–, pero ya tenemos ganas de retirarnos a descansar.
–Lo entiendo. ¿Traigo un carrito para el equipaje?
–No llevamos gran cosa –el hombre sacudió la cabeza.
–De acuerdo, entonces. Recojo a las gemelas y nos vamos.
Incomodidad ni siquiera se acercaba a describir el momento, sobre todo cuando miró en dirección a Mason y lo vio apartar la mirada. ¿A propósito? Esperaba que no.

***

El domingo por la tarde, Mason no daba abasto con la pala. Situado en la Costa Este de Prince William Sound, Conifer era famoso por sus impresionantes nevadas. De niño había pasado interminables ratos construyendo fuertes y muñecos de nieve, incluso túneles. Pero en esos momentos se afanaba en desenterrar la camioneta de su padre.
El remolque quedaba empequeñecido al lado de los inmensos abetos en los que Mason había jugado al escondite. Acostumbrado al mar abierto, el oscuro bosque le hacía sentirse atrapado.
Había pasado seis largos años lejos de casa.
Recordaba haber disfrutado con el sonido del viento, pero en esos momentos el mundo estaba en completo silencio bajo el blanco manto de nieve. El aire, tuvo que admitir, olía muy bien, fresco y limpio. Y así había sido su vida.
–Este es el último sitio en el que esperaría verte.
–Lo mismo digo –Mason se volvió hacia la voz de la pequeña Hattie Beaumont, ya no tan pequeña.
La había visto en el aeropuerto, pero no le había parecido un buen momento para conversar, con los padres de Alec delante. Y el funeral tampoco le había parecido mejor.
–No hace muy bueno para dar un paseo.
–A mí me gusta. Sienta bien salir de casa.
Durante el funeral, Mason había estado tan absorto que no se había percatado de que la antigua adolescente se había convertido en una espectacular mujer. Ella era en parte inuit, y la nieve que caía sobre sus oscuros cabellos dibujaba un hermoso cuadro. Los ojos marrones carecían de la habitual chispa, lo cual, dadas las circunstancias, era normal.
–Estoy de acuerdo –Mason se apoyó en la pala–. ¿Se espera que deje de nevar alguna vez?
–Mamá dice que mañana podríamos tener más de veinticinco centímetros.

–Genial –los pilotos de la zona eran capaces de volar en casi cualquier circunstancia, pero una gran tormenta de nieve daría al traste con sus planes de marcharse por la mañana.

–¿Sigue en pie lo de esta tarde?

–A las dos, ¿verdad? –él asintió.

–Sí. Benton abrirá el despacho solo para nosotros, de modo que no te retrases.

–La pequeña Hattie Beaumont –él no pudo reprimir una sonrisa–, la que siempre llegaba tarde al colegio, ¿me da lecciones de puntualidad? ¿Cuántas noches me mandó tu madre a buscarte para la cena?

–Qué buenos tiempos, ¿verdad? –ella apartó la mirada con los ojos brillantes y sonrió.

–Los mejores.

Tiempos en los que lo tenía todo claro: la mujer perfecta, un trabajo. Incluso le había echado el ojo a una casita. Considerando lo trágico de los últimos años de matrimonio de sus padres, no debería haberse confiado en que con su esposa fuera diferente.

Alistarse en la marina había sido la mejor decisión que hubiera tomado jamás.

–Bueno –ella señaló hacia la casa vecina–, quería agradecerle a Fern las tartas y el jamón que trajo a la vigilia. Y ya de paso, echaré una ojeada a la chimenea.

–¿Quieres que te acompañe? –Mason había olvidado el espíritu comunitario reinante allí. Llevaba cinco años viviendo en Virginia Beach, pero no conocía a los vecinos.

–Gracias, pero puedo con ello –Hattie sonrió.

–No digo que no puedas. Solo me ofrecía a echarte una mano. Además –sacudió la cabeza–, no he visto a Fern desde que me echó de su casa por cruzar su terraza con la moto de nieve.

–Aún no ha puesto barandillas. Me sorprende que nadie lo haya vuelto a hacer.

–¿Qué quieres que te diga? Soy único.

–Más bien un delincuente –ella continuó calle abajo–. ¡No llegues tarde! –gritó.

–No lo haré.

–Ah, Mason…

–¿Sí?

–Gracias por venir –Hattie bajó la mirada al suelo–. Te lo agradezco de veras.

–Claro, sin problemas –mintió él.

Lo cierto era que regresar a Conifer había despertado un inmenso dolor. Recordar a Melissa, el amor de su vida, nunca era fácil. No solo le

había roto el corazón, también el alma. Y la odiaba hasta un grado que le resultaba inimaginable.

¿Y desde que estaba muerta?

El odio mezclado con el remordimiento había culminado en un mortal dolor de corazón y una irreprimible necesidad de escapar.

Capítulo 2

Hattie había pensado que su enamoramiento adolescente estaría ya superado. Pero una de las sonrisas torcidas de Mason había bastado para abrir las compuertas de sus sentimientos.

Las gemelas estaban al cuidado de la vecina y Hattie y sus padres aguardaban fuera del despacho del único abogado de la ciudad, Benton Seagrave, la llegada de Mason.

Hattie cerró los ojos y comparó los recuerdos de infancia de Mason con los más recientes.

Siempre había sido más alto que ella, pero en esos momentos la diferencia era claramente escandalosa. No solo había crecido en altura, también en envergadura. El día anterior, lo había visto manejando la pala vestido con botas de nieve, vaqueros y una camisa que se pegaba a los anchos hombros y pectorales. En el bar estaba acostumbrada a ver muchos hombres robustos, pero ninguno le provocaba la misma sensación que Mason y su sonrisa torcida. Tenía los ojos azules y los cabellos oscuros, siempre revueltos, estaban salpicados de mechas doradas. Hattie tenía dos años menos que él y mientras que el resto de los chicos de la escuela se habían dedicado a burlarse de ella por su sobrepeso, Mason acostumbraba a compartir con ella su amor por la astronomía y la pesca. Y, sobre todo, a su hermana.

El día de la boda de Mason y Melissa, Hattie había intentado sentirse feliz, pero lo cierto era que había odiado a su hermana, por el vestido de dama de honor que le había elegido y por casarse con el único hombre que ella había amado jamás.

Hattie sabía que no había sido verdadero amor. Soñaba despierta con él abrazándola, besándola, asegurándole que era a ella a quien deseaba, no a Melissa. Pero la muerte de su hermana hacía que esos traicioneros pensamientos le hicieran sentir sucia e irrespetuosa.

Melissa era, había sido, una belleza objeto de deseo de todos los chicos. Y desde siempre, Hattie había luchado contra unos celos y resentimientos que no deseaba sentir. Cuando Melissa destrozó a Mason, ella se había mantenido secretamente a su lado, considerando a su propia hermana despiadada y cruel. Años más tarde, cuando Melissa luchaba por superar su infertilidad, Hattie estuvo segura de que se trataba de un justo castigo divino.

Desde su muerte, el remordimiento la corroía, sobre todo por no ser capaz de llorar.

Tras el accidente, ella había sido la más fuerte de la familia, protegiendo a sus padres del dolor de enterrar a su perfecta hija, la más bonita, a la que su madre, inuit, llamaba *piujuq:* «hermosa».

Desde el exterior llegó el sonido de alguien subiendo las escaleras y, segundos más tarde, la puerta se abrió. Mason entró, sacudiéndose la nieve de los cabellos. Seguía llevando las botas y los vaqueros, pero había añadido a su atuendo un jersey de lana color marfil que resaltaba el color azul de sus ojos. Hattie casi se quedó sin habla.

–¿Llego tarde? –Mason consultó el reloj.

–Nosotros… nosotros llegamos pronto –ella no sabía qué hacer con las manos–. Los padres de Alec no deberían tardar.

–Estupendo –Mason hundió las manos en los bolsillos.

Nadie habló. Aparte del sonido del viento y el susurro de las páginas de las revistas que hojeaban, el lugar estaba sumido en un espeso silencio. Afortunadamente, los pensamientos y el pulso acelerado de Hattie carecían de sonido. De lo contrario, todos habrían conocido su pánico. Durante años había soñado con una cita con ese hombre, pero jamás en tales circunstancias.

Veinte minutos pasaron sin que hubiera la menor señal de los padres de Alec.

En el despacho de Benton sonó el teléfono, seguido de voces apagadas.

–Escuchad –Mason interrumpió el silencio–, si no os importa, podríamos comenzar. No me imagino qué puede haberme dejado Melissa. Todo esto es muy extraño.

–Estoy de acuerdo –asintió el padre de Hattie ofreciendo una mano a su esposa.

Akna y Lyle guiaron al resto por el pasillo que conducía al despacho de Benton.

Pero antes de que llegaran, la puerta del despacho se abrió.

–Qué bien que estéis todos aquí –Benton hizo pasar a Akna y a Lyle–. Acabo de hablar con Taylor y Cindy. No van a poder venir.

–¿Va todo bien? –preguntó Lyle.

–Todo lo bien que puede esperarse.

Mientras sus padres y Benton conversaban, Hattie se quedó atrás con Mason. La envergadura de ese hombre hacía que el reducido espacio lo pareciera aún más.

–Las damas primero –Mason le cedió el paso, lo último que ella deseaba que hiciera.

Más cómoda vestida con vaqueros y una amplia sudadera, los pantalones de tergal negro y el jersey de lana se le marcaban en los lugares menos adecuados. También echaba de menos la cola de caballo

que evitaba que los cabellos se le pegaran al rostro.

–Lo siento muchísimo –el abogado les estrechó la mano–. Melissa y Alec eran buenas personas.

«¿En serio?». El peso de lo que habían hecho Melissa y el antiguo mejor amigo de Mason permanecía en el ambiente.

–No quisiera parecer descortés –Mason se aclaró la garganta–, pero ¿podemos acabar con esto?

Hattie comprendía lo que debía de estar pasando ese hombre. Mientras que ella sufría de remordimientos, él sin duda albergaría mucha ira. Había abandonado Conifer hacía años, y su ausencia habría calmado en parte el dolor de saber que su mujer se había acostado con su mejor amigo, pero no tenía la menor idea de cómo se sentiría Mason ante la muerte de los tortolitos.

Sentado tras el abarrotado escritorio, Benton rebuscó entre tres montones de carpetas. Al tirar de la elegida, provocó una avalancha de ficheros que quedaron desparramados por el suelo.

–Me pasa siempre –el abogado sonrió–. Si me dais un segundo, enseguida lo soluciono. Hattie, Mason, por favor, tomad asiento.

Pero Mason le ayudó a recoger los documentos.

Normalmente Hattie se habría unido a ellos, pero en esos momentos le fallaban las fuerzas.

–Vamos allá –anunció Benton al fin–. Gracias, Mason.

–No hay de qué.

–De acuerdo, nos saltaremos las formalidades e iremos directamente a lo que interesa.

–Perfecto –Lyle tomó la mano de Akna.

–Vivian y Vanessa transformaron a tu hermana –Benton se dirigió a Hattie–, la ablandaron hasta un punto que no creo que permitiera que muchas personas supieran.

Un gruñido escapó de labios de Mason.

Hattie se removió en la silla, evitando cuidadosamente rozar a Mason en el reducido espacio.

–Era muy supersticiosa con respecto a los vuelos de Alec. Tras su matrimonio, él redactó un testamento, declarándola su única heredera.

–¿Y qué tiene que ver eso conmigo? –Mason suspiró.

Hattie apretó los labios para evitar decir algo que fuera a lamentar. Mason tenía derecho a estar enfadado con Melissa, pero no hacía falta que fuera tan grosero. Ella misma había tenido problemas con su hermana, pero en el fondo la había querido con locura. Sus propios padres no se habían disgustado con la infidelidad de su hija. Opinaban que Mason, antiguo pescador, era el culpable por haber permanecido largas temporadas en el mar cuando ella más lo necesitaba.

–Me temo que tiene todo que ver contigo, Mason –el abogado cerró la carpeta y suspiró–. Alec se lo dejó todo a Melissa…

–Por favor, date prisa –Akna mantenía un pañuelo presionado contra la nariz.

–Por supuesto –Benton volvió a consultar el documento–. En la última línea, Melissa se lo deja todo a Hattie y a Mason en caso de que Alec y ella fallecieran al mismo tiempo.

–¿Qué? –Lyle soltó la mano de Akna y se puso de pie–. Eso es ridículo.

–Seguro que todo, todo, no. ¿Las niñas? –las lágrimas corrían por las mejillas de Akna.

–Me temo que también –el abogado asintió.

–¿Por qué? –preguntó Hattie.

–Quizás esto lo explique –el hombre le entregó una carta a Mason, pero él la rechazó.

–Léela tú. No quiero tener nada que ver con todo esto.

Akna lo fulminó con la mirada.

–Muy bien –Benton abrió el sobre y empezó a leer–. «Mason, si estás leyendo esto, quiere decir que se cumplieron mis premoniciones. Sé que nunca confiaste demasiado en mi herencia inuit, pero nosotros le damos una gran importancia a los sueños, y he tenido tres veces el mismo sueño en el que Alec y yo morimos juntos. Me siento obligada a adoptar algunas medidas por si ese sueño llegara a hacerse realidad. En primer lugar, te debo una disculpa. La pérdida de nuestro bebé fue un terrible accidente que ninguno de los dos podría haber evitado. Siento haberte echado la culpa, pero fui demasiado cobarde para admitir que nuestra relación se me quedaba pequeña».

Mason se cubrió la boca con una mano, los ojos brillantes por las lágrimas sin derramar.

–¿Quieres leer el resto en privado? –preguntó el abogado.

–Acaba con esto de una vez –con los puños apretados, Mason miraba por la ventana.

–Eres un monstruo. ¿Cómo te atreves a deshonrar las últimas palabras de mi hija? –espetó Akna.

–Cariño… –Lyle le rodeó los hombros con un brazo.

Hattie deseó que hubiera una trampilla bajo la silla por la que escapar.

Benton se aclaró la garganta y prosiguió con la lectura.

–«Me avergüenza admitir que dediqué toda mi vida a perseguir el placer. Ahora que soy madre, comprendo que la vida es mucho más. Honor y sacrificio. Rasgos que no solo reconozco en mis padres y mi hermana, también en ti. Dudo mucho que seas consciente de ello, pero Hattie ha estado secretamente enamorada de ti desde que dio sus

primeros pasos para poder seguirte a todas partes. Si mis sueños son reales, y muero pronto, quiero hacer algo bueno de verdad. Lo mejor que puedo hacer es ejercer de casamentera. Si Hattie y tú acabáis juntos, no solo vivirán mis preciosas gemelas con unos maravillosos padres, mi hermosa y bondadosa hermana será feliz para siempre con un buen tipo que siempre se ha merecido». Ya está –Benton dobló la hoja y la metió de nuevo en el sobre–. Lyle, Akna, espero que esto haya contestado a vuestras preguntas sobre los motivos de vuestra hija para dejar a sus gemelas a Hattie y Mason.

–Lo recurriremos –aseguró Akna–. Mis nietas deben permanecer conmigo. Con su familia.

–¿Y yo qué soy? –Hattie consiguió que las palabras atravesaran el nudo en su garganta.

–Tu madre no quiso decir eso –le aseguró Lyle.

–Dios bendito –Mason sacudió la cabeza–. Esto es de locos. Nadie entrega a sus hijos basándose en unos estúpidos sueños.

Akna soltó una retahíla de juramentos inuit contra su anterior yerno.

Hattie sintió una opresión en el pecho. Por mucho que adorara a sus sobrinas, de ninguna manera estaba preparada o capacitada para ejercer de madre. Melissa había dejado caer su deseo de nombrarla madrina de las niñas, pero nada más. Siempre había soñado con ser madre, pero, considerando su mediocre vida social, se había resignado a un destino de solterona.

–No –Mason paseó por el angosto despacho–. No quiero tener nada que ver con esto. Es evidente que Melissa no estaba en su sano juicio, y desde luego no creo en el vudú inuit.

–¡Cállate! –rugió Akna.

–Deja mi cultura fuera de todo esto –le espetó Hattie antes de dirigirse a Benton–. ¿Seguro que Melissa no quería que las niñas se quedaran con sus abuelos? Mis padres ya las han acogido.

–Como acabas de oír, Melissa fue muy clara con respecto a sus deseos, no solo en la carta, también en el testamento. Quería que sus hijas vivieran en su casa, criadas por su hermana y su exmarido.

–Pues desde ya te digo que eso no va a suceder –bufó Mason–. Tengo que estar en la base el martes por la mañana, y no quiero saber nada del retorcido plan casamentero de Melissa, sin ánimo de ofenderte, Hattie. Eres una chica estupenda, pero…

–Lo he entendido –lo interrumpió la aludida.

–Es lógico que necesitéis unos días para asimilar algo así –prosiguió el abogado.

–No hay nada que asimilar. No quiero tener nada que ver.

–¿Hattie? –inquirió Benton–. ¿Qué piensas tú del asunto?

–Si esto es lo que Melissa deseaba para sus hijas –ella reunió las fuerzas de todos sus ancestros–, ¿quién soy yo para negárselo? No sé cómo –soltó una pequeña carcajada–, pero criaré a mis sobrinas.

–Esto no está bien –intervino Akna.

–Estoy de acuerdo –asintió Lyle–. ¿No hay más cartas? ¿Por qué solo dejó una?

–Al parecer es la única –Benton rebuscó entre los papeles–. Es la primera vez que consulto el contenido de la carpeta. Pero, Hattie, si te sientes capaz de criar a tus sobrinas, no hay motivo para que Mason se sienta obligado a permanecer aquí.

–Estupendo –Mason apoyó las manos en las caderas–. Es la solución perfecta. Las crías están en buenas manos, y yo regreso a la base. Problema resuelto.

–No tan deprisa –el abogado agitó un bolígrafo en el aire–. Mason, si bien comprendo tu negativa a asumir esta responsabilidad, Hattie y tú compartís la custodia legal de Vivian y Vanessa. Un juzgado de familia podrá liberarte de la responsabilidad, pero llevará su tiempo.

–¿De cuánto tiempo hablamos? –un músculo se contrajo en la mandíbula encajada de Mason.

–Veamos –Benton consultó el ordenador–. Qué ironía, la juez de familia más cercana está de baja por maternidad. Un juez de Valdez lleva temporalmente sus casos. El lunes a primera hora de la mañana, te pondré en la lista del juez Dvorck, pero considerando el hecho de que, te guste o no, las gemelas de Melissa son tu responsabilidad legal, te aconsejo que asumas su cuidado hasta que el juez te libere de toda obligación –el hombre abrió otro sobre y sacó dos juegos de llaves–. Son de la casa y el coche de Melissa y Alec. Considerando las propiedades, seguros de vida e inversiones, las gemelas, y vosotros, viviréis con relativa comodidad –entregó a Mason y a Hattie sendas copias de los documentos–. Encontrareis la lista detallada de todos los bienes.

Hattie se sentía a punto de ahogarse. ¿Todo aquello era real?

Su madre sollozaba y Lyle la ayudó a ponerse en pie.

–Vamos. Es evidente que aquí no pintamos nada.

Maldita Melissa por hacerles eso a sus padres.

–Un momento –continuó Mason en cuanto Lyle y Akna hubieron abandonado el despacho–. ¿Se supone que Hattie y yo debemos arrancar a las gemelas de los brazos de sus abuelos y vivir en casa de Alec y Melissa hasta que podamos ver al juez?

–Más o menos. ¿Alguna pregunta más?

Hattie, desde luego, tenía un montón de preguntas, siendo la más urgente cómo iba a mantenerse cuerda jugando a los papás con el estúpido y guapo Mason.

Capítulo 3

Durante el tiempo que habían permanecido en el despacho de Benton, la nevada ligera se había transformado en una rugiente tormenta. Las escaleras estaban cubiertas de nieve y se habían vuelto peligrosas. Mientras habían estado reunidos, se había hecho de noche.

–Déjame ayudarte –Mason le ofreció una mano a Hattie.

–¡Estoy bien! –gritó ella por encima del viento.

–Con esos tacones no avanzarás ni dos metros –él la agarró del brazo–. Esto es Alaska.

–¡Suéltame! –Hattie intentó zafarse, pero Mason la tomó en brazos.

–Ya está –él la llevó hasta el SUV de la joven–. Te seguiré hasta la casa de tus padres. Doy por hecho que las gemelas viven allí.

–No hace falta. Yo me hago cargo de todo a partir de ahora.

–¿Por qué eres tan tozuda?

Ella lo ignoró y rebuscó en el bolso las llaves, que aterrizaron sobre la nieve.

Ambos se agacharon a la vez y sus cabezas terminaron por chocar.

–¡Ay! –exclamaron al unísono.

–Esto me recuerda aquella vez que te llevé a pescar salmones y te golpeaste la cabeza.

–Me tropecé.

–Sí, claro –él encontró las llaves y pulsó el botón de apertura–. Sube. Te veré en un rato.

–Mason…

El tono de advertencia de la joven indicaba claramente que prefería que se mantuviera al margen, pero él nunca eludía sus responsabilidades, y no tenía pensado empezar a hacerlo. Mientras estuviera legalmente obligado a ocuparse de las crías de Melissa, lo haría.

La tormenta dificultaba ver la carretera, pero Mason estaba lo bastante acostumbrado al camino hacia la casa de sus antiguos suegros como para llegar con los ojos cerrados.

El movimiento de los limpiaparabrisas lo transportaron a otra nevada. Semanas después del divorcio, regresaba a puerto tras dos meses de pesca de cangrejo y se había encontrado a su padre sentado en el Juniper Inn a dos mesas de los recién casados Melissa y Alec. Y por si no bastara con eso, Akna y Lyle también estaban presentes. Aunque viviera cien años, jamás olvidaría su mirada de desaprobación.

Eran buena gente y lo mataba pensar que le echaban la culpa del fracaso de su matrimonio. Cierto que pasaba mucho tiempo lejos de casa, pero estaba trabajando para Melissa, para ellos, por su futuro.

La pérdida del bebé no había sido culpa de nadie.

Había sido la distancia emocional, no la física, la que le había empujado a los brazos de Alec, le había asegurado. Según ella, el aborto había cambiado a Mason. Sin embargo, él opinaba que era ella la que había cambiado, pues su amor por Melissa no había disminuido.

De regreso al presente, aparcó la camioneta de su padre frente a la casa de Akna y Lyle.

Aunque la temperatura había descendido considerablemente, le sudaban las manos. Las innumerables misiones con los SEAL no le provocaban tanto nerviosismo.

Hattie había aparcado delante de él y se tambaleaba inestable hacia el porche delantero. ¿Qué le pasaba a esa chica? La Hattie que él recordaba jamás se habría puesto tacones altos en medio de una tormenta de nieve. Pero claro, esa chica había sido un chicazo, una soñadora de ojos almendrados que prefería la compañía de un perro a la de la mayoría de las personas. La impresionante mujer en la que se había convertido le era desconocida. Eran como dos extraños.

Mason aceleró el paso cuando la vio casi tropezar.

–Párate un poco –él la agarró del brazo–. Te comportas como si tuvieras ganas de estar aquí.

–¿Y por qué no iba a querer estar aquí? –ella se soltó y se agarró a la barandilla–. Es mi familia. Solía ser la tuya.

A los diecisiete años, Hattie y él habían ayudado a Lyle a construir ese porche durante un cálido fin de semana mientras Melissa, supuestamente, supervisaba desde una hamaca. Diez años más tarde, la madera crujía bajo sus pies.

–Entra, rápido –Lyle abrió la puerta–. Tu madre y yo nos estábamos preguntando por qué… –el hombre miró a Mason–. ¿Qué haces tú aquí?

–Yo también me alegro de verte –Mason siguió a Hattie al interior y se sacudió la nieve.

Dos segundos bastaron para que el soldado comprendiera que estaba en territorio enemigo.

Akna estaba sentada en el sofá con un bebé en brazos. Sophie Reynolds, la chismosa vecina, se sentaba en la mecedora con el otro. A pesar del fuego de la chimenea, a Mason le pareció que la estancia estaba desprovista de todo calor. Era como si la pérdida de la hija les hubiera robado la vida a los padres de Hattie.

–Hace un tiempo infernal –observó Mason cruzándose de brazos.

–Supongo que habrás venido por las niñas –Akna le dedicó una

mirada asesina antes de volverse hacia su hija.

–Mamá… –Hattie se apoyó contra la pared para quitarse las botas–. Necesitas un descanso. Y sabes que podrás ver a las gemelas siempre que quieras.

–Una nunca ve lo suficiente a los nietos –intervino Sophie.

A Mason no le pasó desapercibida la mirada que Hattie dedicaba a la mujer.

La joven se sentó junto a su madre y tomó al bebé en brazos. La ternura del momento recordó a Mason que había sido Alec quien finalmente le había dado a Melissa lo que más deseaba. Una parte de él sintió unos infantiles e irracionales celos. Pero el adulto enseguida tomó el mando. Aquello era irrelevante, considerando que los padres estaban muertos.

–No es lo mismo, y lo sabes –Akna miró de frente a su hija–. ¿A que no, Sophie?

–Amen –asintió la otra mujer.

–Tu hermana me traicionó –continuó Akna mientras se santiguaba.

La religión oficial de la familia siempre había sido una extraña mezcla de las viejas creencias inuit y el catolicismo de Lyle.

–Déjalo ya. Melissa te quería muchísimo –protestó Hattie con la voz quebrada.

Mason se sintió muy incómodo. Por mucho que se hubiera repetido que odiaba a Melissa, que quería hacerle tanto daño como ella le había hecho a él, jamás habría deseado una situación como aquella. Hattie recuperó la compostura. Siempre había sido la más fuerte de las hermanas.

–Pues es evidente que no lo suficiente. Además, ¿cómo pudo ignorar a los padres de Alec? Cuando tu padre les llamó para comunicarles la noticia, la pobre Cindy sufrió una crisis nerviosa. Taylor se la llevará en el primer vuelo de la mañana para que la vea el médico.

–Una lástima –murmuró Sophie.

–Akna, siento todo esto –Mason se unió a las mujeres–. Y por eso, en cuanto sea posible, cederé todos mis derechos a Hattie. Lo que hagáis después es asunto vuestro.

–Hattie –Akna se dirigió a su hija–, con todo el tiempo que pasas en el bar, ¿podrás criar a las gemelas?

–Si era el deseo de Melissa –Hattie acarició la mejilla de su sobrina–, me siento obligada a intentarlo al menos.

–Hace unas semanas –intervino Lyle–, Melissa y las niñas me acompañaron mientras cubría el turno de uno de mis chicos de reparto –antiguo piloto, Lyle era el propietario de una empresa de distribución de alimentos–. Ahora que lo pienso, parecía nerviosa. Mencionó que apenas

dormía. No le di importancia, dada su condición de madre primeriza. Habló de su deseo de que Hattie fuera la madrina de las niñas y que, si algo le sucediera, fueran criadas por alguien joven.

–¿Y qué significa eso? –preguntó la abuela.

–A mí me parece antinatural –observó Sophie–. Las niñas deberían permanecer con sus abuelos, que las quieren mucho.

–Mamá –Hattie ignoró el comentario de la vecina–, sin ánimo de ofenderos a papá y a ti, Melissa también me mencionó el tema de la madrina. Le dije que estaba loca, pero ella insistía en que quería que las niñas fueran criadas por una persona joven. Su amiga, Bess, fue acogida por su abuela, que luego murió y la pobre terminó en un hogar de acogida hasta los dieciocho años. Melissa no quería eso para sus hijas.

–Nunca permitiríamos que eso sucediera –protestó Lyle.

–Escuchad –continuó Hattie–, esto también ha supuesto una conmoción para mí, pero si es lo que Melissa quería…

–¿Y qué hay de lo que queremos nosotros? –la interrumpió su madre.

–Cariño –Lyle tomó la mano de su mujer–, lo que nosotros queremos no importa.

–Yo llamaría a un abogado –afirmó Sophie.

–Sophie –Hattie se volvió hacia ella–, por favor, no te metas en los asuntos de la familia. Y, mamá, no quiero ser grosera, pero te comportas como una cría –poniéndose en pie, entornó los ojos como siempre hacía cuando había tomado una decisión–. ¿Por qué no podemos criar juntos a las gemelas? De momento, Mason y yo tenemos la custodia legal, pero realmente no significa nada. Me instalaré en casa de Melissa y Alec, a menos de cinco kilómetros de aquí. Vosotros solíais cuidar a las gemelas, ¿no haríais lo mismo por mí? Vivian y Vanessa se criarán en su hogar, con sus seres queridos. No entiendo por qué no os parece la mejor solución, sobre todo cuando Mason ya ha accedido a desentenderse de todo.

–No es la mejor solución –insistió Sophie–, porque lo mejor es que estén con los abuelos. Tú nunca has tratado con bebés. ¿Cómo sabrás qué hacer?

Mientras Sophie, en su infinita sabiduría, continuaba con su perorata, Mason se sorprendió ante la avalancha de sentimientos que le habían asaltado al oír a Hattie. ¿Tenía que hacerle parecer tan insensible? ¿Qué otra cosa podía hacer? No formaba parte de esas pequeñas vidas. Antes del funeral de sus padres, ni siquiera las conocía. Si todo iba bien, regresaría a Virginia en el primer vuelo de la mañana.

–¿Por qué ha sucedido todo esto? –sollozó Akna.

Lyle la rodeó con un brazo.

Sophie cerró los ojos y rezó.

Mason se sentía emocionalmente desligado de la escena, como si estuviera viendo una película.

La vecina chismosa se levantó bruscamente. El bebé se despertó sobresaltado y empezó a lloriquear.

–Aquí la tienes –casi arrojó la niña en brazos de Mason–. Ya que eres tan experto, hazte cargo.

Mason ni siquiera sabía a quién de las dos tenía en brazos, mucho menos qué hacer cuando el lloriqueó se transformó en un aullido.

Treinta minutos más tarde, Hattie intentaba abrir la puerta de la casa de su hermana, llevando a Vanessa en brazos. Mason estaba detrás con Vivian, que no había dejado de llorar desde que se habían marchado de la casa de sus abuelos.

–¿Siempre se pone así?

–Normalmente son muy tranquilas, pero han sido un par de días muy duros. Para todos.

Al fin consiguió abrir la puerta de una oscura y fría casa, silenciosa como una tumba. En vida de Alec y Melissa, la cabaña de madera había vibrado de calor y risas. Su hermana era una magnífica cocinera y siempre había algo delicioso horneándose o cociéndose.

La tormenta había pasado y el salón, de dos alturas, tenía una pared acristalada por la que se veía Treehorn Valley y Mount Kneely. La luna se reflejaba en los muebles de pino tapizados con un brillante diseño *inukshuk* en tonos rojos, naranjas y amarillos.

–Aquí hace frío –Mason cerró la puerta–. ¿Se habrá apagado la calefacción?

–Seguramente. La caldera es de leña.

–¿Está abajo?

Ella asintió mientras recorría la estancia encendiendo luces.

–Le echaré un vistazo, pero mientras tanto, ¿qué hago con esta? –asintió hacia una rígida Vivian de ojos rojos.

–Dámela –Melissa tenía un parque en la cocina y Hattie dejó a Vanessa antes de tomar a Vivian y hacer lo propio. Después encendió el fuego en la chimenea de piedra.

Estar en casa de su hermana, sin Melissa, le provocaba una extraña sensación. Hattie vivía en el apartamento que había encima de su bar. Era pequeño, abarrotado y acogedor. La casa se le antojaba demasiado grande. Hermosamente decorada con el típico estilo de cabaña de caza de Alaska, era la casa soñada por su hermana, no por ella.

La casa se estremeció cuando el sistema de calefacción se puso en marcha.

Unos minutos más tarde, el aire caliente comenzó a fluir por las rejillas de ventilación, y Hattie se sintió agradecida por la intervención de Mason. Al final habría conseguido encender la caldera, pero al menos era un problema del que no había tenido que preocuparse.

Vivian intentó quitarse el gorro.

–Ya sé que te molesta, cielo, pero hasta que esto no esté más calentito, mejor lo dejamos puesto, ¿de acuerdo? –Hattie se arrodilló junto al parque y le dio una palmadita en la espalda.

–Abajo hay leña para una semana –Mason regresó al salón–. Siempre que uno de los dos se acuerde de alimentar a la bestia, estaremos calentitos. Pero, antes de que el invierno se instale definitivamente, tendré que preparar una buena reserva. Encenderé la chimenea.

–Ya lo he hecho yo, aunque seguramente habrá que añadirle leña.

Los bebés volvían a lloriquear. ¿Tendrían hambre?

Hattie presionó una mano contra su frente. Ojalá se hubiera interesado más por el cuidado de sus sobrinas. Jugar con ellas le había parecido más importante que darles de comer.

–Yo hago el trabajo masculino –observó Mason–. ¿Por qué no haces tú algo con esos gritos?

–Me encantaría, pero me llevará un tiempo preparar los biberones.

Para cuando Hattie hubo terminado, las danzarinas llamas iluminaban el salón, pero no consiguieron que su corazón bailara.

Los bebés seguían inquietos, agobiándola cada vez más. En el bar era capaz de manejar el caos de un viernes o sábado por la noche, pero aquello era diferente.

–¿Necesitas ayuda? –Mason se asomó a su espalda, transmitiéndole su calor, irritándola más. Añadir el viejo amor adolescente a la mezcla no hacía más que empeorarlo todo.

–Claro –consiguió contestar–. Toma a Vanessa y un biberón, yo tomaré a Vivian en brazos.

–Me encantaría –Mason se rascó la cabeza–, pero no tengo ni idea de cuál es Vanessa.

–Vanessa suele ser más tranquila, mientras que Vivian te deja claro lo a disgusto que está.

Y como si supiera que su tía hablaba de ella, Vivian subió el volumen de sus aullidos.

–Me parece estaros viendo a ti y a tu hermana.

–Nunca se me había ocurrido –Hattie sonrió–. Eso me convierte en alguien horrible, ¿verdad?

–Ni de lejos –gritó él–. Melissa era la peor, y si estuviera aquí, lo admitiría orgullosa.

–Cierto.

Cada uno con un bebé en brazos, se sentaron en el sofá frente a la chimenea.

El repentino silencio, aparte del crepitar del fuego y los ocasionales gemidos y gruñidos de los bebés al tomar el biberón, fue más que bienvenido.

–Siento lo ocurrido en casa de mis padres. Fue muy desagradable.

–Tranquila –Mason reacomodó a Vanessa–. No les culpo, al igual que a los padres de Alec.

–Pero no tiene por qué ser así. Podrán ver a las pequeñas siempre que quieran.

–Lo sé, pero hay que verlo desde su punto de vista. Alec era mi mejor amigo, y cuando le pillé acostándose con mi mujer, dejé de hablarle. Cindy y Taylor eran como unos segundos padres para mí. Creo que cené más veces en su casa que en la mía. Una parte de mí se alegró de verlos, al menos hasta que recordé que formaban parte del equipo enemigo. Ellos se sentirán igual.

–Seguramente –Vivian se había dormido y Hattie dejó el biberón vacío sobre la mesa–. Me pregunto si mi hermana hablaba de sus sueños proféticos con Alec.

–Eso nunca lo sabremos.

«Nunca». Hasta ese momento no había considerado el verdadero impacto de su pérdida.

Durante las últimas horas de Melissa, Hattie había permanecido fuerte por sus padres, sobre todo por su madre. Después había estado ocupada con el funeral. Pero ya no le quedaba nada más por hacer, salvo empezar una nueva vida, básicamente ocupando la de su hermana.

¿Cuántas veces había soñado con algo así mientras Melissa había estado casada con Mason?

A la luz de la nueva situación, se sintió avergonzada. Las lágrimas que tan cuidadosamente había reprimido surgieron en unos feos sollozos.

Hattie le pasó al bebé a Mason y corrió a la planta superior, sin saber muy bien adónde iba.

Capítulo 4

Estupendo.

Mason contempló a los dos bebés que dormían. ¿Qué se suponía que debía hacer?

Desde el piso de arriba llegaba el sonido del llanto de Hattie.

Perder a Melissa debía de haber sido muy duro para ella.

De no haber pasado el duelo tras el divorcio, él también estaría muy alterado. Y luego el numerito casamentero de la carta. La pobre Hattie tenía motivos para estar disgustada y Mason esperaba que no se hubiera tomado en serio ninguna de las tonterías de su hermana.

–Señoras –murmuró–, debo echarle un vistazo a vuestra tía, pero no sé qué hacer con vosotras.

Las niñas ni se movieron.

Lentamente se dirigió a la cocina. El parque sería un lugar adecuado hasta que regresara.

Mason subió las escaleras y se dirigió por un pasillo en busca de Hattie. Tenía que detener esas lágrimas. El sonido del llanto lo estaba desgarrando.

Pasó frente a un dormitorio, un cuarto infantil y un baño antes de detenerse ante la puerta cerrada tras la que se escondía Hattie. La abrió y entró en lo que parecía el dormitorio principal. También tenía una pared acristalada que ofrecía una impresionante vista nevada.

Hattie lloraba acurrucada a los pies de la cama.

Mason debería consolarla, pero lo único que hacía era pensar en Alec y Melissa en esa cama. Cómo su esposa y su mejor amigo lo habían traicionado hasta límites insospechados.

–Lo siento –despertando de su ensimismamiento, se sentó junto a Hattie y la rodeó con un brazo.

Ella intensificó sus sollozos y forcejeó con él, pero Mason la atrajo hacia sí y la sentó sobre su regazo, abrazándola con más fuerza.

–Tranquila, todo va a salir bien.

–No es verdad –Hattie sacudió la cabeza–. Una parte de mí siente que es culpa mía. Le guardaba mucho rencor porque no solo consiguió a un hombre increíble, sino a dos. Después consiguió los bebés perfectos que yo siempre había deseado. Su vida era todo lo que no era la mía. Solía desear ser ella, solo por un día. Pero nunca quise que desapareciera, Mason. Yo la quería.

Los sollozos sacudían con fuerza el cuerpo de Hattie y, por primera

vez desde el divorcio, Mason se sintió impotente. Como SEAL había sido entrenado para manejar cualquier situación, tomar decisiones a vida o muerte en segundos, pero en esos momentos estaba bloqueado. ¿Cómo iba a consolar a Hattie cuando albergaba tan malos sentimientos hacia su hermana y cuñado? ¿Cómo hacerlo cuando ambos estaban legalmente unidos para cuidar de sus hijas?

–¿Y si me está viendo desde arriba? ¿Y si sabe que envidiaba lo que ella tenía? Jamás, ni en un millón de años, quise obtenerlo de este modo. Ella significaba mucho para mí. De niñas, yo quería ser como ella. De adulta comprendí que no iba a suceder, pero eso no terminó con el deseo. Aun así, yo la amaba. Ella debe de saberlo.

–Yo también la quería, Hat –Mason utilizó el apodó que empleaban de niños–. Y si te confió a sus hijas quiere decir que ella también te amaba muchísimo.

Hattie asintió.

Mason le acarició la barbilla y le volvió el rostro hacia él. La luz de la luna que se reflejaba sobre ella reforzaba la sensación de que estaba lejos de aquella niña y adolescente que él recordaba. Hattie había crecido. Incluso bañado en lágrimas, su rostro era uno de los más bonitos que hubiera visto jamás. En muchos aspectos, como en los grandes ojos marrones y cabellos negros, se parecía a su hermana, pero Hattie tenía los pómulos más marcados y los labios más carnosos. Si bien carecía de la estatura de Melissa, las generosas curvas la hacían más femenina.

–Perdona –Hattie se apartó–. No pretendía asaltarte así. Menuda madre estoy hecha.

–Date un respiro. Esto es una pesadilla. Sinceramente, ni siquiera quería venir al funeral, y pensé que el tema del testamento podría solucionarse por correo electrónico. Papá me convenció.

–Hablando de tu padre, ¿ya lo sabe?

–Tengo que llamarle –Mason sacudió la cabeza.

Hattie se estremeció y se frotó los brazos. Mason sabía que debía buscar una manta o algo para echársela encima, pero se sentía incapaz de moverse.

–Debería echar un vistazo a los bebés.

–Están bien. Si les pasa algo, les oiremos llorar.

–Pero…

–Están bien –él suspiró.

Ignorándolo, Hattie salió del dormitorio. En pocos segundos se oyó el sonido de su voz arrullando a las niñas.

Mason se sentía más que abrumado por los acontecimientos. Al enfado contra Melissa por engañarlo con Alec se unía la prepotencia al pensar

que él querría sus servicios de casamentera. Y por si eso no bastara, se le había antojado una buena idea utilizar a sus bebés como herramienta manipuladora. Aquello era una locura. Quizás años atrás la hubiera amado, pero en esos momentos ni siquiera le gustaba.

La imagen de los ojos marrones de Hattie le recordó por qué no le había dicho a Benton que se fuera al infierno. Su estancia allí, en aquel dormitorio, donde Alec y Melissa habían hecho el amor, no tenía nada que ver con un sentido del deber hacia su ex, sino hacia su hermana.

Hattie siempre había estado allí, a su lado, y él le debía al menos lo mismo.

Hizo una rápida llamada a su padre para explicarle resumidamente lo sucedido con el testamento y por qué se iba a alojar en casa de Melissa y Alec hasta hablar con el juez. Su padre no era muy charlatán, y en cuanto le hubo expuesto los hechos, la llamada concluyó.

–¿Te ayudo a acostarlas? –Mason regresó al salón donde Hattie les quitaba los abriguitos a los bebés.

–Genial, pero antes hay que cambiarles el pañal.

–No es la idea que tengo de pasar una rato divertido –él palideció–, pero enséñame a hacerlo.

–Quitar el pañal es bastante sencillo –llevaron a los bebés al dormitorio y Hattie comenzó la clase magistral–. Así, ya está. Luego hay que limpiarlas con las toallitas, decidir si necesitan crema para el pañal, o polvos de talco, luego…

–Espera, espera, soy muy espabilado, pero normalmente trabajo con una lista de parámetros.

–No te entiendo –ella arrugó la nariz de una manera encantadora.

–Datos en los que basarme para saber si se ha producido alguna de esas contingencias.

–¿Y en un idioma que yo entienda?

–¿Qué debo buscar? ¿Cómo saber si utilizar la crema o los polvos?

–Bueno, la crema se usa si hay rojez o irritación. En cuanto a los polvos –ella se encogió de hombros–, vamos a dejarlo por ahora. Lo buscaré en internet, o le preguntaré a mamá.

–¿Quieres que lo investigue yo? Las búsquedas se me dan mejor que cambiar pañales.

–Claro, gracias –ella devolvió toda su atención a los bebés–. Aquí no parece haber nada irritado, de modo que tomamos un pañal limpio, lo abrimos, deslizamos la parte trasera bajo el… así.

–Entendido –él asintió–. ¿Y después qué?

–Levantamos la parte delantera, la ajustamos con las tiras adhesivas, volvemos a vestirla y listo.

–Espera, no habías hablado de la ropa. ¿Hay que quitársela toda?

–Eso lo estás haciendo a posta –Hattie suspiró.

–Lo digo en serio. Quiero ser útil mientras esté aquí. Lo contemplo como una misión.

–¡Vaya! Por favor, dime que no acabas de comparar a las hijas de mi hermana con una batalla –con una mano apoyada en el bebé que no paraba de moverse, ella sacó un pijama del cajón.

–¿Cómo? ¿Rechazas mi ayuda?

–Mason, Vanessa y Viv son seres vivos, no unos muñecos dibujados en un manual.

–Eso es obvio. ¿Por qué crees que te presto tanta atención? Quiero entenderlo bien. Estamos en una zona de tolerancia cero a los errores, ¿de acuerdo?

–¡Madre mía! –Hattie terminó la tarea sin siquiera dirigirle una mirada.

Mason aprovechó el desprecio de Hattie para inspeccionar el cuarto de los bebés. Estaba amueblado con dos cunas, estanterías llenas de libros y juguetes, dos mecedoras y un cambiador, bajo el cual había un nutrido suministro de pañales y toallitas. En la calle no había mucho tráfico, aunque el pino plantado frente a la ventana podría suponer un problema con sus escalofriantes sombras.

En su conjunto, la impresión fue favorable.

En cuanto Hattie acostó al primer bebé en la cuna, Mason procedió a cambiarle el pañal al segundo. Respirando hondo, comenzó a desnudarla. Como aún hacía frío, le dejó puestos los calcetines, la camiseta y el vestido.

No tuvo grandes dificultades para despegar las tiras del pañal, pero al retirar la parte delantera, le asaltó un hedor tan terrible que casi vomitó.

–¡Dios mío! –dando un paso atrás, agitó una mano en el aire–. ¿Qué le pasa? ¿Está enferma?

–Bienvenido al maravilloso mundo de los bebés –Hattie lo fulminó con la mirada–. Lección ciento una: la caca apesta. Procedimiento estándar.

–Si eso último ha sido para chincharme, olvídalo. Lo hago lo mejor que puedo, ¿de acuerdo?

El gesto de indiferencia de la joven le indicó que no le había impresionado en absoluto.

–No dijiste nada de la caca –y pensar que hacía unos minutos había sentido pena por esa mujer–. ¿Se necesita algún desodorante especial? ¿Guantes protectores o gafas?

–¿Quieres que lo haga yo?

–No –contestó él en tono ofendido–. Lo he pillado.

«Por Dios bendito», Mason tuvo que esforzarse para mantener la compostura mientras la limpiaba. ¿Eso era caca o alquitrán?

Y en ese instante cometió el error de mirar al bebé a la cara. Sus miradas se fundieron. ¿Le estaba sonriendo? Sin duda debía de ser Vivian, la que más se parecía a Melissa. Seguro que disfrutaba sabiendo la tortura que le estaba haciendo sufrir.

Terminó de limpiarla, bajo la supervisión de Hattie, tomó un pañal limpio e intentó agarrar los tobillos de la pequeña para levantarle el trasero, pero el bebé daba tales patadas que le resultaba muy difícil. Decidiéndose por un único tobillo, intentó levantarla de lado.

–Así no –le reprendió Hattie–. Tendrá una luxación antes de cumplir el año –dándole un empujón, enganchó los dos tobillos de la pequeña al primer intento.

–Por mucho que me fastidie reconocerlo –Mason la aplaudió–, eres buena.

–Es que he practicado. Ya le pillarás el tranquillo –ella retiró el pañal sucio y se hizo a un lado–. Toda tuya.

Cuando Mason se acercó al cambiador, los brazos de ambos se rozaron y la sensación que le produjo le sorprendió. Hattie y él nunca habían sido más que amigos, ¿de qué iba todo eso? ¿Lo había sentido ella también? De ser así, no lo parecía. Seguramente se lo había imaginado todo. Pero, por otro lado, no podía quitarse de la cabeza las palabras que Melissa había escrito: *Hattie ha estado secretamente enamorada de ti desde que dio sus primeros pasos para poder seguirte a todas partes*. ¿Sería eso cierto?

Aunque quizás la pregunta sería más bien, ¿qué sentía él por ella?

Nada romántico, eso desde luego. Desde que tenía recuerdos, ella había sido su amiga. Por una simple cuestión de cordura, decidió ignorar esa oleada de atracción en aras de colocar a Hattie de nuevo en la zona segura de la amistad.

La colocación del pañal no supuso ningún problema y disfrutó alineando las tiras adhesivas milimétricamente. La precisión, sobre todo cuando se trataba de pañales, siempre era buena.

–Ya está –una sonrisa se dibujó en su rostro al ver completada la tarea–. ¿Ahora qué?

–Quítale el vestido y ponle esto –Hattie le ofreció un pijama idéntico al de su gemela.

–Una idea –la tarea de desabrochar los diminutos botones resultó ser más complicada– ¿qué te parece si clasificamos a las gemelas por colores? Así sabremos quién es quién.

–¿Te refieres a vestir a Vivian de un color y a Vanessa de otro?

–Eso es. Así evitaremos descubrir cuando cumplan los dieciséis que las habíamos equivocado.

–Tu sugerencia es buena, pero no creo que corramos ese riesgo.

Además, tienen un montón de ropa idéntica. No me gustaría tener que tirar todas las cosas que Melissa les compró.

–No había pensado en eso. Cuando me ponga a investigar sobre los polvos de talco, miraré si hay algo sobre cómo distinguir a los gemelos.

–Buena idea –aunque no sonrió, los ojos, aún llorosos, de Hattie, brillaron divertidos.

–¿Y ahora qué? –preguntó Mason cuando las niñas estuvieron arropadas bajo sus sábanas rosas.

–¿Sabes poner una lavadora?

–Claro.

–¿Te importaría ocuparte de ello mientras yo estoy fuera? –ella señaló un montón de ropa.

–¿Adónde vas?

–Al menos tengo que aparecer un rato por el bar. No he ido desde el día del accidente.

–Pero si es domingo. Pensaba que no se podía vender alcohol.

–Sí que has estado fuera mucho tiempo –ella le dio una palmadita en la espalda–. Hace dos años, el nuevo alcalde, forofo del fútbol, levantó la veda durante la temporada.

–Pues yo preferiría acompañarte a quedarme haciendo la colada –Mason no era dado a hacer pucheros, pero en esa ocasión le resultó muy difícil contenerse.

–Lo siento –ella sonrió–. Uno de los dos tiene que traer la comida a casa.

–Hattie Beaumont, te has vuelto muy mala.

–No creas –ella se dirigió al cuarto de baño–. Solo estoy siendo práctica.

Jamás en su vida se había sentido tan feliz de estar lejos de una persona. ¿Iba a tener que vivir con Mason hasta que la liberaran legalmente de la voluntad de su hermana? ¿No podía simplemente regresar el día de la vista ante el juez?

A punto de entrar en el bar, Harvey Mitchell salió como una exhalación.

–¿Vienen a buscarte? –preguntó ella.

–La mujer ha enviado a nuestra hija a recogerme –balbuceó el hombre con alguna copa de más.

Hattie esperó en la calle la llegada de la adolescente de dieciséis años, Janine, hija de Harvey. Después se dirigió al interior del bar, agradecida por el calor que la asaltó al entrar.

–Hola, cariño –Clementine Archer, su mejor amiga, la abrazó.

Amigas desde la guardería, cuando el marido de Clementine perdió su trabajo, Hattie le había propuesto a su amiga trabajar con ella en el bar. Cinco años más tarde, el marido de Clementine la había abandonado, a ella y a sus dos hijos, para marcharse a Texas, pero ella seguía trabajando en el bar cuatro días a la semana.

–¿Cómo estás? Tienes que estar hecha polvo.

–Lo de estar hecha polvo ya pasó. Ahora estoy hecha un desastre.

–¿Has dejado a Mason con las gemelas?

–No estaba muy contento –ella asintió–. Hacía pucheros como un colegial.

–¿Y qué tal va la cosa?

–¿Qué? –Hattie se sirvió un zumo de naranja con hielo.

–No intentes engañarme –Clementine sacudió la cabeza–. Aparte de Melissa, yo soy la única persona que sabe lo mucho que Mason significaba para ti. No me digas que no te afecta.

–Sí, bueno, quizás le añada un chorro de vodka a este zumo –ella se limitó a contemplar el vaso.

Miró a la clientela habitual. Todo parecía normal, y aun así nada en la vida de Hattie era normal.

–Todo va bien…

–Cariño –Clementine le ofreció otro abrazo–. Dime que no sigues enamorada de él.

–No, claro que no –entonces, ¿por qué se le había acelerado el corazón cuando la había tomado en sus brazos frente al despacho del abogado, cuando la había sentado sobre su regazo para consolarla, o mientras habían dado el biberón a los bebés, sentados en el sofá?

Daba igual que Melissa ya no estuviera con ellos, Mason siempre le pertenecería. Sus vínculos habían sido indisolubles, hasta el punto de que su hermana no solo le había pedido que criara a sus hijas, también había tenido la audacia de sugerir que se convirtiera en el hombre de Hattie.

Capítulo 5

–Gracias por traerme mis cosas, papá, y gracias, Fern, por conducir –la visión del macuto y el iPad no podía ser más bienvenida en esa casa extraña para él.

El padre de Mason respondió con un gruñido y Fern agitando una mano en el aire, contenta de tener una oportunidad para husmear en la cocina.

–¿Dónde guardaba Melissa el café?

–No sabría decírtelo.

–En un momento como este hace falta un café. ¿No preparó Hattie café? Y también pastas, donuts. Al menos debería haberte ofrecido un paquete de Oreo.

–En defensa de Hattie, diré que no esperaba recibir a nadie –Mason se esforzó por no sonreír–. Seguro que su madre tiene mucha comida sobrante. Si os apetece acercaros un rato…

–¡Señor! –Fern inspeccionó la cafetera eléctrica de Melissa–. Remilgada y claramente pretenciosa. Eso es lo que es. Si yo fuera tú, arrojaría esta cosa a la basura y compraría una buena cafetera de filtro.

–Veré lo que puedo hacer –lo que no le explicó a Fern era que a él le parecía bastante práctica.

Había descubierto que la tecnología existía en el mundo de las cafeteras cuando Patricia, la prometida de su amigo Heath, la había incluido en la lista de bodas. La maldita máquina también había resultado ser cara. Pensar en sus compañeros SEAL le recordó que debía llamar y explicar por qué no estaría de regreso en la base según lo programado.

–¿Ya has terminado? –Jerry se unió a ellos–. Empieza mi programa.

–Por el amor de Dios, Jer –Fern frunció el ceño– ¿no has oído hablar del video con grabadora?

–¿Y tú no has oído que el gobierno utiliza esos trastos para espiarnos?

–Supongo que ahora es cuando me cuentas que sentarme demasiado cerca de la pantalla me dejará ciega –la mujer puso los ojos en blanco.

–A juzgar por tu ropa –Jerry se encogió de hombros–, también deberías apartar tu mecedora.

–Por el amor de Dios –Mason le ofreció a Fern el abrigo para que se lo pusiera sobre el jersey naranja chillón–. Buscad un hotel y dejadme en paz.

–No me acostaría con tu padre aunque estuviera bañado en oro.

–Gracias por la evocadora imagen –Mason se estremeció–. Y gracias por venir, pero ahora tengo que cuidar de dos bebés. Papá, toma las llaves. Gracias por dejarme la camioneta.
–De nada, pero ¿qué vas a conducir ahora?
–Supongo que el Hummer de Alec.
–Hablando de pretencioso –bufó Fern–. No quiero hablar mal de los muertos, pero jamás me gustó ese coche. Ni siquiera es un coche. Más bien un tanque.
–Pues no pareció disgustarte mucho el pasado invierno cuando sacaste esos rizos de Shirley Temple por el techo solar durante la cabalgata de Navidad –espetó Jerry.
–Calla la boca, vejestorio. Lo que te pasa es que estás celoso porque nadie te lo pidió a ti.
Mason se presionó las sienes y contó hasta diez. Fern y su padre siempre estaban a la gresca, pero había olvidado hasta qué punto. Al menos podrían irse cada uno en su coche.
Después de diez minutos de discusiones, al fin se marcharon. Sin embargo, Mason no se sintió realmente en paz. Se sentía culpable por no estar más triste por la muerte de Melissa y Alec, confuso por la logística del cuidado de dos bebés, herido por ser tratado como un paria por dos familias a las que había amado, de las que había formado parte.
Menos mal que tenía a Hattie.
Aunque le hubiera dejado temporalmente a cargo de todo, no estaba solo. Estaría de regreso antes de que las niñas despertaran, y esa convicción le sirvió de consuelo.
Mason arrojó un par de leños al fuego antes de encender el iPad para descubrir que casi no le quedaba batería. Buscó el cargador en el macuto, pero el cable no llegaba al enchufe.
En busca de un alargador, se dirigió al sótano. Su primera incursión se había detenido en la caldera. Pero en la segunda visita descubrió la sala para fiestas con la que Alec y él habían soñado de adolescentes. Un bar totalmente equipado con grifos de cerveza se situaba junto a una nevera para botellas de vino. Y sobre la barra, dos jarras de cerveza sucias.
Sobre la mesa de billar descansaban las bolas desperdigadas.
A su alrededor, multitud de globos rojos decoraban la estancia. ¿Qué habían estado celebrando?
Por el rabillo del ojo vio a Hattie reflejada en la pared de espejo tras la barra del bar.
–Impresionante, ¿verdad? –ella deslizó una mano sobre la mesa de póquer cubierta de cartas y fichas–. Casi tan bonito como mi bar en el puerto, aunque yo tengo más de un televisor –señaló el aparato colgado de la pared, casi la mitad de grande que su camioneta de Virginia.

–Si me permites preguntar –Mason le dio una patada a un globo–. ¿Qué estaban celebrando?

–¿Te acuerdas de Craig Lovett, de tu clase?

Él asintió.

–Era su cumpleaños –Hattie tomó las jarras sucias de cerveza y las fregó tras la barra del bar–. Me sorprende que Melissa lo dejara así todo. La limpieza era, prácticamente, su única afición.

–Qué divertido –él golpeó otro globo–. ¿Quieres que los recoja?

–Claro, gracias.

La actitud fría de Hattie lo sacaba de quicio. Una parte de él quería que las cosas volvieran a ser como siempre entre ellos. Hattie había sido su amiga, su apoyo. Eran capaces de hablar de cualquier cosa, desde deportes hasta política, o el mismísimo infierno.

Pero ya no estaba tan seguro de que fuera así.

Su nuevo aspecto, más refinado y curvilíneo, lo desconcertaba. No solo había cambiado físicamente, también parecía tener más confianza en sí misma. El porte erguido, los cabellos sueltos y ligeramente revueltos. Incluso le atraía el aroma que desprendía. Ya no era una mezcla de sudor y chicle, sino una compleja frescura que recordaba a pino y hielo.

–Aquí tienes una bolsa de basura –Hattie se la sujetó abierta–. ¿Qué pasa?

–No sé qué quieres decir –contestó él centrado en la tarea de recoger los globos.

–Estás tenso, como en el instituto cuando temíais que una chica se fuera a acercar a vosotros.

–Estoy cansado –Mason sacudió la cabeza.

Cansado de toda la situación. Si Melissa y Alec no hubieran muerto, estaría sano y salvo en Virginia, o mejor aún, de misión en alguna parte, ocupado las veinticuatro horas de los siete días de la semana. Las mujeres y los niños estaban tan lejos de su radar que bien podrían tratarse de formas alienígenas.

–Yo también. Espero que tras una buena noche de sueño todo parezca menos agobiante.

Mason sentía que debería decir algo, pero ¿qué decir cuando el pánico lo consumía? El juez lo iba a liberar de las ataduras, pero Hattie tendría esa obligación de por vida. Inconcebible.

–Sí, por las mañanas todo parece siempre mejor.

Hattie despertó al nada melódico grito de sus sobrinas. Salió corriendo de la habitación de invitados y prácticamente chocó con Mason, que

subía las escaleras a la carrera.

–Creía que habías dicho que todo parecía mejor por las mañanas –ella frunció el ceño.

–Supongo que me equivoqué. Tú agarra a la de la izquierda y yo a la de la derecha.

Hattie tomó en brazos a la aullante Vivian mientras Mason hacía lo propio con Vanessa.

–Supongo que necesitan un cambio de pañal y comer –gritó Hattie para hacerse oír por encima del llanto–. ¿Qué te parece si nos dividimos?

–¿A qué te refieres? –él movió un poco a Vanessa, lo cual solo sirvió para alterarla más.

–Prepararé los biberones mientras tú te ocupas de limpiarlas.

¿Podía su hermana haberla colocado en una situación peor? El ascenso de tía a mamá ya era bastante duro, pero añadir a un padre incompetente como Mason era una tortura.

–¿Vas a dejarme solo con ellas? –él enarcó las cejas.

–Tengo una fe ciega en ti –Hattie dejó a Vivian en la cuna y le dio una palmadita a Mason.

Cinco minutos después, biberón en mano, Hattie se dirigía escaleras arriba cuando vio bajar a Mason con los bebés en brazos. Vivian y Vanessa tenían los ojos rojos y respiraban agitadamente, pero al menos ya no aullaban. La momentánea calma le permitió contemplar más de cerca a ese hombre. Iba desnudo de cintura para arriba. Siempre había tenido un buen cuerpo, pero su paso por la marina había hecho maravillas.

–¿Todo bien? –se encontraron a mitad de la escalera y Hattie tomó a Vanessa de sus brazos.

–No. Comparada con la bomba de ayer, el cambio de pañales ha sido una tontería. Pero esta es una salvaje –tomando el biberón que ella le ofrecía, Mason asintió hacia Vivian–. Le faltan cuatro extremidades para ser un pulpo humano. Te compadezco cuando aprenda a caminar.

Hattie soltó una carcajada, aunque por dentro sintió una nueva preocupación. Las gemelas tenían aún meses por delante antes de caminar. Primero tenía que aprenderlo todo sobre comidas, cepillos de dientes, tiranías y esas cosas.

Con su carga en brazos, se sentó en el sofá.

Mason, acunando a Vivian, se sentó en el otro extremo. En cuanto consiguió meter el biberón en la boca de la niña, la casa fue bendecida con un agradable silencio.

–Eso está mejor. Cuando hacen piña me echo a temblar.

–Yo también.

–¿Qué plan hay para hoy? –preguntó Mason.

–Habrá que reservar cita con el juez. Y luego, quisiera traerme algunas cosas de mi casa.

–¿Crees que tu madre podría quedarse con ellas?

–No veo por qué no.

–Estupendo –él sonrió–. No sé tú, pero a mí me vendría bien una bombona de oxígeno.

–Solo llevamos levantados diez minutos –Hattie sintió un extraño cosquilleo en el estómago.

–No hay una manera políticamente correcta de decirlo –Mason se encogió de hombros–, de modo que allá voy. ¿No has pensado en seguir mis pasos y renunciar a tus derechos parentales?

–¿Te refieres a escurrir el bulto?

–Me refiero a recuperar tu vida –él frunció el ceño–. Tu madre parecía muy disgustada. ¿Por qué no darle lo que desea? Incluso puedes darle una a la madre de Alec, así cada una tendrá una nieta. Problema resuelto.

–¿Has oído ese ruido? Era el respeto que te tenía saltando por la ventana.

–¿Cuánto tiempo vas a estar enfadada conmigo? –preguntó Mason mientras elegían una cajas del cuarto de herramientas del padre de Hattie.

–Para siempre –ella ni siquiera podía mirarlo a la cara.

Tras cargar el coche con las ocho toneladas de cosas que necesitarían las niñas, se habían dirigido a casa de Akna. Hattie apenas había pronunciado tres palabras.

Y cuando Benton había telefoneado para informarles de que pasarían tres semanas antes de que el juez de Valdez pudiera recibir a Mason, los ánimos no mejoraron precisamente.

–Escúchame –insistió Mason–. Yo no hacía más que constatar lo evidente. Lo que haces por Melissa es muy noble, pero también excesivo. ¿Qué hizo tu hermana por ti? Melissa era receptora. Tomó de ti y de mí.

–Cállate –las lágrimas rodaron por el rostro de Hattie y Mason se sintió al instante avergonzado–. ¿Qué te ha pasado? No te recuerdo siendo tan cruel.

–¿Cruel? –Mason no pudo reprimir una carcajada–. ¿Hay limitaciones a mi derecho a pensar mal de la mujer que, básicamente, arruinó mi vida?

–Deja de ser tan dramático. Todo aquello sucedió hace años.

–Eso es –él añadió una caja al montón que habían apartado–, como

cuando Melissa destrozó su coche y, en lugar de obligarla a ahorrar para uno nuevo, tus padres le dieron el tuyo. O como cuando tú conseguiste el papel de Julieta en la obra del colegio, pero Melissa habló con la profesora de teatro para que se lo diera a ella porque yo hacía de Romeo y estábamos saliendo y así se venderían más entradas.

–Me niego a esto –Hattie desvió la mirada–. Melissa está muerta. Hiciera lo que hiciera entonces, ya es historia. Sus bebés necesitan una madre. Mi madre y la de Alec tienen buena intención, pero tú, más que nadie, deberías saber lo que es criarse sin una madre.

–Deja mi pasado fuera de esto –espetó Mason.

–Ya estoy harta de esta discusión –ella alzó la barbilla.

La mirada cargada de determinación le recordó a Mason épocas mejores. Una determinación que les condujo a escalar montañas y a pescar en lugares de los que él juraba que jamás encontrarían el camino de regreso. Hattie había sido una de sus mejores amigas, pero eso había cambiado, y le entristecía. Ya había perdido a Melissa, no quería perder a su hermana.

–Lo siento –se disculpó él–. Entiendo que mi comentario te haya enfadado, pero, reconócelo, no estás más preparada para ser madre que yo padre. Solo intentaba ofrecerte una salida.

–Eso es –Hattie se enjugó las lágrimas–. No quiero una salida. Estamos hablando de mis sobrinas, no de un par de caniches. Si Melissa creyó que yo podía con ello, entonces puedo.

–De acuerdo. Entiendo tu punto de vista –¿siempre había sido una mujer tan hermosa?

La ira intensificaba el color de sus mejillas. Y en ese instante, Mason estuvo convencido de que podría criar a las gemelas ella sola. Aunque ojalá no tuviera que hacerlo sola. Pero ¿estaba dispuesto a dejar el ejército y quedarse en Conifer para ayudarla?

No. Claro que no.

Capítulo 6

–Venga ya, Clem, céntrate –Hattie sacudió a su amiga–. ¿Puedes sustituirme esta noche?

–Recuerdo que Mason era bastante atractivo, pero…

–Calla –Hattie le propinó un codazo mientras Mason cargaba con varias cajas–. No es para tanto.

–Y eso lo dice la chica que babeó por él toda su vida, hasta que se casó con su hermana.

–¿Podríamos hablar de esto en otro momento? –Hattie cerró los ojos.

–Escucha, entiendo que tienes que estar pasándolo mal, pero Melissa lo abandonó hace mucho.

–Déjalo ya.

–Está soltero. Tú estás soltera. Los bebés se duermen temprano y tienes un montón de tiempo…

–¡Cállate! –Hattie se sonrojó cuando los cinco clientes del bar se volvieron hacia ella–. No seas ridícula –continuó en voz baja–. ¿Puedes sustituirme esta noche o no?

–Lo siento, pero Dougie tiene un catarro muy feo. En cuanto termine aquí me voy a urgencias.

–¿Cómo está Joey? –Doug tenía tres años y Joey cinco.

–De momento está bien.

–Espero que se ponga bien pronto –Hattie optó por trabajar ella. Alejarse de Mason una noche le haría bien.

–Ya están todas las cajas –Mason apareció en ese momento–. ¿Preparada para irnos?

–Sí –asintió Hattie–, pero tengo que volver más tarde.

–¿Cómo estás, Clem? –Mason frunció el ceño antes de saludar a la camarera.

–Bien, gracias –Clementine se sonrojó violentamente–. He oído que te va bien –continuó ella mientras jugueteaba con sus cabellos–. Te hemos echado de menos.

–Gracias –él se encogió de hombros–. Sienta bien volver. Ojalá fuera en otras circunstancias.

–Lo comprendo –asintió Clementine–. Todos estamos muy alterados.

«¿En serio, Clem?». Lo único que parecía alterarla era la distancia que la separaba de Mason.

–Bueno… –Hattie agarró a Mason del brazo y tiró de él hacia la puerta–. Me gustaría sacar mis cosas de las cajas antes de recoger a las

niñas.

En la calle les recibió un brillante sol, aunque el viento del norte revolvió los cabellos de Hattie.

–Espera –Mason se detuvo para observarla–. Te pareces al primo Itt, de esa serie…

–¿*La familia Adams*? –durante años habían visto esa serie a la salida del colegio.

–Eso es –él reanudó la marcha–. Me encantaba la serie.

–A mí también –y no solo por la serie en sí. Melissa la odiaba, y por tanto solían verla Mason y ella solos ante el televisor y las Oreo.

–¿Quieres que conduzca yo? –preguntó Mason al llegar al SUV de Hattie.

–¿Por qué?

–Pareces cansada. Y mientras metías tus cosas en las cajas, te he visto llorar.

–Estoy bien –Hattie se sentó al volante–. Es más, teniendo en cuenta que acabo de perder a mi hermana, creo que no lo estoy haciendo nada mal.

–Excelente apreciación –asintió él sentado a su lado–. Aparentas ser muy fuerte, Hat, pero te conozco y sé que solo es una pose. Pareces a punto de derrumbarte.

–Gracias por los ánimos, pero no me conoces, solías conocerme.

Mientras Hattie colocaba sus cosas en la habitación de invitados, él se conectó a Internet. Estaba decidido a abordar el asunto como si se tratara de una misión: profesionalmente, sin ninguna implicación emocional.

Acababa de encontrar una página muy buena que explicaba por qué no había que utilizar polvos de talco cuando se oyó un fuerte golpe en el piso superior, seguido de un grito.

–¿Hattie? ¿Estás bien?

El silencio fue la única respuesta y Mason soltó el iPad para subir las escaleras a la carrera.

La encontró casi enterrada bajo un montón de ropa.

–Menos mal que las perchas son de plástico. De lo contrario te habrías sacado un ojo.

–Preferiría menos comentarios y más ayuda –ella asomó la cabeza bajo unos vaqueros.

–Pues no sé… –Mason no pudo resistirse a hacerle una foto con el móvil–. Creo que podríamos sentarnos aquí un rato a disfrutar del momento.

–Eres un bruto –Hattie empujó el montón de ropa e intentó levantarse del suelo.

–Pero un bruto muy guapo –bromeó él mientras le ofrecía sus manos para ayudarla.

La única respuesta fue una mirada asesina.

–¿De dónde has sacado tanta ropa? Siempre pensé que era Melissa la víctima de la moda.

–¿Has visto el tamaño de su armario? Créeme, esto no es nada.

–Supongo que la mayoría de los invitados no traerá tanta ropa como tú –Mason agarró toda la que pudo y la dejó sobre la cama–. Por eso el perchero no ha resistido.

Durante un fugaz instante reapareció la vieja Hattie, que le sacó la lengua. Sucedió tan deprisa que Mason no estuvo seguro de que hubiera ocurrido realmente.

Miró a Hattie. La miró realmente.

Y se descubrió encantado con lo que veía. Incluso con los largos cabellos más revueltos de lo habitual y las mejillas arreboladas, había algo en esa mujer que lo atraía. Los vaqueros y la camisa también ayudaban. Esa mujer tenía curvas justo donde había que tenerlas.

–¿Qué pasa? –preguntó ella con las manos apoyadas en las caderas.

–¿Eh?

–Me estás mirando –Hattie se atusó los cabellos–. ¿Me cuelga el sujetador de la cabeza?

–¿No puede un hombre apreciar una bonita vista? –Mason rio.

A las diez de la noche Hattie seguía dándole vueltas a las palabras de Mason. Al mencionar la «bonita vista», ella se encontraba frente al ventanal que dominaba el valle. ¿Hablaba de ella o del paisaje?

No. Frotó con energía una mancha de grasa. Desde que se habían conocido, Melissa había sido la única chica para él. Ni el divorcio, ni siquiera su muerte, podían borrar algo así.

Siguiendo el código no escrito entre hermanas, Mason siempre le pertenecería a Melissa. Hattie era demasiado orgullosa para desear a un hombre que la había situado en segundo lugar.

–No esperaba verte aquí –una voz familiar la sacó de su ensimismamiento.

–Lo mismo podría decir yo –Hattie rodeó la barra del bar para abrazar a su padre–. ¿Por qué no estás con mamá? –el rostro del hombre evidenciaba el sufrimiento que vivía la familia.

–No ha descansado bien desde… –el padre de Hattie se interrumpió–. Llamé al doctor Amesbury para que le administrara un sedante y por fin

se ha quedado dormida.

–¿Y tú qué? No es que niegue los beneficios terapéuticos de un trago de güisqui, papá, pero ¿no deberías haberte tomado algo tú también?

–Puede que tenga un aspecto horrible –él sacudió una mano en el aire–, pero estoy bien. Debo permanecer fuerte por tu madre. Ya estaba bastante destrozada por lo de tu hermana, pero ver cómo le quitaban a las niñas… –sacudió la cabeza–. Le ha roto el corazón.

–¿Sugieres que siga los pasos de Mason y renuncie a la custodia? –preguntó Hattie.

–No, a no ser que sea eso lo que tú quieres. Tu madre piensa que puede encargarse ella sola de todo, pero al ver lo agotada que se quedó esta tarde, sé que no podría volver a criar a un bebé.

Hattie le sirvió a su padre una copa de su whisky preferido.

–Creo que ella no se da cuenta, pero tu hermana sí lo hizo, de que si asumiera el trabajo de criar a esas niñas, se perdería la alegría de ser su abuela –el hombre bebió un sorbo–. Tú y yo hemos tenido la suerte de disfrutar de ambas en la vida, y hay una diferencia.

Hattie asintió. Su abuela materna había fallecido dos años antes y siempre recordaría su amor y cómo la habían malcriado descaradamente esos amorosos brazos.

–Dicho lo cual, si no te ves capaz de hacerlo sola, puedes instalarte en casa.

–Estoy bien, papá –seguramente algún día sería verdad. De momento, lo único que podía hacer era honrar la memoria de su hermana–. Espero que mamá no esté enfadada conmigo.

–Lo que está es enfadada con el mundo –su padre apuró la copa–. Dale tiempo. Ya se hará a ello.

Hattie cerró el bar a las dos de la mañana. Cuando llegó a casa de Melissa eran las dos y media.

¿Alguna vez sentiría esa enorme casa como su hogar?

Acababa de poner un pie en el porche cuando Mason abrió la puerta.

–Hola.

–¡Hola! ¿Aún levantado? –Hattie pasó a su lado y se dejó envolver por el masculino aroma de la loción de afeitar que llevaba usando desde el instituto. A esas horas sus defensas estaban muy bajas y el pasado común despertaba una calidez que había creído desaparecida para siempre.

–No podía dormirme hasta saber que habías vuelto sana y salva –él se encogió de hombros.

–Gracias.

Mason cerró la puerta con llave, aunque en Conifer prácticamente no había delincuencia.

–¿Tienes hambre? –Mason le colgó el abrigo–. He preparado unos macarrones con queso.

–¡Qué rico! –bromeó ella–. No sabía que te hubieras vuelto todo un gourmet.

–Si lo dices porque suspendí economía doméstica, ni siquiera debería haber estado en esa clase –solo en Alaska podría suceder que el profesor de ebanistería se diera de baja por culpa del ataque de un oso–. Si me hubiera dejado más tiempo, esa tarta habría estado deliciosa.

–Sí, claro –Hattie sonrió ante la expresión de un rostro que había cambiado, pero que a sus ojos seguía igual–. Tú no dejes de decírtelo. Uno de estos días puede que se haga realidad.

–Pues la próxima vez que te vayas a trabajar voy a preparar una tarta y tendrás que tragarte tus palabras –Mason sacó un recipiente de la nevera y lo introdujo en el microondas.

–¿La vas a preparar partiendo de los ingredientes?

–¿Hay alguna otra forma de hacerlo?

–Claro. Hay mezclas ya preparadas. Y luego está la pastelería de Anne.

–¿Por qué sigues siendo como un grano en el trasero después de tantos años? –él sonrió.

–Modera ese lenguaje –lo reprendió Hattie–. No olvides que hay niños delante.

El timbre del microondas sonó y Hattie se sentó frente a la isla mientras Mason le servía la cena. Lo que faltaba de sabor se vio compensado por la compañía. Había olvidado lo divertido que era pasar un buen rato simplemente bromeando con Mason.

–Ahora en serio –él sacó una cerveza de la nevera y se unió a ella–. ¿Cómo estás?

–Estoy bien. No te equivoques, la adaptación va a ser dura, pero podré con ella. ¿Y tú qué? Esta noche has sido tú quien sacó la pajita más corta. ¿Cómo están mis adorables sobrinas?

–Vanessa ha sido un amor –de nuevo Mason le dedicó esa sonrisa–, pero te juro que Vivian me ataca los nervios. Durante el baño me salpicó los ojos de jabón y estoy seguro de que intentó ahogar mi móvil deliberadamente.

–Entiendo –Hattie era la única que seguía sonriendo–. ¿Y todo eso lo ha hecho un bebé que apenas es capaz de darse la vuelta en la cuna?

–No permitas que esa fingida inocencia te engañe –él tomó un trago–. Es dura de roer. Dentro de muy poco la pillarás fumando detrás de la leñera.

–Pues, si la memoria no me falla, fuisteis Melissa y tú a quienes

pillaron en ese trance.

–Nadie pudo demostrar que fuimos nosotros quienes se fumaron esas colillas –Mason le guiñó un ojo antes de arrojar la botella a la basura para el reciclaje–. ¿Preparada para irte a la cama?

–Debería estarlo, pero estoy demasiado despierta. ¿Te apetece ver una película?

–Me parece mejor plan que otra noche en el sofá –él bostezó.

–Hay otra cama.

–Sí –Mason frunció el ceño–, pero tiene más fantasmas que el cementerio local.

Mason despertó varias horas después en el cine del sótano. De la planta superior llegaban unos gritos desesperados.

A su izquierda, Hattie estaba muerta, roncando suavemente.

Levantándose de un salto, Mason corrió hasta el salón donde el sol entraba a raudales. Sobre el mostrador de la cocina estaba el monitor que debería haber bajado al sótano.

Sintiéndose lo peor del mundo en cuidado infantil, corrió escaleras arriba.

–Os pido perdón, señoritas.

Tomó primero a Vanessa y luego a Vivian. La primera se calmó enseguida con unos suspiros cargados de reproches, pero no hubo manera de consolar a Vivian.

Tras cambiarles rápidamente el pañal, Mason bajó al salón con su tropa y las dejó en el parque mientras preparaba los biberones. Minutos después, se sentó en el sofá con las gemelas.

–Lo siento muchísimo –volvió a disculparse–. Un error de novato que jamás volverá a repetirse.

La acerada mirada azul de Vivian le advirtió que mejor sería que no se repitiera.

El hecho de olvidar algo tan básico como el monitor, reforzó a Mason en su convicción de que lo suyo no era cuidar niños, sobre todo los de Melissa y Alec.

Aunque Hattie insistía en estar preparada, él dudaba seriamente que fuera más capaz que él. A los tres minutos de empezar la película se había quedado dormida como un tronco.

Durante unos minutos la había observado mientras se preguntaba cómo iba a ocuparse del bar y de su nueva familia.

Siempre había sido una de las personas más fuertes que había conocido jamás, pero en ese momento se le antojaba vulnerable. Casi frágil. Estaba pálida y las mejillas aún conservaban la huella de las

lágrimas.

Un sentimiento de culpa lo asaltó por dejarla sola con las niñas. Sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer? El matrimonio de Melissa y Alec, que él consideraba una traición, le había cambiado. Le había robado lo que hubiera de tierno en su corazón, sustituyéndolo por puro acero.

Le había convertido en un soldado.

Capítulo 7

–Soy de lo peor –se lamentó Hattie mientras empujaba el carro de la compra con la princesa Vivian instalada en su cuco. Vanessa iba en brazos de Mason–. Deberías haberme despertado.

–Déjalo ya –insistió él mientras elegía cinco botes de la fórmula láctea–. Los dos la fastidiamos. Yo soy tan culpable como tú. Pero, aparte de la mirada asesina de Vivian, no pasó nada.

–Sí, pero ¿y si hubiera entrado un ladrón o se hubiera incendiado la casa? –ella echó varios paquetes de pañales al carro–. Ya sabes a qué me refiero.

–El caso es que hubo suerte y las niñas están bien. Aprendimos la lección –llegaron a la sección de cereales–. ¿Sigues siendo una fanática de los Cap'n Crunch?

–Los adoro –Hattie miró con nostalgia un paquete–, pero mis caderas no tanto.

–¿Qué les pasa a tus caderas?

¿En serio? ¿Iba a obligarle a explicar lo obvio? Siempre había sido de hueso ancho, pero últimamente el peso había empezado a convertirse en un problema.

–¿Se olvidó papá de decirme que te operaron o algo así?

–¿Te apetece algo en especial? –Hattie se contuvo de decir algo que fuera a lamentar después.

–¡Oye! –Mason la agarró del brazo–. Háblame, Hat. ¿A qué viene esta repentina frialdad?

Al contacto con la mano de Mason, Hattie sintió renacer en ella el viejo deseo que creía bien enterrado. Las lágrimas le ardían en los ojos. Sus amigos le repetían lo fuerte, divertida y trabajadora que era, pero nadie le había dicho jamás que fuera guapa, o que el vestido le quedaba muy bien, tal y como habían hecho constantemente con su hermana. Daría lo que fuera para que Mason la mirara siquiera una vez como solía mirar a Melissa.

–¿Qué he hecho? ¿Tiene esto algo que ver con lo mucho que echas de menos a tu hermana?

Ella se soltó y continuó hacia el pasillo siguiente.

Desgraciadamente, Mason corría más que ella. En un segundo estuvo frente al carrito.

–No vas a ninguna parte hasta que me lo expliques. Si estamos condenados a vivir juntos durante las siguientes tres semanas,

comportémonos como personas civilizadas.

¿Condenados? Eso no le hacía sentir mejor.

–Por última vez, ¿qué tienen que ver tus caderas con nuestro viejo amigo el cereal?

–Estoy gorda. Ya está. Ya lo he dicho. ¿Satisfecho?

–¿Bromeas? –al menos Mason tuvo el detalle de aparentar perplejidad.

–¿Podemos dejarlo ya? –las lágrimas le nublaban la visión.

–Lo primero es lo primero. Solo para que me aclare. ¿Gorda? Tú no estás gorda, por el amor de Dios. Eres una mujer voluptuosa y preciosa. Melissa solía estar siempre a dieta y me ponía enfermo. Si yo fuera a quedarme, les diría a Vanessa y a Viv que son preciosas tal y como son.

«Pero no vas a quedarte». Las palabras quedaron retenidas en la garganta de Hattie. Durante un incómodo instante, no supo qué hacer. Y entonces Mason la miró fijamente a los ojos.

Al fin apartó la mirada, para dirigirse a los cereales azucarados que devoraban de pequeños. Arrojó dos paquetes al carro antes de volverse hacia ella.

–Tú no estás gorda.

–¿Te importaría dejar de mirar esa cosa? –el padre de Mason dejó caer el hacha con fuerza sobre el tronco, acercándose peligrosamente al monitor que descansaba sobre la barandilla del porche.

La temperatura bajaba con rapidez y un gélido viento aullaba entre los pinos. Se avecinaba otra tormenta de nieve y las reservas de leña no aguantarían el invierno.

–Fern sabe todo lo necesario sobre el cuidado de bebés –insistió el hombre.

Hattie estaba en el bar y Akna no estaba en condiciones de cuidar a las niñas, de modo que Fern se había ofrecido voluntaria.

–¿Y eso?

–¿Recuerdas hace unos años que tuvo un cachorrito? Pues Rascal se convirtió en todo un perro.

–Papá, incluso yo sé que hay mucha diferencia entre criar a un perro y a un niño.

–Fern es una buena mujer –el hombre se secó el sudor–. Las crías podrían estar en peores manos.

–¿Y desde cuándo vosotros dos os lleváis tan bien?

–¿A qué te refieres? –¿era rubor lo que había asomado a las mejillas de su padre?

–Ya sabes… –Mason guiñó un ojo–. Creo que le gustas.

–¿Fern y yo? –Jerry rio–. Nuestra relación es complicada. Por cierto,

los chicos de la cafetería hablan de que Hattie y tú podríais terminar juntos. Lo cual sería vergonzoso. Hattie con el marido de su hermana muerta.

–Que hablen todo lo que quieran –Mason tomó un leño del montón–, aunque se han olvidado de mencionar que Melissa era mi ex, y que me esperan en la base dentro de tres semanas. Además, ya tuve bastante con una Beaumont.

–Supongo que tienes razón –gruñó su padre.

–¿Estás de acuerdo conmigo?

–No me gusta hablar mal de los muertos, pero Melissa te lo hizo pasar muy mal. Y Alec también. Aun así –el hombre se interrumpió–. Supongo que, si alguna vez voy a tener nietos, tarde o temprano tendrás que volver a las andadas.

–Si fuera tan sencillo –Mason dio un respingo–. ¿Desde cuándo te apetece ser abuelo?

–Me estoy haciendo viejo. Y, por cierto, tú también –Jerry reanudó la tarea–. Por mi experiencia, te diré que hacerse viejo solo no es nada bueno.

–Entonces, ¿por qué no te buscas una buena mujer? Así me dejarás tranquilo

–Jerry, cielo –Fern asomó la cabeza por la puerta–. ¿Qué te apetece cenar, tacos o chile?

–¿Cielo? –Mason sonrió a su padre–. Yo en tu lugar me lo tomaría como una señal.

–¿Y qué le sucede? –preguntó Hattie a su padre, preocupada por el estado de su madre.

–No estoy seguro.

–¿Qué síntomas tiene?

–Estoy bastante seguro de que no es más que cansancio.

–Pero a ella le encanta quedarse con las niñas –insistió Hattie–. Quiero hablar con ella.

–Preferiría que no lo hicieras –su padre bloqueó el paso al pasillo.

–Ahora sí que estoy asustada. ¿Qué está pasando?

–Lo está pasando muy mal con todo esto. Los dos lo estamos pasando muy mal.

–Por «todo esto», ¿te refieres a lo que le sucedió a Melissa o al testamento?

–Déjalo estar –su padre suspiró y sacudió la cabeza.

–De acuerdo –Hattie estaba harta de llorar, pero el nudo de la garganta, que ya le resultaba más que familiar, le dificultaba la

respiración.

Aunque lo último que quería era distanciarse de sus padres cuando más los necesitaba, Hattie cedió a los deseos de su padre y los dejó solos a los dos.

–Ha sido muy amable por parte de Fern y tu padre acercarse a echar una mano –Hattie le pasó a Mason el último plato para secar.

Vivian y Vanessa jugaban en el parque. Por una vez estaban tranquilas.

–Mientras Fern cuidaba de las gemelas, papá y yo cortamos un montón de leña.

–Gracias –el dolor del rechazo de su padre seguía doliendo, y aunque Hattie había controlado sus emociones durante la cena con Jerry y Fern, se sentía peligrosamente cerca de derrumbarse–. Agradezco tu ayuda. Organizaré un nuevo horario en el bar mientras estés por aquí.

–Claro. Te echaré una mano en lo que pueda.

Aunque las palabras eran amables, a Hattie no le pasó desapercibida la tensión. A pesar del tiempo transcurrido, tenía la sensación de conocerlo mejor que nadie, aparte de Melissa. Y esos hombros estaban demasiado cuadrados para estar relajados, y la mandíbula demasiado encajada.

Terminaron de fregar y secar los platos y, mientras Hattie limpiaba la encimera, Mason quitaba las migas de los mantelitos que Fern había dispuesto sobre la mesa.

–Escucha –Hattie ya no podía soportar la tensión–, sobre lo de esta mañana en la tienda, yo…

–Déjalo. No debería haberme metido –Mason se acercó peligrosamente a ella–. Pero lo dije en serio. Hat, eres una mujer preciosa. Algún día harás muy feliz a algún afortunado.

«¿A ti no?».

Lo que él no sabía, y no debía saber jamás, era que por muchos chicos con los que hubiera salido, ninguno había significado tanto para ella como Mason. Melissa sí lo había sabido y Hattie seguía furiosa por el numerito de casamentera. Antes de perder a su hermana, su tragedia había consistido en amar a un hombre que jamás podría tener. Qué irónico que, incluso sin Melissa formando parte de la ecuación, Mason siguiera siendo igual de inaccesible.

Sin saber cuánto más podría soportar, se cubrió el rostro con las manos.

–¿Hattie? –Mason le propinó un suave codazo, un gesto repetido miles de veces siendo críos–. Conozco esa mirada. ¿Qué sucede? No te he

preguntado cómo está tu madre.

–No está nada bien, y mi padre tampoco –ella retorció la bayeta–. Papá no quiso entrar en detalles, pero creo que mamá sigue alterada por el testamento.

–Lo siento –él la abrazó. Un abrazo de amigo, como los tantas veces compartidos.

Su fuerza, calor, su mera presencia significaba más para ella de lo que jamás sabría Mason. Tenía que recomponerse. El dolor la estaba destrozando emocionalmente.

–Dentro de unos meses, cuando estés instalada en tu nueva rutina, todo irá mejor.

–Espero que tengas razón –Hattie apoyó el rostro contra el fuerte torso.

Permanecieron abrazados largo rato, los cuerpos tan pegados que se volvieron uno. Hattie se permitió la libertad de dejarle ser el fuerte, porque estaba harta de mantener la compostura cuando lo que de verdad deseaba era desmoronarse.

Ella contempló los deliciosos labios. ¿Cuántas veces había soñado con abrazarlo así? ¿Con ser abrazada así por él? Se había sentido mortificada al ver sus más íntimos secretos plasmados en la carta de Melissa. Qué vergonzoso, pero, al mismo tiempo, qué liberador. Pues, si ya tenía todas las cartas sobre la mesa, ¿qué podía perder si se ponía de puntillas y besaba fugazmente esos labios? Al principio no estuvo segura de haberlo hecho, pero Mason gruñó, hundió una mano bajo sus cabellos y, de repente, lo que solo había pretendido ser un simple gesto se convirtió en algo muy complicado. Mason la besó, hundiendo la lengua dentro de su boca.

–¡Dios mío! –tan rápido como había comenzado, el beso terminó–. Lo siento. Eso no debería haber sucedido.

–No, lo siento yo –Hattie se llevó las manos a los electrizados labios–. No volverá a suceder.

–Por supuesto. No debería haber sucedido nunca.

–Estoy de acuerdo.

Durante un interminable minuto permanecieron inmóviles. Tanto mejor, dado que Hattie no sabía qué hacer. Acababa de besar al exmarido de su hermana muerta. No podía caer más bajo.

–Cambiando de tema –Mason se dirigió al otro extremo de la cocina–. ¿Sabías que a los seis meses el cerebro de un bebé tiene la mitad del tamaño del de un adulto?

Hattie se limitó a mirarlo. No estaba de humor para charlas sobre bebés.

–Pareces una muerta viviente.

–Yo también te quiero –saludó Hattie a Clementine la noche siguiente al entrar en el bar.

–Lo siento, pero ¿duermes lo suficiente?

La única respuesta fue una amarga carcajada.

–Espera, déjame adivinar. Mason no te está ayudando con los bebés.

–Vuelve a intentarlo. Resulta que es una niñera SEAL. Cuando las gemelas duermen, investiga en Internet sobre los cuidados infantiles. Lo asimila todo y se dedica el resto del tiempo a presumir de lo que sabe, haciéndome sentir culpable porque yo no lo sé.

–Anímate –Clementine tomó el bolso para marcharse–. En unas pocas semanas, Mason se habrá ido y, con suerte, no volverás a saber nada de él.

–Supongo que tienes razón –lo que Hattie no podía compartir con su amiga era que la marcha de Mason era gran parte de su problema. Ya había adoptado el papel de cuidador principal de las niñas. Casi era capaz de cambiar los pañales con una mano y conseguía darles el biberón a las dos al mismo tiempo. Ese tipo era como un pulpo de alto rendimiento.

–El sábado que viene doy una fiesta de Halloween –Clementine sacó los guantes del bolso–. ¿Querréis venir Mason y tú?

–Gracias, pero me temo que Mason se sentiría incómodo con los viejos amigos. Y mi madre está muy rara y no sé si querrá cuidar de las niñas. Además, yo debería estar aquí. Ya sabes que los días de fiesta esto es una locura.

–Y por eso Trevor y Rose se han ofrecido a cubrir tu turno. Vamos –ella propinó un codazo a Hattie–. Será divertido.

–Lo pensaré.

–Al menos llevarás a las niñas al *Wharf-o-Ween*.

Hattie había olvidado la fiesta de Halloween que se celebraba en el muelle todos los años.

–No lo sé –ella suspiró–. Tendríamos que conseguir disfraces y ¿qué pasa si la gente empieza a hablar? ¿No es muy pronto para que las niñas empiecen a ir a fiestas tras la muerte de su madre?

–¿Y qué si hablan? Puede que Melissa esté muerta, pero si dejó a sus hijas a tu cargo fue para que tuvieran una vida. La pregunta que debes hacerte es: ¿qué querría ella que hicieras?

Pasó una semana.

Mason hubiera querido borrar la melancolía que se había adueñado de Hattie, pero parecían haberse sumido en un ritmo de orquestada

evitación, al menos por parte de ella.

Cada vez que intentaba hablar con ella de algo que no fuera el tiempo, se escapaba a su habitación. Y dada la necesidad que tenía de aclarar algunas cosas, eso le volvía loco. Comparado con su trabajo habitual, cuidar de las gemelas apenas suponía esfuerzo físico. Lo que le agotaba era tener que hacerlo solo. Cierto que su padre y Fern aparecían de vez en cuando, pero, aparte de ellos, estaba solo.

Y si además pensaba en ese beso, estaba perdido del todo. Apenas era capaz de estar cerca de ella sin tocarla.

Y por eso el martes a la una de la madrugada, cuando Hattie regresó a casa, prácticamente la asaltó al abrir la puerta, al menos verbalmente. Físicamente, mantuvo las manos quietas.

–Ya era hora. ¿No tienes empleados sin hijos que puedan ocuparse del último turno?

–Tal vez no estés familiarizado con este negocio –ella lo miró perpleja–, pero no es nada bueno que gaste más en sueldos de lo que gano.

–Ya sabes a qué me refiero –él regresó al salón, al artículo que había estado leyendo sobre el fuerte sentido del olfato de los bebés–. Si tienes hambre, he conseguido preparar una chuleta de cerdo bastante decente. Te lo he dejado en la nevera.

–Gracias.

Lo estaba intentando. ¿Por qué no podía ella hacer lo mismo?

Quizás fuera un gesto infantil, pero Mason ni siquiera la miró mientras ella trasteaba en la cocina. ¿Por qué se comportaba como si estuviera enfadada con él? ¿Qué le había hecho, aparte de facilitarle la existencia?

No le había ayudado a quitarse el abrigo. No solo por falta de cortesía, también temía lo que pudiera desatar ese simple gesto de tocarla.

En cuanto sonó el timbre del microondas, Hattie se llevó el plato a la isla, dándole la espalda.

¿Iba a quedarse allí sentada, comiendo sin pronunciar una palabra?

–¿Tan repulsivo te resulto que ni siquiera te dignas a mirarme mientras te comes lo que he preparado? –Mason se colocó frente a ella.

Durante unos interminables segundos, ella lo miró fijamente antes de echarse a reír.

–Lo siento, pero pareces una esposa.

–Me alegra que te resulte gracioso. Me gustaría verte aquí, cuidando de dos bebés. Me estoy volviendo loco.

–Se nota –asintió ella sin dejar de reír–. Lo siento. No he ayudado gran cosa por aquí.

–No me importa hacer la colada ni provocar pequeños eructos, pero

necesito una amiga. En mi unidad hay muchos tipos que tienen hijos y no paran de hablar de lo estupendo que es. Quizás soy demasiado frío, pero, por monísimas que sean Viv y Van, cada vez que las miro solo veo lo que sus padres me hicieron. Amaba a Melissa. Y Alec era como un hermano para mí –golpeó la encimera con los puños–. Volver a casa ha removido toda la mierda que creía enterrada.

Hattie lo entendía perfectamente, pues en su caso lo que se había removido eran los sentimientos que albergaba por él. Se moría por tomar sus manos y besarlas hasta hacer desaparecer su ira.

–Cuanto más tiempo paso con esas niñas, más me doy cuenta de que esto no es ninguna broma. Pero ¿cómo puedo amarlas cuando su llegada al mundo no me trajo más que dolor? Nada, salvo la pérdida de mi madre, me ha dolido tanto como la traición de Melissa y Alec.

–Bueno –Hattie suspiró y apartó el plato a medio terminar–. Por suerte para ti, no estarás mucho tiempo aquí. Y aunque no tengo derecho a ello, una parte de mí se vuelve loca al pensar que te vas a ir. No me malinterpretes, entiendo que no puedas dejar la marina así sin más, pero estoy sufriendo. Sé que mis padres terminarán por ceder, pero mientras tanto va a ser muy duro tener que criar a esas dos niñas yo sola.

–Durante las siguientes dos semanas no tendrás que hacerlo. ¿Qué te parece si te ayudo a elaborar un horario de cuidados infantiles y tú me ayudas a olvidarme de tu hermana?

–Trato hecho –Hattie le ofreció una mano.

Cuando las palmas de ambos se juntaron, ella sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo hasta instalarse en su estómago. ¿Durante cuánto tiempo había deseado que fueran más que amigos? ¿Durante cuánto tiempo recordaría las dos semanas que les quedaban? Cuando Mason se marchara, podría ser para siempre.

–¿Estás bien? –preguntó él sin soltarle la mano.

–Sí, estoy bien –la voz de Hattie se quebró de emoción y deseo por lo que no podría ser.

–No tienes buen aspecto. Es decir –con la otra mano él enjugó las lágrimas que últimamente siempre rodaban por sus mejillas–, estás tan guapa como siempre, pero ¿qué puedo hacer para que no parezcas siempre tan triste?

¿Qué podía hacer? Todo.

Abrazarla, besarla, no marcharse nunca. Sin embargo, las probabilidades de que eso sucediera eran tan remotas como de que brotara una palmera en su jardín. Tenía que olvidarse de una vez por todas de las fantasías infantiles y continuar con su vida.

¿Y el beso? ¡Eso sí que tenía que olvidarlo!

Capítulo 8

–Buenos, días, dormilonas –por una vez, Mason se había despertado antes de que las niñas aullaran pidiendo el servicio de habitaciones. Vanessa seguía durmiendo. Pero en cuanto lo vio, Vivian empezó a lloriquear.

–No empieces, pequeñaja –Mason la tomó en brazos–. Ha sido una noche muy larga.

La sonrisa del bebé lo dejó sin respiración.

–¿Te parece divertido? –acunándola, él le hizo cosquillas en la barriguita.

Por mucho que se repetía que era inmune a los encantos de las gemelas, temía que, si continuaba así, la nueva hornada de chicas Beaumont también le romperían el corazón.

–Hola –Hattie bostezó junto a la puerta de la habitación–. Quería levantarme antes que tú.

–Estoy acostumbrado a madrugar aunque no haya dormido –Mason seguía arrancando sonrisas a la niña–. Cuidar bebés no es nada comparado con desactivar artefactos nucleares.

–Ojalá tuviera la misma confianza que tú –ella suspiró.

–Ya le pillarás el truco.

–¿No era eso lo que te decía yo a ti? –Hattie inclinó la cabeza.

El corto camisón se le pegaba en los lugares adecuados y dejaba al descubierto algunas zonas que al soldado le encantaría explorar. ¿Desde cuándo había empezado a ser tan sexy?

–¿Qué quieres que te diga? –él asintió–. La marina me enseñó a aprender deprisa.

–No te des tantos humos, soldado –dijo ella sentándose en la mecedora–. Domino lo básico: pañales, biberones, baños. Lo que me asusta es compaginarlo con mi trabajo.

–Pensaba que tu madre te iba a ayudar.

–Yo también, pero de repente parece haberse rajado. Tengo la sensación de que me culpa por el testamento de Melissa. Es una locura.

–¿Y qué hay de los padres de Alec? –insistió Mason mientras le cambiaba el pañal a Vivian.

–Volvieron a Miami, no se puede contar con ellos –Hattie sacó a Vanessa de la cuna y le besó la regordeta mejilla–. Todo el jaleo que montaron tus abuelos al saber que me haría cargo de vosotras y ¿dónde están ahora?

–¿Te gustaría ver a tus padres esta tarde? Quizás resulte más sencillo si yo te acompaño.

–¿Tenemos que hacerlo?

–No. Me pareció buena idea –Mason se acercó a ella con Vivian en brazos–. Te la cambio.

Mason sintió el roce de los brazos de Hattie contra su piel y, al instante, deseó otro beso.

–¿Te apetece hacer algo?

–Quería consultarte algo –ella regresó a la mecedora con Vivian.

–Dispara.

–La semana pasada, Clementine nos invitó a una fiesta de Halloween.

–Estupendo. Me encanta Halloween.

–A mí también –Hattie frunció el ceño–, pero necesitaremos una canguro y…

–Estoy seguro de que Fern y mi padre nos echarían una mano.

–Clem también me recordó la fiesta de *Wharf-o-Ween.* Yo suelo poner un puesto infantil.

–Un momento –bufó él–. ¿Hablas de tequila para niños o algo así?

–Ya sé que suena raro –ella le sacó la lengua–, pero dado que todos los comerciantes del muelle participan, ¿por qué no el bar Hattie's? Y para tu información, no se sirve alcohol.

–Entiendo, pero ¿qué querías consultarme? –Mason hizo un movimiento excesivamente brusco para el gusto de Vanessa que estalló en llanto–. Ya está, ya está –la calmó.

–Da igual. Deberíamos darles de comer.

–¿No podemos hacer las dos cosas a la vez?

Hattie lo intentó, pero en cuanto Vivian oyó llorar a su hermana, se unió a ella. Y ninguna se calmó hasta que sus bocas estuvieron demasiado ocupadas con sendos biberones.

–Eso sí que ha sido intenso –Mason suspiró en cuanto se instalaron en el sofá–. Si son así de exigentes de bebés, no quiero ni pensar en su adolescencia.

De inmediato lamentó haber hablado. Los ojos de Hattie volvían a estar llenos de lágrimas.

–Fueron buenos tiempos –ella sonrió–. En cualquier caso, lo que quería preguntarte era si no te parece inapropiado por nuestra parte llevar a las niñas al festival.

–Si las gemelas fueran más mayores –contestó Mason tras reflexionar un instante–, les dejarías decidir. Siendo tan pequeñas, la decisión es tuya.

–Y eso me lleva de nuevo a la misma pregunta. ¿*Wharf-o-Ween* o una tranquila velada en casa?

–Quizás sea cosa mía, pero me encantaría salir de esta casa un rato.

A Hattie le dolía el costado de tanto reír.

Los grandes almacenes de Conifer, Shamrock's Emporium, disponían de una pequeña, aunque divertida, colección de máscaras, disfraces y maquillaje de Halloween. Mason colocó una gigantesca máscara de Hulk sobre la cabeza de Vivian que, lejos de asustarse, empezó a reír.

–¡Para! –suplicó Hattie al sentirse observada por los clientes–. Nos van a echar.

Vanessa miró la cabeza verde de su hermana y estalló en llanto.

Hattie sintió que su corazón se derretía cuando Mason tomó al bebé en brazos y la acunó.

–Lo siento, no quería asustarte.

Vivian seguía riendo.

–¿Qué te parece un halo de angelito? –Mason colocó una diadema sobre la asustada niña.

–Espera –Hattie sacó el móvil del bolso–. Tengo que hacerle una foto.

En ese mismo instante apareció Sophie que, al ver a los felices cuatro, se dio media vuelta.

–Sophie, espera –Hattie corrió tras una de las mayores chismosas de la ciudad.

–¿Cómo has podido? –Sophie se volvió hacia ella–. El pobre Alec y tu hermana apenas se han enfriado en sus tumbas, ¿y así les mostráis vuestro respeto?

–Sophie –Mason les alcanzó–, no es que sea asunto tuyo, pero lo mejor que podemos hacer por las dos niñas es proporcionarles constante amor y apoyo, y quizás incluso un poco de diversión.

–¿Y qué sabes tú de la pena, Mason Brown? –espetó Sophie–. No es ningún secreto que Melissa te abandonó. La pobre acababa de perder a su hijo y tú…

–No sigas –ordenó él con voz peligrosamente baja, una que Hattie jamás le había oído y que le asustó mucho–. No te atrevas a excusar lo inexcusable. Si mi esposa necesitaba consuelo, debería haber acudido a mí, no a Alec. Y te recuerdo que yo también perdí a mi madre siendo un crío –concluyó con la mandíbula encajada.

Sophie jugueteó con el marcador de precios antes de correr al almacén.

–Siento mucho que te dijera esas cosas horribles –Hattie lo abrazó por detrás, movida por el instinto. Ya no se trataba del fornido SEAL, era de nuevo el chico que había conocido.

La madre de Mason había fallecido de cáncer cuando el niño contaba

cuatro años. Hattie no recordaba el entierro, pero sí lo sucedido después. Al preguntarle si quería jugar a los cochecitos con ella, le había contestado que no podía. Sus mejores coches se habían ido.

–¿Adónde? –había preguntado ella.

–Al cielo, con mi mamá.

Mason había metido sus coches preferidos en el ataúd de su madre.

–Nunca me gustó esa mujer –Hattie siguió consolando a su amigo–. En la boda de Alec y Melissa me preguntó si quería su echarpe para cubrir mi indecente vestido de tirantes.

–¡Bromeas!

Mason rio y dejó a Vanessa en el cochecito antes de abrazar a Hattie y besarle la cabeza. El abrazo se prolongó hasta que ambos se sintieron transportados a un lugar más profundo y significativo que el de la amistad.

–Gracias –susurró él.

–No he hecho nada.

–Claro que sí. Cuando esta maldita ciudad me dio la espalda, tú siempre estuviste a mi lado. Y sigues estándolo. Y ahora… –Mason suspiró–. Ojalá pudiera estar yo al tuyo.

–¿Qué crees que quiso decir? –preguntó Clementine–. ¿Será su forma de declararte su amor?

–No digas tonterías –Hattie llenó dos jarras de cerveza para un par de clientes habituales.

–Cosas más raras se han visto –señaló la otra joven.

–Y Bigfoot podría secuestrarme de camino a casa. Siento haberte dicho nada.

–¿Te he contado alguna vez cuando Bigfoot vino a mi casa? –Rufus Pendleton, uno de los clientes habituales, pidió otra cerveza.

–Solo unas diez veces, querido –Clementine se inclinó sobre la barra para besarle la mejilla.

Hattie se había sentido tan horrorizada ante la crueldad de Sophie que había necesitado contárselo a su amiga. Pero en esos momentos comprendía que debería haber mantenido la boca cerrada. Lo que Hattie había interpretado como un momento dulce, la casamentera de Clem lo había visto como lanzarse de cabeza a un apasionado romance.

«¿Y qué dices de ese espectacular beso?».

¿Acaso no había sido significativo? Pero esa información la guardó para sí.

–¿Qué has decidido sobre mi fiesta y la de *Wharf-o-Ween*? –Clementine se sirvió tres cerezas.

–¿No habíamos hablado de no comernos las cerezas? –Hattie le dio un manotazo–. Y sí, pondremos el puesto de siempre, pero añadiendo una foto de Alec y mi hermana. Creo que será bonito recordar que hay que vivir el momento, porque nunca se sabe cuándo será el último.

Dado que Trevor se había ofrecido voluntario para cubrir el último turno, Hattie aprovechó para visitar a sus padres.

–¿Hola? –llamó. La casa parecía una tumba.

La cocina estaba vacía y en el garaje no había ni rastro de la camioneta de su padre.

El último lugar que Hattie inspeccionó fue el dormitorio principal. Y allí encontró a Akna, acurrucada sobre la cama, los ojos muy abiertos.

–¿Mamá? ¿Estás bien?

–¿A ti qué te parece?

–Hoy ha hecho un buen día –ella se sentó en el borde de la cama–. ¿Quieres ver la puesta de sol? Quizás te haga sentir mejor.

–No te molestes en fingir que eres inocente.

–¿A qué te refieres? –preguntó ella, sobresaltada por la ira de su madre.

–Sophie me contó tus planes de hacer vida normal en Halloween. Toda la ciudad habla de tu comportamiento aborrecible y claramente escandaloso. No creas que Sophie no me contó lo que hicisteis Mason y tú en la tienda.

–Cielo santo. Lo único que hicimos fue comprar algunos artículos de Halloween para las niñas.

–A mí no me lo pareció. Recuerdo la carta de tu hermana, cómo hizo de casamentera. Sé que hay algo más y que te pegas a Mason como si fuera tu novio. Él siempre le pertenecerá a tu hermana. Apuesto a que te encanta esa enorme casa también, ¿verdad? ¿Y el coche nuevo? Melissa tenía todo lo que tú deseabas y ahora que está muerta…

El horror de las palabras de su madre hizo que Hattie se cubriera la boca con las manos.

–Deberías avergonzarte –Akna se sentó en la cama–. Eres aborrecible.

–No te reconozco –con voz temblorosa, Hattie salió del dormitorio.

–¡Corre! –gritó su madre–. Pero corre directamente a la iglesia a rezar por el pecado de desear la muerte de tu hermana.

Y Hattie corrió, pero hacia la cordura.

Corrió directamente hacia Mason, al parecer el único amigo que tenía.

A la mañana siguiente, Hattie fregaba los platos del desayuno cuando sonó el teléfono.

–¿Quién es? –Mason tomaba una taza de café mientras hojeaba el periódico.

–Mamá –Hattie frunció el ceño–. Seguramente estará mejor.

–¿Fuiste a la iglesia tal y como te dije que hicieras? –fue el saludo de Akna.

–Déjalo ya. Has perdido a una hija. ¿De verdad quieres perder a la otra?

Unos sollozos llegaron desde el otro lado de la línea.

–Mamá –continuó Hattie, en parte asustada, en parte insegura sobre cómo proceder–, creo que papá debería llevarte al hospital. No te comportas de un modo racional.

–Tú eres la que…

Incapaz de oír más a su madre, ella colgó el teléfono y se volvió hacia Mason.

–¿Crees que es demasiado pronto para una cerveza?

–Eso no suena nada bien –Mason soltó el periódico.

–Aparte de que mi madre bordea la locura, está el problemilla de que odio vivir en una pecera.

–¿Qué pasó?

–Al parecer, Clem abrió su bocaza y habló de la participación del bar en el festival. Sophie ya le había contado a mamá lo escandaloso que había sido nuestro comportamiento en Shamrock's y ahora todo el mundo habla de la irrespetuosa hermana. Y a mi madre se le ha metido en la cabeza que me alegro de vivir la vida de Melissa –Hattie se secó las lágrimas con papel de cocina–. ¿Cómo pudo decirme algo así? ¿Cómo pudo ser tan cruel?

–Ven aquí –Mason le ofreció un abrazo y ella se hundió en la deliciosa sensación–. Estoy seguro de que no lo dijo en serio. Era su dolor el que hablaba.

–Aun así –ella sollozaba contra su pecho.

–Tranquila –él le acarició la cabeza, inundándola de calor–. Todo saldrá bien.

¿En serio? Porque, a juzgar por cómo se sentía en brazos del exmarido de su hermana, no pudo evitar temer que parte de las acusaciones de su madre pudieran ser ciertas.

–¿Qué les pasa? –una hora más tarde, recién duchada y aún avergonzada por la escena con Mason, Hattie entró en el cuarto de las aullantes niñas.

–Encontré este CD de nanas –sentado en el suelo con las gemelas en brazos, Mason se encogió de hombros–. Pensé que les gustaría, pero en

cuanto empezó a sonar se pusieron histéricas. ¿Crees que Melissa se lo ponía a menudo y se están preguntando por qué no está aquí?

–No me sorprendería –Hattie apagó la música. Se unió al trío en el suelo y tomó a Vivian–. Lo siento, chiquitina. Sé que echas de menos a tus padres.

Al levantar la vista, descubrió a Mason acunando a Vanessa.

En pocos minutos se hizo el silencio.

–Me pregunto cuántas más bombas de recuerdos habrá por ahí, listas para estallar.

–¿Puedo hacer algo por ti? Ha sido una mañana asquerosa.

–¿Eso crees? –ella rio, aunque no consiguió disimular lo dolida que seguía estando por las palabras de su madre.

–Vamos. Algo habrá que pueda hacer para que mis tres chicas sonrían.

¿Sus chicas? Hattie se hundió en la peligrosamente atractiva mirada mientras se recordaba que no debía ver nada más que amistad en ella. Ese hombre se marcharía en una semana y, al igual que la casa perfecta y las niñas perfectas, no le pertenecía. Jamás le pertenecería.

–Vamos –insistió él–. Tiene que haber algo muy egoísta que desees.

–De acuerdo –ella sonrió–, si viviera en un universo idílico, disfrutaría con una pedicura y brownies.

–Hecho.

–¿En serio? –Hattie enarcó las cejas–. ¿Y cómo vas a hacerlo realidad?

–En primer lugar –dejó a Vanessa en el suelo el tiempo justo para ponerse en pie y volver a tomarla en sus brazos–. Vamos a bajar a ese cine del sótano a ver alguna película cursi de chicas.

–Preferiría ver una de acción y aventuras.

–O eso –Mason besó a Vanessa en la cabeza despertando unos irracionales celos en Hattie–. Después voy a preparar unos brownies con la mezcla que compré en el supermercado.

Ella frunció el ceño, aunque no demasiado.

–Y mientras los brownies se hornean, voy a pintarte las uñas de esos preciosos dedos de los pies.

–¿Qué sabes tú de lacas de uñas?

–Puede que lo tenga un poco oxidado –él se puso serio–, pero cuando mi madre estaba enferma, siempre me pedía que le pintara las uñas de color rojo. Y yo me sentía orgulloso de arrancarle una sonrisa –incluso en la penumbra de la habitación de las niñas se veía el brillo en los ojos de Mason–. ¿Me permitirás hacer lo mismo por ti?

Hattie asintió con un nudo en la garganta.

Capítulo 9

Decir que Mason se sentía fatal por lo que Hattie estaba pasando sería quedarse corto. Llevaban casi dos semanas viviendo juntos y veía desde primera fila cómo se desmoronaba su vida.

Desde que tenía recuerdos, esa mujer había sido su amiga, su colega. Pero últimamente habían despertado en él algunas sensaciones con respecto a Hattie y las niñas. Por una parte se moría por regresar a la base, pero por otra odiaba tener que dejar a Hattie y a las niñas solas.

La mañana del *Wharf-o-Ween,* mientras Fern y su padre cuidaban a las gemelas, Mason sacó del ático las maderas del puesto callejero del bar de Hattie.

–Me debes un poco de diversión. Esto no es el ratito corto que me habías descrito.

–Si te hubiera dicho la verdad, ¿te habrías ofrecido a ayudar? –ella sonrió.

–Ahí me has pillado –Mason le devolvió la sonrisa.

–Ayúdame a limpiar esto y nos pondremos a montarlo todo.

–Qué divertido…

Después de tres horas torturándose por no poder poner las manos sobre Hattie, lograron construir una réplica del juego de los anillos al estilo del Lejano Oeste.

–Ha quedado muy bien –con las manos apoyadas en las sensuales caderas, ella dio un paso atrás.

–¿Y a quién se lo tienes que agradecer?

–A ti –ella lo abrazó antes de apartarse bruscamente.

Mason deseó que el abrazo hubiese durado más tiempo. Hattie olía a suavizante para ropa y a las fresas que había preparado para el desayuno. Estar a su lado no solo era agradable, también excitante. Hattie conservaba todas las cualidades de su infancia, pero la versión adulta era aún mejor. El beso había encendido una curiosidad que lo había dejado lleno de dudas.

–Aprecio todo lo que has hecho –continuó ella.

–Ha sido un placer –Mason se quitó un imaginario sombrero vaquero.

–¿No exageras un poco, vaquero?

–Sí, pero ya que no tengo físico, recurro a mi facilidad de palabra para impresionar a las damas.

–Lo que buscas es un cumplido –ella le dio una amistosa palmada.

Mason sonrió. Se le había acelerado el corazón con el intercambio de

bromas. Sin embargo, considerando que casi tenía un pie en el avión, no sabía si era buena idea.

Aquella noche, mientras Hattie atendía el puesto con Mason, la princesa Vivian vio a un niño vestido de hombre lobo y estalló en un histérico llanto.

Vanessa, en brazos de Mason, se limitó a incorporarse para ver mejor.

–¿Quieres sujetar tú a esta? –le ofreció él a Hattie– Intentaré calmar a Viv.

–Gracias –Hattie observó maravillada lo poco que necesitó Mason para calmar a la niña.

A la hora del biberón, las gemelas se alteraron de nuevo y Mason se ocupó también de la situación, llevándolas a un lugar tranquilo.

–Tiene buen aspecto –su padre apareció por el puesto y sonrió tímidamente.

–Gracias. Mason hizo la mayor parte del trabajo.

–¿Y dónde está ahora?

–Ha subido a las gemelas a mi apartamento para darles el biberón y cambiarles el pañal.

–¿Y por qué no te ocupas tú de eso? –su padre la miró confuso.

–¿Te digo la verdad? A él se le da mucho mejor. Las niñas lo adoran.

El hombre frunció el ceño mientras señalaba con la cabeza la calabaza de plástico que había dispuesto con la foto de boda de Melissa y Alec, y un cartel pidiendo donativos para el equipo de rescate de Conifer que había intentado salvar a su hermana.

–Eso es bonito.

–Cualquier ayuda vendrá bien. ¿Cómo está mamá?

–Sigue en la cama. Espero que el médico no le dé más sedantes. Le afectan a la cabeza.

Hattie no estaba segura de qué responder. El dolor de las acusaciones de su madre seguía fresco.

–Me he enterado de lo que te dijo. No me gustó –él miró de nuevo la foto de Melissa–. Piensa que era su dolor el que decía esas locuras. Todo volverá a la normalidad.

Ella asintió mientras se enjugaba las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

–Ya estamos contentos otra vez –Mason apareció con los bebés–. Ah, hola, Lyle.

Los dos hombres se miraron con desconfianza y Hattie recordó que hubo un tiempo en el que su padre había considerado a Mason como a su hijo.

–¿Cómo está Akna?

–Saldrá de esta –contestó el otro hombre, poco habituado a compartir sus emociones.

–Debe de ser duro –Mason acostó a las niñas en el carrito.

La tensión entre los dos únicos hombres que significaban algo para Hattie se hizo insoportable.

–¿Qué tal si mamá y tú venís a casa a cenar el domingo? –sugirió.

–Es muy amable por tu parte –contestó Lyle–, pero no creo que tu madre esté aún preparada.

–Lo siento –observó Mason cuando el padre de Hattie se hubo marchado.

–No pasa nada –contestó ella, aunque no podía ser más mentira.

Sentía unas inmensas ganas de hundirse en uno de los fuertes abrazos de Mason, pero con ello no conseguiría más que demostrar que era la persona horrible que todos decían que era.

–Date media vuelta –le ordenó Clem a su jefa cuando esta acudió al bar el sábado por la noche–. Te dije que el turno estaba cubierto para que pudieras venir a mi fiesta.

–No estoy de humor para jugar a los chinos.

–Jugaremos al Pictionary y bailaremos. Y podremos ver en televisión *Halloween I, II, III* y *IV*.

–¿Insinúas que no echan *Viernes 13*? –Hattie fingió horror.

–¿Te gustaría más? –Clementine alargó una mano hacia una aceituna.

–Deja de comerte la guarnición de las copas. Y estaba bromeando. El plan suena muy bien.

–Entonces, ¿vais a venir Mason y tú?

–No sé si estás al día –Hattie guardó el bolso tras la barra del bar–, pero mi hermana acaba de fallecer y ni siquiera debería hablar de fiestas.

–¿Y qué ha sido entonces el *Wharf-o-Ween*?

–Eso es diferente –ella se sirvió un refresco–. Necesitaba oír de nuevo la risa de las gemelas.

–Entiendo. De modo que está bien que las niñas rían, pero tú no.

–Ellas no comprenden lo que pasa. Sin embargo, me han sugerido que yo sí.

–¿Y quién ha sugerido tal cosa?

–Últimamente tengo la sensación de que todo el mundo. Ya te conté el encuentro que tuvimos Mason y yo con Sophie. Y ahora mi madre ha perdido la cabeza, no la culpo, pero…

–Espera –interrumpió su amiga–. ¿Qué más pasó con tu madre?

Hattie le resumió la última llamada de teléfono.

–¡Uff! –Clementine dio un respingo–. Siento que lo pagara contigo, pero cada uno vive la pérdida a su manera. Melissa no te permitió el lujo de meterte en la cama durante un mes. Tienes derecho a vivir el duelo por Melissa, pero sus hijas te necesitan para rendirle homenaje.

Durante el trayecto a su casa, las palabras de Clementine seguían resonando en la cabeza de Hattie. ¿Se estaba tomando el dolor de su madre como algo demasiado personal? Al no tener hijos propios, ni siquiera era capaz de imaginarse lo que debía de estar sufriendo la mujer. Desde luego estaba triste por su hermana, pero nada comparado con lo que debía de estar pasando su madre, o la madre de Alec.

El jaleo que se oía en la casa la llevó a la sala de cine. Mason estaba recostado en uno de los sillones de cuero y las niñas en la alfombra. Vivian miraba maravillada una escena de *Buscando a Nemo,* mientras Vanessa centraba toda su atención en un sonajero de oso polar.

–¡Hola! –saludó él–. No es que me queje, pero ¿qué haces en casa?

–Clementine insiste en que vayamos a su fiesta –Hattie se sentó en la silla más cercana a Mason–. Si a tu padre y a Fern no les importa hacer de canguros, ¿te apetece venir?

–¿Habrá muchos viejos conocidos? –él frunció el ceño.

–No lo creo.

–Da igual. Si a ti te apetece –él paró la película–. Llamaré a papá.

Y así sin más, Hattie consiguió una cita para Halloween, y además una cita con el hombre de sus sueños. ¿Por qué no estaba más contenta? ¿Por qué permitía que las horribles acusaciones de su madre arruinaran una velada de merecida diversión?

Porque, si Hattie tocara a Mason, las acusaciones de Akna serían ciertas.

–¿En serio? –Clementine frunció el ceño–. ¿De qué se supone que vais disfrazados?

–Pues, de antenas de televisión –Hattie se ajustó el atuendo hecho con papel de aluminio.

–Ingenioso, ¿a que sí? –Mason le entregó a la anfitriona las galletas con forma de calabaza que habían comprado de camino.

La fiesta estaba en pleno apogeo. Hattie conocía a la mayoría de los veinte invitados, pero tuvo que presentarle a Mason a unos cuantos que eran nuevos en la ciudad.

Tras perder varias partidas de Pictionary, él le ofreció una cerveza y tomar un poco el aire.

–Ha sido una buena idea –asintió ella en la terraza trasera.
–Sin ánimo de ofender, parecías un poco apagada ahí dentro.
–Tienes buen ojo –Hattie soltó una carcajada.
–¿Hubo algo en particular que te entristeciera? –Mason se apoyó en la barandilla y contempló el hermoso rostro bañado por la luz de la luna–. ¿O se trata de todo en general?
–Te acuerdas de cuando bajamos al sótano de Alec y Melissa y vimos los restos del cumpleaños de Craig Lovett?
–Claro.
–Es la primera fiesta a la que asisto desde entonces y se me ocurrió pensar en lo diferente que habría sido aquella reunión si hubiésemos sabido lo que iba a suceder –los ojos se le llenaron de lágrimas, pero Hattie se obligó a guardar la compostura. Lo peor ya había pasado.
–Si hay algo que me haya enseñado la marina –Mason la abrazó–, es que nadie tiene garantizado el día de mañana. Tienes que aceptar lo que la vida te ofrece a cada momento.
–Lo sé… –consciente de que él pronto se marcharía, Hattie luchó por no ahogarse en los miedos de su incierto futuro de madre soltera de sus sobrinas–. Pero es más fácil decirlo que hacerlo.
–El viernes, cuando firme a la renuncia de mis derechos sobre tus sobrinas, quiero que tengas muy claro que no tiene nada que ver contigo –Mason le tomó la barbilla con ternura, obligándola a mirarlo a los ojos–. Aunque esté de vuelta en la base, puedes llamarme.
–¿Y eso debería hacerme sentir mejor? –ella arrojó el gorro de papel de aluminio al jardín.
–Esperaba que sí. Lo último que quiero es que pienses que te estoy abandonando –aunque le daba la espalda, él se acercó y apoyó las manos sobre sus hombros–. Lo que hizo tu hermana, dejándome a cargo de sus hijas… –suspiró–. ¿En qué demonios estaba pensando?
Era la pregunta que Hattie se hacía a diario.

El viernes llegó y Mason se encontraba en el aeropuerto con Hattie, a punto de subir al avión que les llevaría a Valdez. Lo cierto era que se sentía aliviado. Cuanto antes terminaran, mejor.
Desde la fiesta, Hattie había estado muy huraña, las niñas no habían ayudado. ¿Y él? Su humor oscilaba entre la simpatía por Hattie y la irritación. La conocía lo bastante como para comprender que la camaradería que habían compartido hasta entonces había desaparecido.
Afortunadamente Fern y su padre se habían ofrecido a cuidar de las niñas.
–Y yo que pensaba que las cosas no podían ir peor –murmuró Hattie.

–¿Qué pasa?
–¿Qué probabilidades hay de que esta tormenta afecte a nuestro vuelo? –ella le mostró su móvil.
–Ninguna –de haber sido otras las circunstancias, le habría dado un beso–. Deja de preocuparte.
–Imposible. Cuanto más se acerca el momento de convertirme oficialmente en madre soltera, más me duele el estómago.
–¿Y qué se supone que debo hacer yo? Aunque quisiera, no puedo pedir más permisos.
–Lo sé, y siento mucho seguir dándole vueltas a este tema. Considera el asunto zanjado.
–De eso nada, no vas a…
–Señor –les interrumpió el empleado de la compañía aérea, gesticulando para que lo siguiera.
Al mirar a Hattie le llamó la atención la palidez de su rostro. ¡Pues claro! Acababa de perder a su hermana en un accidente de avión. ¿Por qué no le había sugerido viajar en ferry?
–Oye –Mason la agarró del brazo–. No pensé en cómo te afectaría subir a un avión. No hace falta que vengas. Yo puedo firmar los papeles solo.
–Benton nos aconsejó presentar un frente unido –las piernas le temblaban visiblemente y tuvo que sujetarse a la barandilla de la escalerilla con ambas manos para subir al avión.
A Mason se le ocurrieron varias respuestas, pero no era el momento ni el lugar para entablar una discusión. Si Hattie se negaba a bajarse del avión, lo menos que podía hacer era permanecer a su lado, suponiendo que ella, llegados a ese punto, quisiera su apoyo.
Hattie optó por sentarse en la parte trasera y él la siguió.
Solo había tres pasajeros más en el vuelo, todos sentados en la parte delantera.
A medida que el piloto anunciaba el despegue, el rostro de Hattie se volvía más macilento.
Mason le tomó la mano, pero ella intentó soltarse.
–Puede que me marche el domingo, pero, de momento, aquí estoy y te voy a ayudar.
Y no le soltó la mano durante todo el vuelo. Aterrizaron en medio de un cálido y radiante sol y Mason no pudo evitar preguntarse si sería un regalo de Melissa para tranquilizar a su hermana.
En cuanto las ruedas del avión tocaron tierra, Hattie le soltó la mano y Mason sintió aflorar los nervios. ¿Estaba haciendo lo correcto? Aunque un pequeño trocito de su consciencia le decía que no, ¿qué otra cosa podía hacer? Le quedaban, como mínimo, dos años más en la marina. E,

independientemente de lo que Melissa hubiera dispuesto, no le debía nada a esa mujer.

«¿Y qué pasa con Hattie?».

«¿Y qué pasa con ese beso que no consigues olvidar?».

Mason ignoró las voces en su cabeza. Tres semanas antes apenas pensaba en ella. ¿Por qué en esos momentos no conseguía pensar en otra cosa que no fuera Hattie y sus adorables sobrinas?

Capítulo 10

–¿Aliviado? –le preguntó Hattie a Mason en el taxi mientras regresaban del juzgado al aeropuerto. La tormenta aún no había comenzado y cuanto antes se marcharan de allí, mejor.

–No –él miró por la ventana. La firma de la renuncia de sus obligaciones parentales y económicas sobre las hijas de Melissa había llevado menos de diez minutos–. Tenemos tres horas hasta que salga nuestro vuelo. Déjame invitarte a cenar. ¿Te apetece un buen filete?

–Si tú quieres –Hattie se encogió de hombros.

–Señor –Mason se dirigió al taxista. Cualquier cosa antes de estar tres horas sentado con ella en el aeropuerto–. ¿Le importaría llevarnos a ese restaurante que acabamos de pasar?

Una camarera los acomodó en una mesa junto a la chimenea. Toda la decoración estaba basada en cornamentas: colgadas de las paredes, en forma de candelabros, incluso en la barandilla de las escaleras que conducían a las habitaciones del hostal.

–No sé tú, pero me parece que aquí faltan algunas cornamentas –observó Mason en cuanto la camarera se hubo marchado tras anotar el pedido.

–¿Eso crees? –por primera vez en todo el día, Hattie sonrió.

Las bebidas llegaron.

–Mamá nos trajo a Melissa y a mí a este lugar para asistir a un festival de bordados hace un par de años –comentó ella tras beberse casi toda la copa–. Estuvo bastante bien.

–Me alegra oírlo.

–Los bordados nunca fueron mucho de mi agrado. Me divertí más al año siguiente cuando papá y yo nos alojamos en el Robe Lake Lodge. Pesqué un tiburón salmón –Hattie vació su copa–. Él jamás lo reconocerá, pero estoy segura de que sigue celoso.

–No lo culpo.

–¿Ves a nuestra camarera? –eran las dos de la tarde y en el comedor solo había otros tres comensales, por lo que no resultó complicado encontrarla sentada en una esquina.

–¿Necesitas algo?

Hattie levantó la copa vacía hacia la mujer.

–No has desayunado ni comido. ¿Deberías tomar otra?

–El domingo a estas horas ya te habrás marchado. ¿Qué más te da?

–Me importas –Mason le quitó el vaso vacío de las manos.

La camarera le sirvió a Hattie la segunda copa.

–La semana que viene a estas horas ya ni te acordarás de mi nombre –la copa desapareció y la cremallera del jersey bajó–. ¡Uy! ¡Qué calor hace aquí dentro!

Parte del sujetador negro de satén quedó expuesto y Mason sintió al instante una erección que lo obligó a cambiar de postura. No necesitaba que nadie le recordara el tiempo que llevaba en el dique seco. Ni estaba dispuesto a acabar con él con Hattie.

–Quizás deberías hacer algo al respecto –él señaló la cremallera e hizo el gesto de subirla.

Hattie miró hacia abajo y sacudió una mano en el aire.

Fue Mason quien se inclinó por encima de la mesa e hizo el trabajo.

–¿Sabes? –ella habló en tono sobrio–. Esto resume mi vida. Siempre he sido la niña buena y siempre hay alguien que me sube la cremallera. ¿Pues sabes qué? Estoy harta de ser buena. Y aquí me tienes, madre de dos niñas y ni siquiera disfruté de buen sexo antes.

–¿No hicieron un buen trabajo los tipos con los que has estado? –Mason se atragantó con su copa y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie hubiese oído la queja de Hattie.

–Para nada –ella reflexionó durante unos segundos–. Sin duda es una señal de que necesito beber más para sacar el valor.

–¿Valor para qué?

–Para todo este asunto de la madre soltera, pero, sobre todo, estoy bebiendo todo lo que puedo para no olvidar que debo mantener las manos lejos de ti.

De nuevo alzó la mano, pero Mason consiguió agarrársela antes de que llamara la atención de la camarera.

–¿Tan malo sería?

–¿El qué?

–Que pusieras tus manos sobre mí.

–Sería lo peor del mundo –Hattie bufó–. No me malinterpretes, eres más apetecible que una manzana envuelta en caramelo, pero no pienso darte ni un mordisco, ni siquiera lamerte.

La idea de esa mujer lamiéndolo provocó una nueva sacudida en Mason. Lo que había pretendido ser una comida de celebración se estaba convirtiendo en una aventura sexualmente frustrante. Para cuando la camarera llegó con los filetes y las ensaladas, nevaba tanto en el exterior que ya no se veía la calle.

Mason consultó el móvil y descubrió que la tormenta no solo se había adelantado, era más fuerte de lo esperado.

–Eh… ¿qué te parece si me dejas cortar a mí la carne? –sugirió cuando Hattie estuvo a punto de apuñalarse a sí misma con el cuchillo.

Al acercarse aspiró el aroma floral de sus cabellos que le recordaron tantos paseos por el campo.

Se había casado con Melissa, pero se había divertido con Hattie.

Una sensación de culpa hizo que se encerrara en sí mismo.

La camarera regresó con la carta de postres y Mason pidió tarta de queso.

–¿Tienen tarta de carne? –dijo Hattie apenas aguantándose la risa.

–Comprobaré nuestro vuelo –él consultó de nuevo el móvil.

–¿Por qué? –ella estaba sentada frente a la chimenea.

–Mira a tu espalda.

–¿Sabías que el accidente de Alec y Melissa se produjo por el mal tiempo? –ella cerró los ojos.

–Sí –su padre le había contado que habían despegado de Conifer con buena visibilidad, pero que habían quedado atrapados en una tormenta al sur de Anchorage. Mason dudaba que fueran a ir a ninguna parte–. Llamaré a las líneas aéreas.

–¿Y bien? –preguntó Hattie cuando él hubo colgado la llamada.

–De momento no sale ningún vuelo.

–Y justo cuando pensaba que ya no iba a tener que resistirme a ti por mucho más tiempo –ella soltó un gemido y apoyó la cabeza sobre la mesa.

–Aguanta –cómo le hubiera gustado doblegar esa escasa resistencia, pero su padre lo había educado bien y jamás se aprovecharía de una chica que hubiera bebido de más. Terminó la tarta de queso y echó la silla hacia atrás–. Voy a reservar un par de habitaciones. Dormiremos bien y mañana por la mañana lo intentamos de nuevo. Seguro que a papá y a Fern no les importa quedarse con las niñas. ¿Te parece bien?

Quizás el gesto que ella hizo fue de asentimiento, pero la expresión no podía ser más cariacontecida.

Cinco minutos después, Mason regresó, aunque no con las noticias que ella esperaba oír.

–Solo les quedaba una habitación.

Hattie despertó de una siesta de tres horas y descubrió a Mason sentado a su lado en la enorme cama. En la televisión, una mujer acababa de ganar un premio en un concurso, pero él no parecía siquiera interesado. El atractivo perfil lucía estoico, resignado a pasar la tormenta con ella cuando seguramente preferiría la compañía de una bonita rubia.

La habitación estaba a oscuras, salvo por el reflejo de la pantalla del televisor. Fuera, el viento aullaba y el viejo edificio se estremecía con algunas ráfagas.

Cualquier persona normal estaría asustada, pero los habitantes de

Alaska eran de todo menos normales y del bar llegaba el sonido de una fiesta en todo su apogeo.

–¿Qué darías por estar tumbado en una playa de Hawái en estos momentos?

–La bella durmiente ha despertado –Mason sonrió–. Estuviste muy traviesa en la comida.

–¿En serio? –ella bostezó–. No recuerdo mucho después de la tercera copa.

–Qué típico –bromeó él–. Ven aquí.

Mason la agarró de la cintura y la atrajo hacia sí hasta que la cabeza de Hattie estuvo apoyada contra su pecho. Justo donde ella deseaba estar, pero sabía que no debería estar.

–Me gustas un poco achispada –Mason le besó la cabeza–. Tu sinceridad resultó muy excitante.

Ella gruñó e intentó apartarse, pero él no se lo permitió.

–No recuerdo bien todo lo que dijiste, pero sí que en un momento dado hablaste de lamerme.

–Cállate –Hattie se cubrió el sonrojado rostro entre las manos.

–Lo haría con gusto, pero conseguiste grabar esa imagen en mi mente. Y luego estuvo eso que hiciste con los espárragos…

–Que te calles.

–De eso nada –Mason le levantó el rostro y la besó muy despacio.

Cuando ella gimió, la atrajo hacia sí y deslizó una mano bajo el jersey. Estar con él así resultaba tan natural, tan correcto. Pero ¿en qué estaba pensando?

–Mason, no –ella lo apartó de un empujón–. No podemos hacer esto. Está mal.

–¿Por qué?

Su mente se llenó de las imágenes de su madre y de Sophie. Y también imágenes de su preciosa hermana el día que se casó con Mason.

–No puedo. No quiero ser la clase de mujer que…

–¿La clase de mujer que vive su vida?

Esa era la pregunta que le había llevado a pedir la primera copa. En cuanto Mason hubo firmado los papeles de renuncia, se había iniciado el fin de su vida compartida. La idea de no volver a jugar a las familias con él, de dejar de intercambiar ocasionales contactos físicos o miradas, le había empujado a buscar el valor en la bebida.

Desde luego que vivía su vida. Una vida muy solitaria.

–Ja, ja –Hattie saltó de la cama–. Te crees muy gracioso.

–Solo intento ser realista –Mason bostezó–. ¿Tienes hambre?

–No –«sí». ¿Cuándo no tenía hambre?, pero pensar en la última dieta que había abandonado no le haría ningún bien a su maltrecho ánimo.

–¿Te importaría acompañarme mientras me tomo una hamburguesa?

–Claro. En cuanto encuentre mis zapatos nos bajamos.

El bar estaba abarrotado y los únicos asientos libres eran dos banquetas junto a la barra.

Mientras Mason llamaba a su padre para interesarse por las gemelas, Hattie llamaba a su bar. Craig y Trevor le aseguraron que todo estaba en orden y el local también lleno.

–¿Te apetece una cerveza? –le propuso Mason.

–Sí, por favor –también accedió a compartir unos aritos de cebolla–. ¿Qué tal un brindis?

–¿Por qué?

–Por la verdadera amistad, que dure para siempre.

–Brindo por eso –Mason levantó la botella de cerveza.

–Desde que regresaste, hemos hablado de bebés, testamentos y muerte, pero no me has contado nada de tu vida. ¿Tienes amigos? ¿Una novia?

–Mis amigos son casi todos SEAL –Mason se ruborizó–. Mi mejor amigo, Calder, espera su segundo hijo –tras un largo trago de cerveza, dejó la botella sobre la barra–. Durante mucho tiempo estuve enfadado con él por pasarse al otro lado. Tu hermana hizo un buen trabajo con mi cabeza –respiró hondo–. En cuanto a la segunda pregunta, la relación más larga que he mantenido últimamente fue con una botella de leche que dejé olvidada en la nevera antes de marcharme a Afganistán. ¿Te puedes creer que permaneció conmigo seis meses?

–No sé si las similitudes de nuestras vidas amorosas debería hacerme reír o llorar, aunque yo sí tuve un novio que me duró ese tiempo. Constantine… –Hattie apuró la cerveza–. Estupendo en la cama. Incapaz de conservar un empleo –ruborizada ante sus propias palabras, se cubrió el rostro con las manos–. ¡Qué desvergonzada parezco!

–Tranquila –Mason pidió otras dos cervezas–. Me gustan desvergonzadas.

Antes de que ella pudiera preguntarse si lo había dicho en serio, Mason le guiñó un ojo.

–Tienes más de treinta años, y todo el derecho del mundo a quedar satisfecha en la cama. Demonios, como todos. Y opino que la ética laboral de un tipo dice mucho de su carácter.

–Cierto. Melissa solía quejarse de lo mucho que trabajabas. Ya ni me acuerdo de las veces que le expliqué que trabajabas por ella, para vuestros futuros hijos.

–¿Lo ves? Adoro que lo comprendas. Eres buena gente, Hat. Y muy sabia.

–Lo intento.

En el bar habían arrinconado las mesas para improvisar una pista de baile. El fuego de la chimenea y la gente bailando había subido la temperatura del local, figurada y literalmente. Las luces estaban casi apagadas y Hattie se dejó envolver por la penumbra.

Le daba el valor necesario para olvidarse de sí misma y sus preocupaciones, y centrarse en el momento y en el único hombre al que había deseado jamás.

De nuevo bajó la cremallera del jersey y se abanicó con una servilleta.

–Nadie diría que fuera estamos a bajo cero.

–Me encanta esta canción –él rio y le ofreció una mano–. Bailemos.

Una canción, mucho más lenta que la primera, empezó a sonar y Hattie se apretó contra Mason, abandonándose ambos a la música y el calor de la chimenea. Mason apoyó las manos sobre las caderas de Hattie, provocándole una mareante sensación.

Todo el mundo sabía que las fiestas de tormenta eran como Las Vegas. Lo que allí sucedía no salía de allí jamás.

Mason deslizó las manos bajo el jersey de Hattie. Sus miradas se fundieron como jamás lo habían hecho. ¿Cuántas veces había mirado a ese hombre a los ojos? A Hattie le gustaba creer que lo conocía de arriba abajo, pero nunca se había sentido así.

Una nueva canción, de Justin Timberlake, empezó a sonar. Hattie siempre había asociado su música con la gente guapa. Y en ese momento, con las traviesas manos de Mason muy cerca de sus pechos, se sentía guapa y, por primera vez en su vida, dispuesta a tomar lo que deseaba.

Cuando él ladeó la cabeza, como si estuviera a punto de besarla, sintió, sin embargo, una oleada de pánico. ¿Qué estaba pasando? Era Mason. El novio, marido, de su hermana. Su exmarido.

Sin pedir permiso, Mason le tomó el rostro entre las manos ahuecadas y la atrajo hacia sí para besarla como ella siempre había deseado ser besada.

Hattie nunca se había sentido tan falta de aire, ni de control. No habría podido dejar de besar a ese hombre aunque la sala se hubiera incendiado.

Él continuó con la tortura hasta que la canción finalizó. Y la cosa se puso seria cuando le tomó una mano y la arrastró hasta las escaleras, sentándose en el primer peldaño.

Allí la besó apasionadamente, acariciándola con la lengua. Independientemente de lo que sucediera aquella noche, estaba decidido a que ella no olvidara ese beso, el sabor a cerveza y a pura masculinidad.

–¿Qué me dices si continuamos con esto arriba? –Mason presionó su

erecto deseo contra ella.

Y de algún modo, Hattie encontró el valor para asentir.

Capítulo 11

En cuanto cerraron la puerta, dieron rienda suelta a sus deseos.

Hattie le arrancó la camisa mientras él hacía lo propio con el vestido. Como una mujer ciega que hubiera visto el sol por primera vez, se deleitó con la contemplación de los fuertes músculos.

Amparada en la oscuridad, se olvidó de preocuparse por lo que pensaría al verla desnuda.

Mason la empujó contra la pared, que resultó ser la puerta del baño. Tanto daba.

–Qué hermosa eres –susurró él, acelerándole el pulso hasta límites imposibles.

–No…

–Calla –Mason la besó, agachándose para descender por debajo del ombligo, entre las piernas.

Hattie hundió las manos en sus cabellos y se abandonó al rápido clímax que dio paso al siguiente. Las caricias de Mason la transportaban a un lugar donde todo era posible.

Cuando la soltó para sacar un preservativo de la cartera, ella pensó que estaba preparada, pero nada más lejos de la realidad.

Con los ojos cerrados, la pura belleza del movimiento, de los dos volviéndose al fin uno, le provocó tal emoción que no fue capaz de contener las lágrimas.

–¡Eh! ¿Quieres que pare? –él se detuvo.

–No, por favor –Hattie hundió los dedos en su espalda, animándolo a seguir.

–¿Qué sucede?

–Por favor, Mason, no pares.

–¿Y qué otra cosa puedo hacer? –Mason apoyó las manos en la pared–. Estás llorando.

–Últimamente siempre estoy llorando. No es para tanto.

–Hattie…

–Esto es muy importante para mí –ella lo besó–. Créeme. Lo deseo, más de lo que imaginas.

–De acuerdo entonces… –Mason nunca había visto nada más hermoso que Hattie, desnuda ante él, sonriendo con timidez, mirándolo a los ojos–. ¿Seguimos en la ducha?

–Suena un poco salvaje –Hattie soltó una risita nerviosa–. A mí me gusta salvaje, ¿y a ti?

–Por supuesto… Siempre que tú estés segura.

–Piensas demasiado –ella abrió el grifo–. Y al parecer también llevas demasiado tiempo lejos de Conifer. ¿Has olvidado la regla sobre las fiestas de tormenta?

–No la he olvidado. Créeme, estoy dispuesto a portarme como un salvaje. Pero, Hattie, no quiero hacerlo a tu costa. Estabas llorando –Mason quiso sostenerle la mirada, pero le faltó fuerza.

–Por si no te habías dado cuenta, últimamente siempre estoy llorando. Pero esta vez –ella le obsequió con un dulce beso– eran lágrimas de felicidad. Lo que más deseo es estar contigo. Siempre lo he deseado. Si mis padres lo supieran, me desheredarían. Pero esta noche nadie tiene por qué saberlo, aparte de nosotros dos.

–¿Estás segura entonces? –él se hundió en los ojos color chocolate.

Hattie asintió.

–Cielo. Manos a la obra –Mason la empujó contra la pared y la levantó para que ella pudiera rodearlo con brazos y piernas–. ¿Preparada para despegar?

Cuando Hattie despertó para ir al cuarto de baño, aunque seguía reinando la oscuridad, supo que la tormenta había pasado y la luz de la luna ofrecía un hermoso paisaje. Casi tanto como la visión de Mason que, tras hacer el amor por tercera vez, se había quedado dormido.

De no sentirse dolorida en ciertas partes de su cuerpo, no se podría creer lo sucedido.

Pero había sucedido.

Sabía que acostarse con Mason no había cambiado nada. Él se marcharía el domingo por la mañana temprano y ella criaría sola a sus sobrinas. No creía en los cuentos de hadas, pero tras disfrutar de una noche inigualable, por muchas desgracias que le acontecieran en su vida, siempre le quedaría la noche en que fue una princesa.

Hattie bebió un trago de agua y regresó a la cama. Mason murmuraba algo y, de una patada, se desembarazó de la sábana. Fuera lo que fuera que estuviera soñando, parecía inquietante.

¿Debía despertarlo?

–¿Mason? –cuando sus gemidos parecieron de dolor, le tocó el hombro–. ¿Estás bien?

–¡No, no! –él sacudió la cabeza.

–¿Mason? Despierta –ella lo sacudió un poco más fuerte.

–¿Melissa? –sobresaltado, Mason abrió los ojos. Parecía perdido.

Hattie se quedó paralizada. Debía de haberlo entendido mal. Minutos antes había estado a punto de estallar de felicidad, pero de repente fue

consciente de la magnitud de su error. Sabía que Mason ya no estaba enamorado de su hermana, pero habían compartido un pasado significativo. Tanto que Melissa seguía apareciendo en sus sueños… o pesadillas.

–¿Nena? –con los ojos cerrados de nuevo, Mason pataleó en el aire–. ¿Eres tú?

Aunque él se sumió en un pacífico sueño, para Hattie no hubo más descanso.

A las cinco de la mañana, harta de intentar dormirse, se vistió, peinó y escribió una nota para Mason indicándole que lo esperaba en el vestíbulo.

Necesitaba un café, bollos y un lugar donde procesar sus pensamientos, por oscuros que fueran.

Mason lamentó no encontrar a Hattie en la cama cuando despertó. Después de la salvaje noche que habían compartido, no le hubiera importado darle un beso de buenos días.

Menuda locura que, tras años siendo amigos, hubieran descubierto que había algo más. Y qué triste que estuviera a punto de marcharse. Tenía que hacerle entender que, a pesar de su marcha, aquello no había sido solo sexo. Ella siempre había sido muy importante para él, y lo seguía siendo. No estaba muy seguro de cómo encajaba Hattie en su mundo, pero ya se ocuparía de ello en otro momento.

Al bajar al vestíbulo la encontró sentada en el sofá frente a la chimenea. Llevaba los cabellos recogidos en una cola de caballo. Incluso desde lejos se veía que no estaba bien.

–Hola… –él la besó en la cabeza y se sentó a su lado–. Menuda noche, ¿eh?

La sonrisa de Hattie no alcanzó los ojos inyectados en sangre.

–¿Todo bien? –preguntó Mason con una mano apoyada en el delicioso muslo.

–Me alegra que hayas bajado –ella asintió–. Deberíamos irnos. El vuelo sale dentro de una hora.

–Deberías haberme despertado. Podríamos haber desayunado juntos.

Ella se limitó a encogerse de hombros.

–¿Te importaría explicarme qué me he perdido? –él miró a su alrededor–. Después de lo de anoche, tu frialdad empieza a asustarme.

–Bien, pues estamos en paz –antes de que él pudiera preguntarle qué significaba eso, Hattie llamó al taxista–. Hemos tenido suerte –anunció tras colgar–. Está a unos minutos de aquí.

–Genial. Con suerte tendremos tiempo suficiente para que me

expliques qué demonios te pasa. ¿Tiene algo que ver con mi marcha?

–¿Podemos regresar a Conifer y ya está? –ella sacudió la cabeza–. Lo de anoche fue un error y ambos lo sabemos.

–¿Bromeas? –Mason tomó la mano de Hattie–. Anoche no fue solo espectacular. También me abrió los ojos a una nueva tú. Eres como Hattie, pero mucho mejor. No me queda más remedio que regresar a la base, pero estaba pensando que tú y las chicas podríais venir de visita en vacaciones. ¿No te parece divertido?

–No tienes la menor idea, ¿verdad? –ella se soltó, los ojos de nuevo anegados en lágrimas.

–¿No tengo la menor idea de qué? –Mason empezaba a estar harto del jueguecito.

–Vamos –del exterior llegó el sonido de un claxon–. Es nuestro taxi.

–¿Y la factura?

–Pagada.

–Maldita sea, Hattie –él la agarró del brazo–, no nos movemos de aquí hasta que me expliques qué sucede.

–Llamaste a Melissa. ¿Satisfecho? –ella sacó un pañuelo del bolso y se secó los ojos–. Después de pasar toda la noche haciéndome el amor, resulta que tu subconsciente prefiere a mi hermana.

Mientras Mason intentaba asimilar la gravedad de lo que acababa de oír, Hattie salió a la calle.

Corrió tras ella y estuvo a punto de agarrarla cuando resbaló en la nieve, pero no llegó a tiempo y Hattie aterrizó sobre un brazo. Aquello no tenía buena pinta.

–¿Estás bien?

–Sí –insistió ella mientras rechazaba todos sus intentos de ayuda–. Déjame, por favor.

Al menos le permitió abrirle la puerta del taxi. Después se sentó a su lado.

Sin ganas de airear los trapos sucios delante del taxista, esperó a haber facturado en el aeropuerto.

–En cuanto a lo de anoche –susurró en un tranquilo rincón–. ¿De verdad me echas la culpa de algo que dije en sueños? Demonios, si ni siquiera me acuerdo de qué trataba.

–Pues debía ser bueno. Después de muchos gemidos, gritaste su nombre y la llamaste «nena».

–Estás siendo paranoica –espetó él–. Entendería que estuvieras alterada si no hubiésemos utilizado preservativos, o si te hubiera quitado la sábana –rio–. Tú, mejor que nadie, debería saber el dolor que me causó tu hermana, mientras que tú siempre me has hecho sonreír.

Sin pedirle permiso, Mason la besó y Hattie no pudo evitar suspirar.

–Hattie, siento haberte hecho daño sin querer. Lo cierto es que, al menos para mí, lo de anoche fue increíble, pero ahí se acaba todo.

–Gracias por la disculpa –ella asintió. Lo que le había contado tenía sentido–. Te comprendo. Si supieran en la ciudad que estamos juntos, los chismosos iban a hacer el agosto –respiró hondo antes de continuar–. No voy a mentirte, oírte llamar a mi hermana me despedazó el corazón, y estaba demasiado borracha de sexo para comprender que, como bien has dicho, lo de anoche no puede ser nada más que diversión. Placer compartido por dos adultos en una fiesta de tormenta.

–¿Te apetece un café? –Mason apoyó los codos en las rodillas.

Ella sacudió la cabeza.

Después de una espera interminable, Mason consiguió su café y llegó el momento de embarcar.

De nuevo Hattie palideció al subir al avión, pero en esa ocasión no le dejó que le tomara la mano. Tanto mejor, en opinión de Mason.

Cuanto antes se alejara de ella y regresara a Virginia Beach, mejor.

El vuelo duró treinta y cinco minutos, a los que hubo que añadir otros quince hasta llegar a casa de Alec y Melissa, donde Fern les esperaba con las niñas en brazos.

–¿Qué pasa entre Hattie y tú? –preguntó su padre con disimulo.

–Es una larga historia.

–¿Una historia buena o mala?

–Un poco de las dos –Mason rio.

–¿A qué hora vengo a buscarte mañana para llevarte al aeropuerto? –el hombre frunció el ceño.

–A las seis de la mañana, por favor.

–Hecho –el inesperado abrazo de su padre no podría haber llegado en mejor momento.

A Mason no le parecía bien tener que marcharse, pero estaba seguro de no poder quedarse.

Para cuando al fin se quedaron a solas, no supo si Hattie seguía enfadada con él o si había algo más. Estaba muy pálida y, al tomar a una de las niñas en brazos, había dado un respingo.

–¿Estás bien? –preguntó él de nuevo.

–Estoy bien. Pero, cuando termine de lavar estos biberones ¿podemos hablar?

–Déjame ayudarte –Mason vio la mano hinchada–. ¿Intentas engañarme? Estás herida, ¿verdad?

–Estaré bien. Quisiera pedirte disculpas por lo de esta mañana. Anoche fue tan… y yo…

–Disculpas aceptadas. Y dado que tienes el brazo demasiado hinchado para que te arremangue, voy a quitarte el jersey, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

El brazo de Hattie presentaba varios tonos de morado, indicando que debía de estar roto.

–Pero, bueno, ¿cuándo tenías pensado ocuparte de esto?

–Pensé que dentro de un par de días estaría mejor.

–Ni hablar –él arrojó el jersey sobre mostrador de la cocina y la condujo hasta el sofá–. Espera mientras voy a buscarte una camiseta. Luego nos vamos al hospital.

***

–¿Y no puede ser que no haya interpretado bien las radiografías? –una hora más tarde, Hattie estaba sentada en la camilla de la clínica de Conifer. Mason aguardaba en la sala de espera y, por los llantos camuflados que le llegaban, él tampoco debía de estar pasándoselo en grande.

–Lo siento, cielo –la doctora Murdock rio–, pero me temo que te espera un mínimo de seis semanas escayolada. La buena noticia es que tenemos una de color rosa.

–No solo no soy nada cursi –Hattie gruñó–, no puedo permitirme tener un brazo inutilizado.

–Bueno, sobre eso no puedo hacer nada. Pero tengo muchos más colores. ¿Rojo? ¿Naranja? ¿Negro? Ya falta poco para Navidad, ¿qué tal verde?

–Supongo que quedaría bien.

Media hora más tarde, con una escayola verde de dos toneladas y una receta de analgésicos, Hattie se reunió con Mason en la sala de espera.

–Te lo dije –Mason levantó la vista y frunció el ceño.

Ella le sacó la lengua.

–No me propongas nada divertido –él le guiñó un ojo.

–Calla. Esto duele y no puedo tomarme nada.

Tras instalar a las niñas en el cochecito salieron al soleado aparcamiento.

–¿Por qué no puedes tomarte nada?

–¿Te parece buena idea atontarte con medicamentos mientras tienes que cuidar de dos bebés y solo tienes una mano?

–No había pensado en eso –Mason abrió la puerta del SUV–. Siéntate. Yo me ocupo de las niñas.

–Gracias –Hattie cerró los ojos y levantó el rostro hacia el sol.

Todo iba a salir bien, siempre y cuando mantuviera una actitud positiva y trabajara duro. Era perfectamente capaz de criar a sus

sobrinas, cuidar de su familia y llevar el bar. La escayola ni siquiera la frenaría. Pan comido.

–¿Qué te parece si pido que me prolonguen el permiso? –preguntó Mason de repente.

–¿Qué? ¿Por qué? –el corazón de Hattie dio un brinco.

El problema era que cuanto más tiempo pasaba con él, más consciente era de que debía marcharse, no solo por su trabajo en el ejército, también por la paz mental de ella. La doctora le había recordado la proximidad de las vacaciones. Hattie tenía que conseguir que la familia regresara a la normalidad y no podría hacerlo con Mason cerca.

–Es evidente que necesitas ayuda. Y yo no podré tener la mente puesta en el trabajo si estoy preocupado por ti. De modo que he pensado en alargar mi permiso. Es una idea estupenda, ¿a que sí? –Mason le dedicó su sonrisa especial marca de la casa.

Con el recuerdo de lo que era capaz de hacer con esa boca, ella intentó cubrirse el rostro con las manos. Pero lo único que consiguió fue golpearse la nariz con la escayola. ¿Podía ir peor ese día? Daba igual que Mason se marchara al día siguiente o el día de Año Nuevo. Tarde o temprano se marcharía. Y aunque no tenía derecho a desear que se quedara para siempre, lo deseaba. Y temía que siempre lo desearía.

Además había otro problema. El que Mason hubiera llamado a Melissa en sus sueños le indicaba que, por ardientes que fueran sus noches, siempre sentiría por ella una pizca menos de lo que había sentido por su hermana.

Y ella se merecía algo más. Si no podía ser la primera para Mason, prefería no tenerlo en absoluto.

–Eres un encanto al pensar en mí –Hattie pegó una sonrisa artificial en su rostro–, pero las niñas y yo estaremos bien. Lo mejor será que te marches.

Capítulo 12

–Si esto tiene algo que ver con lo de anoche… –Mason no sabía qué pensar.

–No, en absoluto –lo tranquilizó ella–. Pero lo mejor será acabar cuanto antes con lo inevitable. Anoche fue…

–Entiendo, y seguramente tienes razón –si había esperado otra reacción, el rostro de Hattie no lo reveló. ¿Tan poco le había afectado lo sucedido?–. Me marcharé tal y como tenía previsto.

–Bien.

La actitud de esa mujer lo estaba fastidiando. ¿Era realmente así de displicente o se trataba de una pose? Se conocían de toda la vida. Si había alguien con quien pudiera mostrarse tal y como era, ese alguien era él.

Por otra parte, ¿por qué iba a mostrarle lealtad? La amistad de la que habían gozado se había producido hacía una eternidad. ¿Había creado la muerte de su hermana una realidad artificial, forzándoles a una reunión? ¿Una reunión que no era más que una ilusión?

¿Sería Hattie la única lo bastante inteligente como para llamar a lo sucedido la noche anterior por su nombre? Un revolcón en una fiesta de tormenta entre dos viejos amigos.

Ignorando las protestas de Hattie, paró en la farmacia para comprar los analgésicos para que, al menos aquella noche, pudiera sentir alivio.

–Tómatelo –le ordenó al llegar a la casa.

–Soy perfectamente capaz de ocuparme de las niñas.

–Lo sé.

–Entonces déjame…

–Hattie, por favor, solo tendrás que aguantarme una noche más. Deja que te cuide –Mason le sostuvo la mirada.

Dejarla sola con las gemelas ya era bastante malo. Hacerlo en esas circunstancias le hacía sentirse como el mayor cretino del mundo.

–Claro. Como quieras. Lánzame las llaves para que, al menos, pueda abrir la puerta.

Mason condujo a Hattie hasta el sofá. Le llevó un refresco, la medicina y el móvil.

–¿Te traigo unas galletas saladas? No creo que debas tomarte eso con el estómago vacío.

–Gracias, no será necesario.

Mason empezó a preparar la chimenea, pero se detuvo y se sentó

sobre la fría piedra.

–¿Alguna vez volverás a hablarme con normalidad?

–Creía que ya lo estaba haciendo.

–Sí, claro –bufó él.

–Lo siento. Es que me duele y estoy furiosa conmigo por tener tanta prisa esta mañana y caerme.

Mason deseó que siguiera hablando, que admitiera que también estaba alterada por su inminente marcha. Pero ella tomó una revista que Fern había dejado y comenzó a hojearla.

–¿Dónde estarás mañana a estas horas?

–Supongo que en el avión –a Mason le sorprendía que le importara–. Saldré de Anchorage a las nueve y veinticinco de la mañana, pero no aterrizaré en Norfolk hasta las diez y cuarto de la noche. Va a ser un día muy largo.

–Pero un buen día –la tímida sonrisa de Hattie encogió el estómago del soldado–. De niña siempre soñé con viajar. Debe de ser emocionante recorrer el mundo como lo haces tú.

–Lo es. Lo era, pero a menudo la marina nos lleva a sitios a los que no iría una persona sensata.

Había tantas cosas que quería decirle, pero ¿por dónde empezar?

Jamás habría pensado que se alegraría de oír el llanto de las niñas, pero en ese caso, la distracción fue más que bienvenida.

–Supongo que es la hora del biberón.

–¿Quieres que te ayude?

Mason confió en que su mirada fuese lo suficientemente elocuente.

–Ven aquí, bichito –con Vivian en brazos, se dispuso a preparar los biberones. La mirada azul anegada en lágrimas de la pequeña lo desarmó–. Vas a ser una rompecorazones.

Desde el parque, Vanessa mostró su descontento ante la atención que acaparaba su hermana.

–Un segundo, cariño. Casi he terminado. Enseguida me ocupo de ti.

Por el rabillo del ojo captó un movimiento desde el sofá hacia las escaleras. Se volvió justo a tiempo para ver desaparecer a Hattie por el pasillo.

Hattie llegó al cuarto de baño instantes antes de vomitar en el inodoro. ¿Por qué no le había hecho caso a Mason cuando le había aconsejado comer algo? ¿En qué más tenía razón? ¿En querer quedarse?

Había deseado desesperadamente acceder a su plan, pero ¿de qué serviría?

Sentada en el borde de la bañera, apoyó los codos sobre las rodillas. Quería llamar a Mason, pero se marcharía por la mañana y ella tendría que aprender a vivir sola, y parecer feliz por ello.

El llanto de las gemelas ascendió tímidamente desde la planta inferior y, segundos más tarde, Mason apareció en la puerta del baño.

–¿Estás bien?

–Odio tener que reconocerlo –ella asintió–, pero tenías razón sobre lo de las galletitas saladas.

–Lo siento –como si le hubiese leído la mente, tomó una de las toallas de diseño de Melissa, la mojó y la presionó contra su frente.

–Gracias. Debería haberte hecho caso.

Los llantos provenientes de la planta inferior se hicieron más fuertes.

–¿Estarás bien si te dejo un segundo? –Mason le besó la cabeza–. Las subiré aquí.

–Estoy bien. No hace falta que te des prisa –«ni siquiera que vuelvas», pensó ella.

Las gemelas se tranquilizaron al poco rato y Hattie oyó a Mason hablar por teléfono. Arrastrándose fuera del baño, se acercó a la escalera y escuchó.

–Sí, señor… Gracias… Lo mismo digo, señor.

¿Con quién estaba hablando? ¿Con su padre?

–Se lo confirmaré… Sí, señor. Gracias de nuevo.

Hattie nunca le había oído llamar «señor» a Jerry.

Oyó gemir a una de las gemelas y decidió bajar a echar una mano, y de paso enterarse mejor de con quién hablaba Mason. Su gesto había cambiado por completo. La voz era más grave y tenía los hombros cuadrados.

Durante un segundo ella recordó la ducha compartida y el aspecto de esos hombros mojados y cubiertos de jabón. Con la boca seca, obligó a su pulso a calmarse y a su mente a despejarse.

–¿Quién era? –preguntó en lo que esperaba fuera un tono despreocupado.

–Mi superior –Mason se agachó para tomar a la llorosa Vivian en brazos–. ¿Qué pasa, princesa? ¿El aperitivo te ha sabido a poco?

Las risitas del bebé contribuyeron a empeorar el estado de ánimo de Hattie. Las gemelas habían perdido a sus padres y se preguntó cómo les afectaría perder a Mason.

Mason se agachó de nuevo y tomó a Vanessa. Con las dos niñas en brazos, se dirigió a la cocina en busca de dos biberones y regresó al sofá.

–¿Quieres que me ocupe yo para que puedas hacer la maleta?

–¿No te he ordenado que descanses? –él le dedicó de nuevo esa sonrisa que la destrozaba.

–¿Y desde cuándo hago lo que me dices?

–Eso es verdad –Mason rio.

–¿Me pasas un biberón? –Hattie se sentó a su lado y tomó a Vanessa

con el brazo bueno.

Mientras terminaban de dar de comer a las niñas se hizo de noche y Hattie sintió un escalofrío.

–Voy a bañar a estos dos monitos y las acuesto –Mason se levantó–. Si luego sigues despierta, ¿quieres ver una película o que charlemos frente al fuego?

–¿Disculpa? –de pensar por un segundo que le hablaba en serio, la elección habría sido obvia.

–Estaba bromeando. Te veo dentro de un rato.

–Mason, tienes que hacer la maleta. Yo puedo ocuparme del baño. No es gran cosa.

–Relájate –de nuevo la sonrisa–. Tenemos todo el tiempo del mundo.

–Eso, suponiendo que no duermas. ¿No le pediste a tu padre que viniera a las seis a buscarte?

–Supongo que debería llamarle para explicarle que ya no necesito sus servicios de taxista.

–¿De qué hablas? –preguntó ella con los ojos entornados.

–¿A que te gustaría saberlo?

–Pues sí –Hattie no estaba de humor para bromitas–, me gustaría.

–¡Cálmate, Hat! No necesito a papá por una razón muy sencilla. No me marcho.

–¿Por… por qué? –ella no estaba segura de haberlo oído bien.

–¿No es evidente? Tienes un brazo roto, estos angelitos necesitan mucha atención y, egoístamente –murmuró mientras la miraba fijamente–, no me importaría seguir investigando a ese genio que dejamos salir de la botella.

Mientras él subía las escaleras, Hattie echó la cabeza hacia atrás y suspiró. «Se queda».

Lo cual significaba que su cordura pronto desaparecería.

Casi dos semanas más tarde, una nevada y ocupada tarde de viernes, Hattie se afanaba con la mano buena en colocar los víveres en la nevera del bar. Mason se llevaba el monitor de los bebés cada noche y eso le permitía tomarse los analgésicos.

–¿Qué haces aquí? –preguntó Clementine–. Sabes de sobra que nos hemos organizado para cubrir tu turno el tiempo que haga falta.

–Gracias. Os quiero, pero estoy bien. Solo un poco más lenta. Además, necesitaba salir de casa –más concretamente, alejarse de Mason.

Aparte de algún comentario con doble sentido, Mason se había comportado como el perfecto caballero, sin siquiera darle un besito en la mejilla. Lo cual debería suponer un alivio. ¡Sí, ja!

–Menos mal que Mason decidió quedarse. Tu padre me contó que no se marchará hasta que te quiten la escayola, o sea, ¿cuándo? ¿Justo después de Año Nuevo?

–Más o menos –Hattie se incorporó y estiró la dolorida espalda.

–Menudo alivio.

–Supongo –por suerte, el frío de la nevera calmó sus ardientes mejillas.

–¿Es posible mostrarse más apática? Ese tipo no tiene ninguna obligación de estar aquí, pero ha puesto su vida entera patas arriba para estar a tu servicio noche y día.

–No es así. La mayor parte del tiempo compartimos el cuidado de las gemelas.

–Entonces tiene que haber otro motivo para que se haya quedado.

–Si me preguntas a mí –intervino el viejo Rufus Pendleton desde un extremo de la barra del bar–, ese tipo está colado por ti. Nada bueno, considerando el pasado.

–No te metas en esto –espetó Clementine.

–Yo solo digo… –el hombre apuró su copa y pidió otra–. No puede salir nada bueno de la unión entre esos dos. Para él, sería como vivir con un fantasma. Para ella, como meterse en los bonitos zapatos de su hermana.

–Solo para tu información, Rufus –intervino Hattie–, no hay nada entre Mason y yo.

Intentó volver a hundir la cabeza en la nevera, pero demasiado tarde. Su amiga ya le había visto utilizar un cartón como abanico.

–¡Madre mía! –exclamó la mujer con una amplia sonrisa–. ¡Lo habéis hecho!

–¡Cállate! –Hattie miró a Rufus de reojo–. No seas tan explícita.

–Disculpa. Entonces, ¿habéis hecho el amor?

Hattie se negó a contestar, pero las estúpidas e inflamadas mejillas hicieron el trabajo por ella.

–Siempre te ha gustado, pero debes de sentirte aterrada. Tu madre ya lleva bastante mal lo de Melissa. Si se enterara de que te acuestas con su ex…

–Gracias por recordármelo –aliviada al ver que Rufus y sus amigos se alejaban de la barra, Hattie suspiró–. Y para que lo sepas, solo fue una noche. Y no volverá a suceder.

–¿Es eso lo que realmente deseas?

–Ya no sé qué quiero –ella se sentó en una banqueta–, aparte de que todo vuelva a la normalidad.

–Cariño –su amiga apoyó una mano en su brazo–. No soy ninguna experta, pero después de la pérdida que has sufrido, vas a tener que

esforzarte por encontrar una nueva normalidad. Pronto será Acción de Gracias, y luego Navidad. Tienes que recuperar a la familia, por el bien de esos bebés. Y si eso implica meter a Mason en la cama, tu madre tendrá que aguantarse con ello.

–Sí…

–Mentiría si dijera que no lamento que no estés aquí en Navidad –Mason hacía la compra en Shamrock's mientras hablaba por teléfono con su amigo SEAL, «Cowboy», Cooper–. Te juro por Dios que, si te enganchan, como a Calder y a Heath, perderás el poco respeto que te tengo.

–Tranquilo –contestó Mason–. En cuanto le quiten la escayola a Hattie, regresaré a la base.

–Es la hermana de tu ex, ¿verdad?

–Sí, pero solo somos amigos. Nada importante –siempre y cuando no contara el número de veces que recordaba cada día la noche salvaje.

–Me alegra oírlo. Gracias por tranquilizarme, tío.

–No hay de qué.

Continuaron charlando unos minutos más. Mason le contó el susto de Vivian en Halloween y Cooper le describió su última noche salvaje con una rubia. Cómo había cambiado todo. Normalmente hablaban de armas, videojuegos y mujeres. Pero jamás habían incluido un bebé, salvo para quejarse de lo nauseabundo que resultaba oír a sus amigos casados hablar de eso.

Tras colgar, Mason buscó unas bombillas y revistas para Hattie. Ella aseguraba no leerlas, pero había devorado las que Fern había dejado. Por último tomó otra caja de mezcla para brownies.

–¿Se os ocurre algo más que nos haga falta? –le preguntó a las pequeñas.

–Ahhh –murmuró Vivian mientras agitaba su sonajero.

Vanessa soltó unos pequeños gorjeos con la vista fija en los fluorescentes de la tienda.

–¿Todo eso?

A ambos lados de la caja había expositores con ramos para el día de Acción de Gracias. Mason eligió uno para Hattie, pero también otro para Akna y para Fern. Hattie nunca hablaba de lo mucho que le afectaba el distanciamiento con su madre, pero en las dos ocasiones en que había ido a verla la semana anterior, había regresado a casa llorando.

Hacía mucho que no celebraba un día de Acción de Gracias tradicional. Ni siquiera recordaba la última vez que lo había celebrado con su padre. Seguramente el año que Melissa lo abandonó.

–¿Flores? –lamentablemente, la única caja abierta era la de Sophie.

–Para Hattie y su mamá. Y para Fern.

–Supongo que sabes que la gente habla –la vieja bruja tuvo la audacia de bufar–. No es normal que estés con la hermana de tu exmujer.

–Gracias por tu opinión, Sophie. La próxima vez que tenga ganas de amargarme el día, vendré directamente aquí.

Mason hizo caso omiso del nudo que se había instalado en el estómago y, tras acomodar a las niñas en el coche y meter la compra, se dirigió hacia la casa de los padres de Hattie.

–¿Os apetece ver a la abuela Akna, chicas?

Vivian dio un saltito de alegría, pero Vanesa se frotó los ojos.

–Señoras, será una visita rápida. Le daremos las flores a la abuela y le recordaremos que puede que Melissa esté muerta, pero vosotras seguís aquí.

Y por favor, Dios, que Akna se mostrara más amable que Sophie, porque empezaba a agotársele la paciencia con los entrometidos.

Capítulo 13

–Mamá, por favor –suplicó Hattie–, al menos dime qué puedo hacer. Ya sé que la echas de menos, pero no puedes pasarte el resto de tu vida en la cama.

Tras confesarse ante Clementine, no le había apetecido quedarse en el bar. Sin embargo, pasar por casa de sus padres no estaba resultando muy buena idea tampoco.

–Estaré bien –le aseguró su madre.

–Pues demuéstramelo y ven a cenar para Acción de Gracias. ¿Sabes que es la semana que viene?

–Cariño, es demasiado pronto. No está bien celebrar nada con tu hermana recién muerta.

–El día de Acción de Gracias no es famoso precisamente por la música y los globos –Hattie contó hasta cinco, pues no tuvo paciencia para llegar a diez–. Más bien se trata de reunir a la familia.

–A mí ya no me queda nada –su madre giró el rostro hacia la pared.

Hattie quiso recordarle que aún tenía un marido, una hija y dos nietas que la amaban y la necesitaban, pero nada de lo que dijera conseguiría atravesar la densa niebla.

Tras tapar a su madre con la colcha tejida por su abuela, Hattie abandonó la habitación.

Encontró a su padre atizando el fuego.

–Os he oído hablar –la saludó él–. ¿Ha sido una visita agradable?

–Pues no, lo cierto es que fue horrible. Tienes que conseguir que deje los sedantes.

–Lo sé –sentado junto al fuego, su padre parecía derrotado.

–Quítale las medicinas. No las ha tomado el tiempo suficiente para haberse convertido en una adicta, pero, si no las deja pronto, podría acabar siéndolo. Por favor, papá, no la dejes.

El hombre asintió.

–Quiero celebrar un gran día de Acción de Gracias –Hattie le tomó las manos para asegurarse de que le prestara atención–. Lo haremos en el elegante comedor de Melissa y con la vajilla de porcelana. Y en lugar de estar mustios por haberla perdido, le rendiremos homenaje.

–Haces que suene muy sencillo –su padre suspiró–, pero para tu madre y para mí es diferente.

¿Qué podía contestar? Perder a Melissa también había convertido su vida en algo diferente, pero no se podía permitir el lujo de esconderse.

–Muy bien –Hattie respiró hondo–, me marcho. Seguramente os veré antes de Acción de Gracias, pero por si acaso no es así, por favor, trae a mamá. Comeremos sobre las dos. ¿Te parece bien?

–Claro, allí estaremos.

Hattie deseó de todo corazón poder creer a su padre.

Acababa de llegar al coche cuando vio aparecer a Mason. Incluso verlo a través del parabrisas logró levantarle el ánimo.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó.

–He comprado estas flores en Shamrock's –Mason le mostró los ramos–. Pensé que a tu madre le gustaría uno para ponerle en un estado de ánimo más festivo.

–Eres muy amable por pensar en ella –el detalle agujereó la muralla que Hattie había levantado alrededor del corazón–, pero está muerta para el mundo. Se las daré a papá.

–¿Estás segura? Quizás se sienta mejor si ve a las niñas.

–Sí, estoy segura –ella recordó la mirada perdida de su madre.

En el fondo sentía miedo por su madre, y por ella misma. Ya había perdido a Melissa, no soportaría perder también a su madre. Saber que la vida junto a Mason estaba en el tiempo de descuento, ya era suficientemente doloroso.

–¿Sabe la marina que su duro y grandote SEAL es en realidad un osito de peluche?

–Hattie, no puedes ir por ahí diciendo esas cosas. Vas a destrozar mi reputación masculina.

–Lo siento –ella le besó la mejilla–. Te prometo que no volverá a repetirse.

Una promesa más fácil de cumplir que la de mantenerse alejada de ese hombre.

Y como si el destino se hubiera aunado con su deseo de apartarse de él, el coche de Sophie se detuvo frente a la casa de sus padres. A juzgar por su expresión, había visto el beso.

–¿Estás seguro de que no me has dado una taza de sal en vez de azúcar? –la noche antes de Acción de Gracias, Hattie intentaba preparar la tarta de calabaza de su abuela, con la ayuda de Mason. La textura tenía algo raro que no acababa de convencerle.

–Estoy seguro –contestó él–. Pruébalo.

–Sabe a huevos podridos.

–He comido cosas peores –Mason puso los ojos en blanco tras probar la mezcla.

–¿Y qué significa eso?

–Tú mételo en el horno. Estoy seguro de que saldrá bien.

–¿Pongo algo de música? –sugirió ella. Las gemelas dormían y la casa estaba en silencio.

–Claro –él fregó las cucharas medidoras–. ¿Qué más hay que preparar?

–Pan de calabaza. ¿Te importaría traer las nueces de la despensa?

Hattie aprovechó para poner música en el moderno equipo de Alec y Melissa.

–¿Bailamos? –Mason regresó de la despensa con una enorme sonrisa en los labios.

–No, gracias. Aunque es evidente que la otra noche había bebido demasiadas cervezas.

–Sí, claro…

Mason se acercó a ella por detrás y la sujetó por las caderas, moviéndolas al ritmo de la música. Sus acciones, el calor de su cuerpo, el sensual aliento, hicieron que Hattie se estremeciera.

–Para. Tenemos que preparar el pan –«y no puedo volver a caer en la misma trampa».

–¿En serio prefieres hornear pan?

–Sí –«no».

–¿Y si hago esto? –Mason la giró y le besó el cuello.

–Tienes que parar –balbuceó ella sin aliento. «No pares nunca».

–De acuerdo, pero si hiciera esto sin querer… –él deslizó la lengua hasta el escote.

Y por si no fuera ya bastante tortura, hundió la mano bajo la camiseta.

–Mason –Hattie lo deseaba desesperadamente, pero sabía que acostarse con él sería lo peor que podría hacer. Nada bueno surgiría de aquello–. Por favor…

–No hace falta que me supliques –bromeó él–. Estaré encantado de besarte.

Mason le soltó la negra melena y la besó en los labios.

Casi sin darse cuenta, empezaron a arrancarse la ropa. La última vez habían estado a oscuras, o en la ducha cubiertos de jabón. Mason no la había visto realmente desnuda. ¿Se echaría atrás al comprobar lo gorda que estaba?

–¿Vamos a mi cuarto? ¿Al menos apagamos la luz?

–¿Por qué? –él se detuvo y la observó detenidamente, mortificándola con su atención.

–Bueno –ella se humedeció los labios–. La penumbra, la oscuridad, siempre es mejor.

–Me gusta verte. ¿Tienes idea de lo hermosa que eres?

–No.

–Pues lo eres –Mason le desabrochó el sujetador.

Los pezones de Hattie se endurecieron al instante. Instintivamente, ella intentó cubrirse el pecho con los brazos, pero él se lo impidió.

–Podría mirarte así toda la noche.

¿Se trataba de un sueño? Hattie no pudo comprobarlo, pues Mason la besaba y acariciaba los pechos. Incapaz de aceptar que aquello estuviera sucediendo, se abandonó al puro placer.

Ayudada por Mason, se quitó los vaqueros y las sencillas braguitas blancas. Y durante un instante estuvo ante él, completamente desnuda y estupefacta. Nadie la había visto jamás así. ¿La encontraría repugnante? Las caderas y los muslos eran mucho más grandes que los de cualquiera de las mujeres que salían en las revistas.

–No puedo hacerlo –insistió ella. Si la rechazara, no sabría qué hacer.

–Nena, no me hagas esto –gimió él. También se había desnudado por completo, disipando toda duda sobre su excitación.

Ella soltó una risita nerviosa y se cubrió la boca con la mano.

–¿Te parece divertido? –bromeó Mason antes de besarla de nuevo–. Me estoy muriendo. Eres tan sexy que haces daño.

–No –Hattie sacudió la cabeza.

–Mujer, ¿tú te has visto? –él la condujo hasta la ventana del salón, donde su imagen se reflejaba claramente. Se arrodilló frente a ella y le besó ese estómago que a ella le parecía demasiado voluminoso, y esas caderas que le parecían indignas de ser acariciadas–. Eres voluptuosa, sexy y suave –la tomó en brazos y la tumbó sobre la mesa de roble–. Quiero enterrarme en ti, hacer que me supliques más…

La sorpresa de la penetración pronto quedó anulada por un placer tan intenso que Hattie perdió toda noción del tiempo y el espacio. En cada embestida, su cuerpo lo absorbía por completo. La presión aumentó hasta estallar en una sincronizada dicha.

–¿Cómo pude no haberme dado cuenta de lo que tenía delante? –Mason la besó de nuevo, pero en esa ocasión con lentitud y ternura.

Ella no podía responder, pues él siempre había estado presente en su vida.

–Relájate –Mason ayudaba a Hattie a preparar los aperitivos. Detrás de ella, apretándose contra el sexy trasero, tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no arrastrarla a la despensa. Sin embargo, la presencia de Fern y Jerry en el salón le hizo contenerse–. Vendrán.

–Ya, pero ¿y si no vienen? –Hattie se reclinó sobre él–. ¿Cómo soportan no ver a las niñas? ¿Crees que debería acercarme a su casa y

comprobar si todo va bien?

–Son adultos. Saben que están invitados –él la giró y la abrazó.

–Lo sé, pero duele. No entiendo cómo pueden perder a una hija y decidir darle la espalda a la única que les queda. Y eso por no hablar de sus nietas.

–Cielo, no será del todo así. Seguramente tu madre vendrá para Navidad –¿era imaginación suya, o Hattie lo abrazaba con mucha fuerza, como si deseara su contacto tanto como él el suyo?

–Espero que tengas razón. Pase lo que pase, todo tiene una pinta estupenda, aunque es un milagro que lográramos prepararlo.

–¿Acaso te quejas?

–No, pero… –ella se sonrojó violentamente y Mason la silenció con un beso–. No hagas eso cuando tenemos invitados. En realidad, no deberíamos hacerlo nunca.

Hattie tenía razón, pero eso no le impidió a Mason soltarle una palmada en el trasero.

El pavo estuvo listo y el puré de patatas también, pero Akna y Lyle seguían sin dar señales de vida. Incluso había invitado a los padres de Alec, que estaban en Miami. Las manos ligeramente temblorosas alertaron a Mason sobre el disgusto de Hattie.

Ira ni siquiera se acercaba a describir lo que sentía por las dos parejas. Desde que habían conocido el contenido del testamento de Melissa, habían volcado su dolor en la persona que menos se lo merecía, Hattie. Aunque no fuera objetivo, sabía que era una buena mujer que solo se merecía tener personas amorosas a su alrededor.

«¿Y en qué categoría encajas tú?».

Su propia reflexión lo golpeó con fuerza. Lo cierto era que, cuando regresara a Virginia, y dada la naturaleza que iba adquiriendo su relación, iba a hacerle más daño que nadie. Estaba casado con la marina y, aunque no lo estuviera, había visto lo que el matrimonio era capaz de hacerle. No estaba seguro de qué clase de relación buscaba Hattie, pero sospechaba que una más estable.

Ignorando su propio papel en el dolor de Hattie, se encerró en el baño y llamó a Lyle.

El hijo de perra ni siquiera se molestó en contestar.

–¡La cena está lista! –Hattie llamó desde la cocina.

–Qué bonita está la mesa –observó Fern con Vanessa en brazos–. Es muy llamativa.

–A mi hermana le encantaba causar buena impresión. Compró la cristalería y la vajilla en uno de los viajes de negocios de Alec a Los Ángeles.

A Mason le bastaba con platos y cubiertos de plástico. Si añadía una

fogata, mucho mejor.

El comedor no era un sitio de la casa que hubiera frecuentado mucho y, de repente, se fijó en una serie de fotos enmarcadas. Eran fotos de Alec y Melissa. Sonriendo. Abrazándose. Besándose. Revolviéndole el estómago. ¿Cómo era posible que siguieran lastimándolo así?

Quizás porque ellos eran la razón por la que era incapaz de mantener una relación. Porque le habían enseñado a desconfiar.

Las niñas fueron instaladas en sendas tronas y, aunque Hattie había dispuesto la mesa para seis, únicamente cuatro se sentaron a ella.

Tras una breve oración se sirvieron. Salvo por el chocar de los cubiertos contra la porcelana y los ocasionales gruñidos de apreciación de las niñas al comer su puré de frutas, todo estaba en silencio.

En un par de ocasiones Mason pilló a Hattie mirando las dos sillas vacías.

–Yo no sé vosotros, pero a mí me gusta estar más ancho –harto de verla sufrir, él se echó hacia atrás y recogió los platos vacíos.

–A mí también –su padre se levantó para ayudarlo.

–Hattie, nunca había comido un pavo tan tierno –observó Fern.

–Gracias.

–Podría bañarme es ese puré de patatas –añadió Jerry.

–Podrías bañarte en cualquier cosa –Fern se tapó la nariz.

–¡Ja, ja! –Jerry repitió por tercera vez de todos los platos.

Mason presentía que el estado de ánimo de Hattie iba de mal en peor. Para cuando sirvieron el postre, apenas articulaba una palabra.

–¿Estás bien? –le preguntó él discretamente en la cocina.

Ella asintió.

–¿Quién quiere pastel de calabaza? –Mason regresó al comedor.

–Demonios –exclamó su padre–. Yo quiero de todo.

–Yo también –Fern le acercó su plato–. Al ritmo al que come, no nos dejará nada a los demás.

Jerry se metió un buen trozo de pastel en la boca, pero casi de inmediato lo escupió.

–No quisiera ofenderte, Hattie, pero esta tarta sabe a sal.

Capítulo 14

–Mason, tú la probaste y dijiste que estaba bien –Hattie palideció.

–Aparte de tener las papilas gustativas destrozadas por la comida del ejército, yo no soy mucho de calabaza. Ni siquiera estoy seguro de cómo debería saber esa cosa –tomó un bocado y masticó hasta no poder disimular más–. De acuerdo, puede que esté un poco salada, pero, por lo demás, está bastante bien.

–Déjalo ya –Hattie arrojó la servilleta sobre la mesa y corrió escaleras arriba.

–¡Cielo santo! –exclamó Fern–. ¿Dónde os habéis criado vosotros dos? ¿En una cuadra? Pobre chica. ¿No podíais haberle mentido? Yo me comí mi trozo entero.

–Porque estás chiflada –bufó Jerry.

–No –protestó ella–. Porque tengo modales. Mason, será mejor que vayas tras ella –tomó un trozo de pan de calabaza y lo untó de mantequilla–. Todo lo demás está realmente bueno.

Mason siguió el consejo de Fern y subió a la habitación de invitados desde la que salían los sollozos de Hattie, lo cual no le hizo sentirse mejor. Le había hecho daño.

–¿Hat? –él golpeó la puerta con los nudillos–. ¿Puedo pasar?

–¡No! Y deja de llamarme así.

–¿A qué vienen tantas lágrimas? –Mason entró en la habitación y cerró la puerta–. No es más que un pastel. Papá y Fern se han comido hasta la última miga de todo lo demás que preparaste.

–Qué intuición la tuya. El pastel no era más que la guinda de un día horrible. Se suponía que todo iba a ser perfecto, pero todo ha ido mal.

–Qué raro –él se sentó a su lado en la cama–, porque hasta hace unos minutos, pensé que era un día estupendo. Estoy acompañado por ti y las niñas. Y mi padre y Fern. Siento que tus padres y los de Alec eligieran no venir, pero ellos se lo pierden.

–Lo dices por ser amable. Y ni te atrevas a decirme que no miraste las fotos de Melissa.

–Sí, ¿y qué? –Mason no tenía ni idea de a qué se refería–. Hablas como Fern.

–No intentes fingir que no me entiendes. Anoche te acostaste conmigo y hoy te quedas mirando esas fotos con cara de carnero degollado.

–¿Bromeas? –él se cruzó de brazos–. Cierto que las he mirado, pero con asco. Si parecía enfermo, era porque así me sentía. Siento que

murieran, y no me importa que me haga parecer la criatura más desalmada del universo, pero lo cierto es que para mí esos dos murieron el día que Melissa me abandonó para casarse con mi mejor amigo.

Mason se levantó y se acercó a la ventana.

–Tienes que olvidar el pasado. No me refiero a borrar el recuerdo de tu hermana, sino el papel que yo jugué en su vida. Cualquier cosa que hubiera podido sentir por ella desapareció hace mucho. En cuanto a ti y a mí…

–¡Por Dios! ¿Es que nunca te callas? En cuanto me quiten la escayola te largarás a Virginia. Anoche, y lo sucedido en Valdez, fue divertido, pero ambos sabemos que no puede ir más allá.

Con la mandíbula encajada, Mason se llevó un puño a la boca.

–Mi hermana era la soñadora. Yo siempre he sido realista. Soy la primera en reconocer que nuestro revolcón fue una agradable sorpresa, pero…

–Hattie, para mí tú significas más que un simple revolcón. Espero que lo sepas, pero las circunstancias son las que son. No puedo ofrecerte nada más.

–Créeme, lo sé.

Tras unos días relativamente amistosos, seguidos de sus noches ardientes, Mason se sentía completamente confuso. El martes, en cuanto Hattie se fue al bar, llamó a su amigo, Calder.

–Estábamos hablando de ti –al fondo se oía el llanto de uno de los hijos de Calder.

Pandora y él tenían un hijo de tres años, una hija de uno, y Julia, producto de un anterior matrimonio de Pandora. Si alguien podía ayudarle con todo ese lío, era Calder.

–Se ha organizado una apuesta sobre si vas a regresar o no.

–Por supuesto que voy a regresar. Aún le debo dos años a la marina.

–Conoces a gente importante que te podría liberar de eso si lo necesitas.

–No es mi estilo.

–No he dicho que lo sea, pero sé lo que es encontrarte de repente con una hija, y tú tienes dos.

–Ya no. Estoy cuidándolas hasta que se cure el brazo de Hattie, pero he renunciado a la custodia.

–Cooper nos lo contó –el sonido del llanto se intensificó, acompañado de agudos chillidos.

–Parece que estás en el zoo.

–Pandora y los chicos me regalaron un cachorrito por mi cumpleaños.

El maldito no deja de mearse por todas partes, pero es tan mono que no me puedo enfadar con él.

–Te pillo en mal momento. ¿Debería llamar más tarde?

–En absoluto. ¿Qué sucede?

–No sé muy bien por dónde empezar. Después de lo que me hizo Melissa, ni en un millón de años pensé que volvería a plantearme un compromiso, pero entre Hattie y yo ha surgido algo…

–Espera un momento –Calder gritó algo al niño, o al perro–. Lo siento, se me descontrolan. Escucha, antes de saber que quería casarme con Pandora, mi padrastro me dio un consejo estupendo.

–Te escucho.

–Lo sabrás cuando lo sepas.

–¿Te importaría elaborarlo un poco más? –«¿eso era todo?».

–No hay nada más –alguien soltó un aullido–. Lo siento, tío, pero Pandora se ha ido de compras con una amiga y aquí tengo una crisis. En serio, piensa lo que te he dicho. Lo mejor que hice en mi vida fue confiar en mí lo suficiente para creer en lo que hacía.

Mason colgó y consideró seriamente tirar el teléfono a la basura.

Era evidente que el amor había trastornado el cerebro de su amigo. Nada de lo que había dicho tenía sentido. Mason se había casado con la idea de que fuera para siempre, pero la ilusión se había roto y, para él, el amor era una farsa.

En cuanto a lo que sentía por Hattie, no tenía ni idea.

***

Faltaban tres semanas para Navidad y Hattie se sentía invadida por una sensación de urgencia. Acción de Gracias había sido un desastre, al menos en lo concerniente a sus padres, pero estaba decidida a hacer de la Navidad un día especial.

La festividad siempre había sido muy importante en Conifer. Los artículos de decoración que les llegaban eran limitados y los habitantes tenían que ser rápidos para llevárselos en cuanto llegaran a Shamrock's.

El martes por la mañana, Mason y ella instalaron a las niñas en el SUV de Melissa y se dirigieron a una granja de abetos. Hattie iba a comprar el más grande que encontrara.

–¿Seguro que es por aquí? –Mason conducía y las gemelas parloteaban incoherencias.

–Según el mapa está en la calle Owl Creek, y es esta, ¿no?

Mason frenó el coche y la miró con gesto severo por encima de las gafas de sol.

–Estamos en Deer Creek, porque esa fue la calle que me dijiste.

–¡Uy! –Hattie esperaba que su sonrisa mejorara el ánimo de Don

Gruñón. Iban a ser las primeras Navidades de las niñas y todo debía salir perfecto. Hattie siempre había querido ir a esa granja, pero sus padres compraban árboles artificiales–. Con toda esta nieve, parece la misma calle.

–Claro, salvo por la señal en la que pone Deer Creek.

–Lo siento. En cuanto lleguemos estarás de lo más contento de haber hecho el viaje. Clementine compró aquí el árbol el año pasado y era espectacular.

Treinta minutos más tarde al fin llegaron a la granja Olde St. Nick's. El trenecito turístico no funcionaba los días de diario, pero había muchos árboles y un pony negro, llamado Coal, para que las niñas pudieran montarse. El edificio en el que se alojaba Papá Noel, que también proporcionaba chocolate caliente y galletas, había sido decorado a semejanza de un poblado de Dickens. Miles de luces brillaban por todas partes, iluminando el nublado día. De los altavoces surgían villancicos y el aire estaba impregnado de un aroma de canela y pino. A Hattie no se le ocurría mejor lugar para que Mason recuperara su espíritu navideño.

–¿No te parece bonito? –le preguntó ella cuando se bajaron del coche–. ¿Hacemos una foto de las niñas montadas en pony o vamos primero a ver a Papá Noel?

–Yo creía que habíamos venido a comprar un árbol. Una incursión relámpago. Milimetrada.

–¿Qué te pasa a ti con las misiones? Será la primera vez que Van y Viv vean a ese tipo de rojo.

–Pensaba que le ibas a pedir a tu madre que te acompañara –Mason cerró el coche.

–Lo hice, pero, como de costumbre, me rechazó.

–Lo siento.

–Es lo que hay –Hattie fingió un tono casual. Estaba harta de sentirse dolida por su madre.

–¿Qué le ha pasado al sol? –Mason se guardó las gafas en el bolsillo–. Tenía entendido que no iba a nevar hasta esta noche.

–Pues adelante con la nieve. Creará un ambiente todavía más festivo.

–¿Sabes que hablas como un elfo lunático? Por lo que he leído, dudo que las niñas recuerden siquiera esta Navidad.

–Pero tendrán fotos. ¿Quieres que sean las únicas del colegio que no hayan conocido a Papá Noel?

–Te voy a dar una noticia –Mason abrió la puerta del corral del pony–. Aún les quedan unos añitos para ir al colegio.

–Tú calla.

Dado que no había casi nadie, las gemelas disfrutaron de una vuelta

más larga. Mientras Mason caminaba junto al pony, sujetando a ambas niñas sobre la silla, Hattie tomaba fotos.

Al cabo de unos minutos, el pony soltó un bufido y Vivian se asustó, estallando en llanto.

–Ya está –Mason las bajó de la silla–. Se acabó el paseo. Vamos a elegir el árbol antes de que empiece a nevar.

–De eso nada. Primero hay que ver a Papá Noel –Hattie continuó haciendo fotos–. ¿Verdad que son la cosa más mona que hayas visto nunca?

–Apuesto a que estas niñas quieren sonajeros nuevos para Navidad –la estruendosa risa de Papá Noel aterrorizó a Vanessa.

–Y ahora que las dos han sido concienzudamente traumatizadas, ¿podemos acabar con esto?

–¿A ti qué te pasa? –susurró Hattie para que Papá Noel no la oyera.

–No me gustan estas cosas, eso es todo.

–¿A qué te refieres? –ella tomó a Vanessa en brazos.

–Todo este numerito.

–No sabía que no te gustara la Navidad –Hattie contempló el horizonte, cada vez más negro.

–No es nada personal, pero mamá murió una semana antes de Navidad y, desde entonces, el recuerdo anula todo lo demás.

–Espero que no me tomes por loca, pero ¿nunca se te ha ocurrido elaborar nuevos recuerdos? Pasaste unas cuantas Navidades con nosotros, y parecías muy contento.

–Porque Melissa siempre me estaba dando la lata para que sonriera –bufó él.

–Lo siento –lo cierto era que Hattie recordaba al niño siempre triste. Ella le tomó una mano.

–¿Ves algo que te guste?

–Un cambio de tema muy hábil –Hattie se puso de puntillas y lo besó–. ¿Qué te parece si estas Navidades recuerdas los momentos felices con tu madre? Mejor aún, ¿qué te parece si hacemos que estas sean tan perfectas que querrás volver a celebrarla una y otra vez?

–Eres demasiado buena –él la abrazó–. No te merezco.

–Es verdad –bromeó ella–, pero de momento estamos aquí los dos con esos adorables angelitos. ¿Qué tal si fingimos ser una familia?

–¿Eso te gustaría?

Hattie tragó nerviosamente. No tenía ni idea de qué quería, aparte de estar con ese hombre. Si él la seguía en el estúpido juego, sería eso, un estúpido juego. Pasado Año Nuevo se marcharía. Y ni siquiera sería una ruptura verdadera. ¿Cómo reclamar a un hombre que jamás había sido suyo?

Y para empeorarlo todo, como siempre sucedía en una pequeña ciudad, el abrazo tuvo testigos. El cliente habitual del bar, Rufus, al parecer trabajaba en la granja y recortaba un arbolito mientras la señalaba con un dedo.

Capítulo 15

De regreso a casa, Mason colocó el árbol que habían comprado, en el salón.

–¿Quieres que ponga unos libros debajo para que parezca más alto?

–En la granja parecía más grande –Hattie observaba el árbol con Vanessa en brazos.

La granja había abierto hacía una semana y los mejores ejemplares ya habían sido vendidos.

Vivian hizo sonar el claxon de su nuevo andador.

–Parece que a ella le gusta –Mason rio.

–Sí, pero yo quería el árbol perfecto. ¿Cómo pude equivocarme en la fecha de apertura?

–¿No tendrá algo que ver el hecho de que hayas perdido a tu hermana, que tu madre haya caído en un pozo, que te rompiste el brazo y te encuentres con la responsabilidad de dos bebés?

–Dicho así –Hattie se sentó en el brazo del sofá–, supongo que tienes razón.

–¿En serio? –Mason la envolvió en un cálido abrazo.

–¿Has mirado ahí fuera? Todo el campo está cubierto de árboles de Navidad…

Hattie se despertó acurrucada junto a Mason. Eran las seis de la mañana y aún sería de noche durante un buen rato. Distraída, jugueteó con la mano de Mason, apoyada en su estómago.

–Te has despertado demasiado temprano –murmuró él antes de besarle el cuello–. Con suerte, las ratitas seguirán dormidas una media hora más.

–Me he despertado porque estoy excitada.

–Yo también… –la erección subrayó sus palabras–. ¿Y qué vamos a hacer?

–Pensaba que íbamos a ir al bosque a buscar un árbol de Navidad gigante.

–¿No preferirías quedarte en la cama? –Mason la besó lentamente.

–Supongo que estaría bien –ella rio–, pero ¿qué pasa con lo del árbol más grande?

–Aquí hay algo que se hace más y más grande mientras hablamos.

–¡Eres horrible!

–Y tú deliciosa –contestó él tras otro apasionado beso–. Vamos con ello antes de que nuestras dos monitas empiecen a enredar.

Horas más tarde, cuando el sol al fin salió, abrigaron a las niñas y partieron hacia el bosque.

–Supongo que eres consciente de que esto es una locura –observó Mason.

–Y eso lo dice el que sacó los pupitres al campo de fútbol para formar con ellos su nombre.

–Cosa de críos –Mason se hundió en la nieve hasta los muslos–. ¿Se te ocurre cómo vamos a llevar la motosierra y dos bebés con esta nieve?

–Tú eres el SEAL.

–¿De verdad va a funcionar así? –él sonrió de manera seductoramente provocativa.

–Has empezado tú. Alégrate de que no puedo llevar a Vanessa en brazos y lanzarte una bola de nieve al mismo tiempo o te machacaría.

–¿Así? –antes de que ella pudiera prepararse, Mason le golpeó la cabeza con una bola de nieve.

–¡Bruto! –el frío de la nieve contra el rostro le arrancó a Hattie una carcajada, pero también una gran sed de venganza, iniciando una persecución–. Te odio.

–No es verdad –bromeó él, siempre unos pasos por delante.

Al cabo de un rato, redujo la marcha para que ella pudiera alcanzarlo en el cuello con una apretada bola de nieve. Soltando un rugido, tumbó a Hattie y a Vanessa sobre un montículo de nieve recién caída.

–Eres un ser horrible, atacando a unas pobres chicas indefensas –la sensual sonrisa de Mason despertó en Hattie el deseo de un nuevo beso y la dejó casi sin aliento.

–No soy tan malo –él se volvió hacia Vivian–. A ti te parezco divertido, ¿a que sí?

La pequeña le devolvió una sonrisa desdentada.

–¿Lo ves? Las mujeres me aman –Mason se inclinó y besó a Hattie en los labios.

«Sí, Mason, sería muy fácil amarte».

–Pero no me estás ayudando a encontrar un árbol más grande.

–Como siempre sucede cuando estás cerca, aquí hay algo que sí se está haciendo más grande.

–¡Eres horrible! –y enormemente sexy.

–Admítelo, nunca te sacias de mí –él la volvió a besar, aumentando su deseo.

–De acuerdo, lo admito, sufro una desesperante adicción por ti, pero ¿qué pasa con mi árbol?

–¿Siempre has sido tan exigente?

–Sí –Hattie alzó la barbilla y sonrió–. De modo que dame un último beso y en marcha. Dado que hay más nieve de la que creíamos, las niñas y yo nos quedaremos en casa.

–Trato hecho.

La misión de encontrar el árbol de Navidad perfecto para Hattie se había convertido en una absurda urgencia para Mason. Quería verla sonreír, y ser él el responsable de esa sonrisa.

Tras caminar casi un kilómetro con la nieve por los muslos, descubrió un ejemplar de más de tres metros que hasta Hattie encontraría impresionante. Perfectamente simétrico, no era demasiado grande, una auténtica belleza, como la mujer a la que iba destinado.

Desde hacía unas semanas, sobre todo desde que dormía cada noche en la cama con Hattie, la casa de Alec y Melissa había empezado a parecerle un verdadero hogar. ¿Qué significaba eso? ¿La comodidad emanaba de la casa o de sus ocupantes? Bastó recordar los ardientes besos y las risas infantiles para comprender que las tres damas lo habían hechizado.

¿Se sentía realmente comprometido con Hattie y las niñas, o simplemente había sucumbido a los privilegios de jugar a las casitas con sus ventajas?

Frustrado con sus pensamientos, sacó una pala plegable de la mochila y empezó a cavar alrededor del árbol. Descubrió que, bajo la nieve, era mucho más ancho de lo que parecía.

El siguiente paso era arrancar la motosierra. Pero por más que tiraba de la cuerda de arranque, no se movía. Odiaba esas máquinas desde niño y, al parecer, ellas le correspondían.

Al final se rindió y optó por una pequeña hacha que se había llevado como apoyo.

El cielo estaba cada vez más negro y las temperaturas caían vertiginosamente. Debía darse prisa.

Él había sido pescador, no leñador, y sus habilidades con el hacha dejaban mucho que desear. Sabía hacer la hendidura en el tronco, y sabía que su ubicación era crucial para determinar hacia dónde caería el árbol.

Cruzó los dedos y asestó un golpe final. Un enorme crujido estalló en el aire y el árbol cayó.

Ya solo le quedaba arrastrarlo hasta la casa…

Dos horas más tarde, Mason aún no había regresado. Ese hombre era un SEAL y, sin duda, capaz de derribar a un oso con una mano, pero eso

no era excepcional en Alaska.

Aunque el lado más racional de Hattie sabía que estaría bien, la parte aún perpleja por la muerte de su hermana y cuñado le advertía que no corriera riesgos. Apenas quedaban dos horas de luz.

Tras pasear inquieta por la cocina, marcó el número de sus padres.

–Papá, siento molestarte –lo saludó–, pero necesito tu ayuda. Puede que Mason tenga problemas.

–Enseguida llego –fue la respuesta de Lyle y colgó.

Nevaba copiosamente y las temperaturas habían caído en picado. Hattie dejó a las niñas en el parque y, llevándose el monitor, salió de la casa.

–¡Mason! –la nieve y los árboles amortiguaban sus gritos–. Mason, ¿me oyes?

Si le había sucedido algo por su capricho de tener un estúpido árbol, jamás podría perdonárselo.

Temblando de frío, regresó al interior y se arrodilló junto al parque.

–Ahora mismo me gustaría que pudieseis hablar. Mejor aún, que fuerais lo bastante mayores para inculcarme algo de sentido común sobre mis ansias de perfección en la decoración.

Melissa había sido la gran decoradora. ¿Por qué se sentía ella empujada a reproducir lo que solía hacer su hermana? ¿Tenía algo que ver con sus inseguridades hacia Mason?

El timbre de la puerta sonó y Hattie corrió a abrir.

–Gracias por venir –ella lo abrazó con fuerza.

–Lo encontraremos –el hombre le tendió unas raquetas de nieve–. Sus huellas deberían ser fáciles de seguir.

–Pero no puedo acompañarte y dejar a las niñas.

–Yo las cuidaré –su madre apareció, con gesto de amargura y movimientos lentos, pero también con los brazos extendidos para recibir un abrazo.

–¿Seguro que estarás bien? –preguntó Hattie.

–Estaré bien –la mujer asintió–. Ya hablaremos más tarde. Ahora id a buscar a Mason.

Su padre estaba en lo cierto. Incluso con la tormenta, las huellas de Mason eran visibles. Al comprobar lo profundamente que se había hundido, se sintió enfermar.

A medida que se adentraban en el bosque, la nieve caía con más fuerza.

–¡Mason! –Hattie sentía tal opresión en el pecho que temió sufrir un ataque.

–Le dije a tu madre que, si no volvíamos en una hora, llamara para pedir ayuda.

–¿Cómo conseguiste traerla?

–No lo hice. Ella misma decidió tomar los tranquilizantes solo por la noche. Y quiso venir.

–Eso es estupendo –los dientes de Hattie empezaron a castañetear, por el frío y el miedo. Y se le ocurrió que, si su madre se encontraba mejor, debería haber llamado. ¿Seguía enfadada?

–¡Mason! –gritó su padre.

–¿Lyle? –respondió una voz en la oscuridad, seguido de un extraño ruido de arrastre.

–Mason. Gracias a Dios –al verlo, las lágrimas rodaron por las mejillas de Hattie. Con toda la rapidez que le permitían las raquetas, corrió hacia él y, tras rodearle el cuello con los brazos, lo besó en los labios sin importarle que su padre estuviera mirando–. Tenía tanto miedo de que te hubiera sucedido algo. ¿Por qué has tardado tanto?

–¿Tú qué crees? Fue por tu árbol –tras devolverle el beso, Mason señaló a su espalda.

–¿Por qué elegiste uno tan grande? –preguntó Lyle.

–Tu hija lo quería enorme. Temía que, si llegaba a casa con algo más pequeño, no me dejaría entrar –Mason rio–. Lo que me dio fuerzas para seguir fue la imagen de una taza de café.

–Qué tonto –Hattie sacudió la cabeza–. Te habría prometido un suministro vitalicio de café con tal de que regresaras antes.

–Y yo te habría tomado la palabra –Mason le guiñó un ojo–, pero no me atrevía a regresar sin el árbol.

–Estás a salvo –Akna abrió la puerta y se santiguó.

–Siento haberos asustado –estupefacto, Mason optó por no mencionar nada sobre el aspecto de su exsuegra. Por el bien de Hattie, esperaba que marcara el inicio del regreso a la unión entre madre e hija–. Todo este asunto del árbol de Navidad se nos escapó de las manos.

Hattie al menos tuvo la decencia de sonrojarse al oír la queja de Mason.

–No debería habértelo pedido.

–Ya que tenemos aquí el árbol, lo mejor será colocarlo de pie –observó Lyle–. A tu hermana le gustaba frente a la ventana, ¿verdad, Hattie?

–Quitaré el arbolito ese de en medio –ella asintió.

De nuevo en la calle, Mason intentó, otra vez sin suerte, arrancar la motosierra para recortar las ramas inferiores.

–¿Me permites? –preguntó Lyle.

–Adelante –él se hizo a un lado.

La estúpida máquina arrancó a la primera, haciéndole sentir como un

crío de doce años.

–Con esto debería bastar –minutos después, el padre de Hattie, terminó su labor.

–Tiene buen aspecto –más que ansioso por terminar con aquello, Mason agarró el árbol por la base del tronco para llevarlo al interior de la casa.

–Un momento –Lyle le bloqueó el paso a las escaleras del porche–. Ya que estamos solos, ¿te importaría explicarme lo de ese beso?

Capítulo 16

–Déjame ayudar –cuando Akna se levantó del sofá, a Hattie le costó reconocerla. Había perdido muchísimo peso y sus ojos estaban rodeados de oscuros círculos.

–Tranquila, mamá, tú descansa.

–Ya he descansado bastante –la mujer contempló su reflejo en la ventana–. A pesar de todo, me alegra que Mason no resultara herido. Puede que el peligro de un nuevo accidente fuera la sacudida que necesitaba. Me alegra volver a estar con las niñas.

–Mamá… –nunca habían sido muy expresivos a la hora de demostrar sus sentimientos, lo que convertía las palabras de su madre en mucho más significativas. Hattie no había esperado un gran discurso, solo que reconociera que aún le quedaba familia–. No pasa nada.

–Lo sé, pero necesito soltarlo. Desde el principio pensé que lo que hizo tu hermana, ceder la custodia de sus hijas a ti y a un hombre que debería estar lejos de nuestras vidas, fue una horrible traición. Y, en lugar de aceptar los deseos de Melissa, aceptar el honor que significaba, él rechazó sus derechos sobre la custodia. Es un hombre horrible. Lo peor.

–No fue así –cuando Akna empezó a sollozar, Hattie la abrazó–. Mason es un buen hombre, pero tiene un trabajo importante, y ahora mismo no está preparado para ser padre.

–¿Y criar a las hijas de tu hermana no es importante?

–No quería decir eso –Hattie suspiró–. Es complicado.

–¿Señor? –Mason se aclaró la garganta–. No estoy seguro de entender a qué se refiere.

–Pues seré más claro –Lyle colocó la funda de la cadena en la motosierra–. Puede que Hattie sea adulta, pero por lo que a mí respecta, ya has hecho daño a una de mis hijas. Si tu plan consiste en volver a provocar el mismo dolor, entonces…

–Señor –Mason apretó los puños con fuerza–, no pretendo faltarle al respeto, pero Melissa me engañó. Usted es un hombre, y supongo que sabrá lo que significa mantener a la familia. Si hubiera podido quedarme en casa con Mel después de lo del aborto, ¿no cree que lo habría hecho? Desgraciadamente no pude permitirme ese lujo. Para proporcionarle a su hija el estilo de vida que se merecía, tenía que trabajar. Y lo único

que sabía hacer era pescar.

–Lo comprendo –Lyle encajó la mandíbula–, pero no te equivoques. Si estás coqueteando con mi hija, haré todo lo posible por detenerte.

–¿Exactamente qué no entiende del hecho de que su hija me abandonó, y encima por mi mejor amigo? Ella no fue la que se vio obligada a alistarse en la marina porque, en cada rincón de esta estúpida ciudad, mis supuestos amigos me miraban con lástima. Hattie me entiende. Es una mujer hermosa y cariñosa, muy capaz de…

El derechazo de Lyle lo pilló desprevenido y lo dejó momentáneamente sin habla.

–Lo pasaré por alto, dado que todavía está de luto. Pero lo que no voy a aceptar es que se me culpe de que su hija mayor decidiera voluntariamente romper nuestros votos matrimoniales. En cuanto a Hattie, es lo bastante mayor para tomar sus propias decisiones.

–Eso ya lo veremos –su exsuegro soltó un gruñido y subió las escaleras del porche.

–¿Te golpeó? –Hattie acababa de preparar los biberones y dos cuencos de melocotón para las niñas cuando su padre irrumpió en la casa y le dijo a Akna que era hora de marcharse.

–Sí –Mason sacó una bolsa de guisantes del congelador.

–¿Qué le hiciste? –preguntó ella.

La mirada de Mason le indicó que la pregunta no era la adecuada.

–¿Qué pasa en tu familia que todos dais por hecho que yo soy el malo? Tu padre quería saber por qué te besé. Y luego te declaró fuera de mi alcance.

–Tienes que estar de broma –Hattie se cubrió el rostro con las manos.

–Ojalá.

–¿Y ahora qué? –ella dio de comer a Vivian.

–¿Me lo preguntas a mí? –Mason hizo lo propio con Vanessa.

–Es evidente que mis padres han perdido la cabeza. No entiendo cómo prefieren quejarse sobre ti antes que disfrutar de la compañía de estas dos monadas.

–Buena pregunta –con un trapo húmedo, él limpió las pegajosas mejillas de Vanessa.

–Lo siento.

–¿Por qué? Tú no me golpeaste.

–Pero de no haber sido por ese estúpido árbol de Navidad, nada de esto habría sucedido.

–Árbol que, por cierto, sigue ahí fuera. En cuanto terminen de comer estas dos, ¿me ayudas a meterlo dentro?

–Nada podría apetecerme más –ella le dio un beso.

–¿Nada? –él sonrió antes de hacer una mueca de dolor–. Al menos, después de haber recibido un puñetazo de tu padre, me debes una sesión de jugar a los médicos.

Hattie terminó de colgar las luces de Navidad en el bar y dio un paso atrás para admirar su obra.

–Tendrían que estar más a la derecha –observó Rufus.

–No le hagas caso –intervino Clementine–. Está estupendo, aunque sigo sin entender cómo puedes actuar como si nada hubiera sucedido el día después de que tu padre golpee a tu novio.

–Yo no diría que es mi novio.

–¿Entonces qué dirías? –Clementine sacó el árbol metálico guardado bajo las escaleras.

–¿Hay que colgarle una etiqueta por fuerza?

–Supongo que no, pero ¿habéis hablado de lo que pasará cuando se marche?

–No –Hattie prefería no pensar en ello.

Las puertas del bar se abrieron y, junto a una ráfaga de helado viento, entró el padre de Hattie.

–¿Lo golpeaste? –Hattie le hizo frente antes de que se sentara–. Papá, tú no eres así. Eres uno de los hombres más amables que he conocido. ¿Qué le está pasando a nuestra familia?

–Es complicado –Lyle se quitó la gorra–. Lo único que sé es que Mason destrozó a Melissa y que hará lo mismo contigo. No es hombre de familia. Nunca lo ha sido.

–¿Deliras o qué? –la aguda voz de Hattie atrajo la mirada de algunos clientes y, tirando de su padre, se lo llevó a un rincón más apartado–. Mamá y tú nunca habéis querido aceptar que vuestra perfecta hija engañó a su marido, pero así fue. Siento que sufriera un aborto, pero eso jamás justificará que se acostara con Alec, el mejor amigo de su marido. ¿Por qué te niegas a verlo? Es más, ¿por qué no reconoces que Mason fue la parte agraviada en todo este asunto? Melissa y Alec conservaron a sus amigos. Mason perdió a su esposa, y también toda su vida.

–¿Me traes una cerveza? –su padre suspiró.

–No. No hasta que reconozcas que hiciste mal al golpear a Mason y que le debes una disculpa. Y también quiero que reconozcas que yo me merezco un poco de felicidad. Si Mason me hace sonreír, ¿qué mal puede haber en ello?

–Ya veo que no me vas a traer esa cerveza. Me marcho.

–Eres imposible –exclamó ella mientras Lyle se dirigía hacia la puerta.

–Y tú alucinas. Acuérdate de lo que te digo, ese chico solo te traerá dolor.

–No es un chico, es un hombre –susurró ella cuando su padre ya se había marchado–. Y, ahora mismo, lo respeto más que a ti.

–No deberías faltarle al respeto a tu padre –Rufus sacudió la cabeza.

–¿En serio? Gracias por el consejo, pero estoy harta de que él me falte al respeto a mí.

–Recuérdame por qué estamos haciendo cola para que las niñas vean a Papá Noel por segunda vez este año –el sábado anterior a Navidad, Mason empujaba el carrito de las gemelas mientras a su alrededor se oían villancicos y los puestos callejeros vendían dulces y chocolate caliente.

Hasta su alistamiento en la marina, no se había perdido ninguna cabalgata de Navidad en Conifer. ¿Por qué se sentía como si hubiera aterrizado en la Luna sin traje espacial?

–¿Y por qué no íbamos a traerlas? Tú mismo solías venir de niño.

–Claro, como todos, pero solo digo que las niñas podrían sentirse confusas ante el concepto de la multiplicidad de Papá Noel, ya que acaban de conocer a otro en la granja de abetos.

–Da igual, tú quédate ahí y pon cara de guapo.

De haber estado solos, Mason le habría propinado un cachete en el trasero por su descaro. Pero estaban rodeados de parejas con las que Melissa y él habían ido al instituto.

–¿Qué sucede? –preguntó Hattie–. Miras como si alguien te hubiera quitado un caramelo.

–No soporto cómo nos mira todo el mundo.

–¿Quién? –ella miró a su alrededor.

–No lo sé. Todos.

–¿Y desde cuándo te preocupan tanto esas cosas?

–Olvida lo que he dicho –avanzaron un poco más–. Acabemos con esto y volvamos a casa.

–¿No podemos ir al mercadillo de artesanía? Me gustaría comprarles algo especial a Fern y a tu padre para agradecerles lo mucho que han ayudado con las niñas.

–Por favor, Hattie, ¿no podemos…?

–¡Hola, Mason! Cuánto tiempo sin verte –Craig Lovett, el tipo que había celebrado su cumpleaños en el sótano de Alec y Melissa la noche antes del accidente, le estrechó la mano–. Eres mi héroe, tío. Un auténtico SEAL. Estás viviendo el sueño.

–Pensaba que el sueño éramos nosotros –Sue, la esposa de Craig

empujaba un sillita de bebé.
–Cielo, ya sabes a qué me refiero –Craig besó a su mujer–. ¿Qué tipo no querría ser un SEAL? Yo siempre quise, pero nunca encontré el tiempo. ¿Es cierto que durante la semana infernal tenéis que matar a un tiburón con vuestras manos?
–No –¿de dónde se sacaba la gente esas ideas?
Craig se había portado como un auténtico cretino durante el divorcio y Mason estuvo tentado de asegurarle que no solo tenían que matar a un tiburón, tenían que matar al gran blanco.
–Nada de tiburones, solo correr mucho y levantar pesas.
–¡Oh! –Craig parecía desilusionado–. Bueno, pero sí tenéis que permanecer bajo el agua durante veinticuatro horas, respirando a través de una caña. Yo lo habría clavado.
–Las técnicas de respiración bajo el agua son alto secreto, tío –Mason se quitó lentamente las gafas de sol–. Si te hablara de ello, tendría que matarte después.
–Claro, entendido –Craig sacudió la cabeza–. A lo mejor debería considerar alistarme.
–¿Qué tal las gemelas? –Sue puso los ojos en blanco y se volvió a Hattie–. Debe de ser duro perder a ambos padres. Nuestro hijo mayor, Frank, perdió a su hámster a los dos años y pensé que iba a tener que llevarle a terapia para que dejara de llorar.
–Eh… sí, claro.
Mason no estaba seguro, pero le pareció que Hattie lo miraba suplicante.
–Acabo de recordar que a las dos tenemos que recoger esas galletas que encargué, y la pastelería cierra en diez minutos. Tenemos que irnos.
–¡Madre mía! –Sue apartó el carrito de su hijo cuando Hattie casi lo atropelló con el de las gemelas–. Bueno, me alegra haberos visto.
–Mason –gritó Craig–. Cuando tengas un momento, pásate por la tienda. Me encantará escuchar tus historias de batallas.
–Lo haré –Mason lo saludó con la mano en el aire.
–¿Qué te parece esa mujer? –cuando estuvieron lo bastante lejos, Hattie aminoró la marcha–. Ha comparado la pérdida de Viv y Van con la de un hámster. ¿De verdad tuviste que respirar a través de una caña durante veinticuatro horas?
–¿A ti qué te parece?
–No –ella rio–, pero teniendo en cuenta que cortaste un árbol enorme, lo arrastraste hasta casa y lo colocaste sobre un pedestal tú solito, estoy dispuesta a creerme casi cualquier cosa de ti.
–¿Por qué sigues aquí?
–¿A qué te refieres? –Hattie cruzó la calle.

–No me malinterpretes, pero no recuerdo tus años de instituto como muy felices. ¿Por qué sigues frecuentando a esa gente?

–No lo hago. Eran los amigos de mi hermana, y solían ser los tuyos.

–No me lo recuerdes –Mason dio un respingo–. He cambiado.

–Me encanta Conifer. Aquí está mi familia y el bar. Amigas como Clementine, y mis clientes habituales. Hay poca delincuencia y muchas cosas divertidas que hacer. No me imagino un lugar mejor para criar una familia, sobre todo ahora que resulta que tengo una.

–Te admiro –habían llegado al mercadillo de artesanía–. No creo que yo pudiera hacerlo.

–¿Alguien te lo pidió alguna vez?

El tono irritable de Hattie lo puso en alerta.

Hattie tarareaba un villancico, pero eso no significaba que estuviera tranquila.

Antes de romperse el brazo había controlado la situación con Mason. De no haber sido tan estúpida como para caerse en esas escaleras, él se habría marchado hacía mucho tiempo. Y, por mucho que intentara convencerse a sí misma de que no se sentía atraída hacia él, que ni siquiera lo deseaba porque antes había sido de Melissa, empezaba a temer que sus esfuerzos eran fútiles.

¿A quién quería engañar? Mason siempre había formado parte de ella, pero eso no significaba que fuera a comprometerse formalmente con ella.

Su acción de rescate no se diferenciaba de aquella vez que se había roto el tobillo y él la había llevado a su casa en brazos. Ella le importaba, pero nada más. Incluso había admitido que, después de lo que su hermana le había hecho, ya no podía ofrecer nada a nadie.

Y por eso tenía que dejar de contemplarlo como el hermoso hombre de sus sueños y empezar a verlo como lo que era, el amargado ex de su hermana.

–¿Crees que a Fern le gustaría esto? –Mason sostuvo en alto una caja con forma de casa para pañuelos de papel. Los pañuelos salían de la chimenea.

–Estoy segura de que sí –¿cómo lo hacía? Justo cuando acababa de jurarse a sí misma que iba a superar la enfermiza adicción que sentía por Mason, él hacía algo adorable.

***

Media hora después Hattie acompañó a Mason a la tienda de deportes de Craig.

–Papá lleva años quejándose por haber perdido su mejor caña de pescar.

Mientras Mason se eternizaba en elegir la caña perfecta, Hattie recordó las innumerables ocasiones en que había comprado en esa tienda, con Melissa y su madre, algo para su padre. Era increíble lo mucho que se habían distanciado desde entonces.

Sus padres sin duda le echarían la culpa a su relación con Mason, pero se equivocaban. Sus padres, que una vez le habían parecido infalibles, no eran más que humanos.

Por otro lado casi suponía un alivio saber que eran simples mortales, como los demás, pero ¿por qué habían decidido rendirse? Cierto que Melissa estaba muerta, pero no podían desmoronarse, por ella y por sus nietas. Los necesitaba más que nunca aunque, después de que su padre hubiera golpeado a Mason, ¿qué podía decir siquiera?

–Creo que esta –Mason eligió una–. A papá le encantará. ¿Qué le vas a comprar al tuyo?

–Un saco de carbón. Sigo furiosa con él. ¿Tú no?

–Al principio lo estaba –se dirigieron hacia la caja–, pero me puse en su lugar. Ha perdido a su hija en una muerte sin sentido. Por eso reacciona con tanta agresividad.

–¿Cómo puedes ser tan clemente con mi padre? –tras pagar, salieron a la calle.

–¿Y qué quieres que haga? –Mason sacó el coche del aparcamiento–. Lyle era como un segundo padre para mí. Su puñetazo dolió más emocional que físicamente. Sin embargo, sigo sin entender por qué se empeñan en echarme a mí toda la culpa del divorcio.

–Yo tampoco lo tengo claro –el tráfico era una pesadilla. Hacía un día tan bonito que todo el mundo parecía haber salido de sus casas–, pero seguro que Melissa tuvo algo que ver.

En cuanto mencionó el juego sucio de su hermana, Hattie se sintió culpable.

En muy poco tiempo, Mason había llegado a significar tanto para ella que la asustaba. Desde el principio se suponía que no iban a compartir más que una diversión temporal.

–¿Melissa habló muy mal de mí? –preguntó Mason en el siguiente semáforo en rojo.

–Supongo –ella bajó el rostro, pero él le sujetó la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

–¿Exactamente qué dijo de mí?

–No quiero seguir. No me parece bien.

–¿Y sí te parece bien que tu hermana mintiera sobre mí ante tus padres?

–No quería decir eso.

Durante las horas que siguieron, Mason no volvió a articular palabra alguna.

Capítulo 17

Aquella noche, Mason ayudaba a Hattie a decorar el enorme abeto que había arrastrado desde el bosque. Lo habían cubierto de luces y habían colgado todos los ornamentos de Alec y Melissa. Era un monumento a la fiesta, pero ¿qué había resuelto o demostrado?

La relación de Hattie con sus padres era cada vez más mala. A nadie parecía importarle que estuvieran cuidando de la perfecta casa de Melissa. Y en cuanto a las gemelas, se suponía que eran sus primeras mágicas Navidades, pero mientras estuvieran bien provistas de biberones y pañales, Mason sospechaba que la Navidad no podría importarles menos.

Lo cierto era que no tenía ni idea de qué hacía allí. Tras los dos primeros días de adaptación después de romperse el brazo, Hattie se manejaba perfectamente. Y si ella no lo necesitaba, ¿por qué no había regresado a la base? ¿Por qué se había quedado en Conifer, jugando a las casitas?

–¿Alguna vez vas a volver a dirigirme la palabra?

Él se encogió de hombros.

–Lo siento –Hattie lo abrazó por detrás–. Antes de la muerte de Melissa tomé partido por ti en el asunto del divorcio. Y sigo pensando igual, pero su muerte ha nublado mi cerebro. Mi hermana nunca dijo nada odioso de ti. Se limitó a exagerar su papel de víctima. Supongo que su única salida para no admitir el adulterio era quejarse de que pasabas tanto tiempo fuera que se había visto obligada a buscar consuelo en Alec. El mundo según Melissa.

–Gracias –Mason tomó las manos de Hattie–. El problema es que, sin tu hermana aquí para corroborar mi historia, ya sabemos qué versión van a creer tus padres.

–Lo siento…

–¿Sabes qué me hace gracia? –él le acarició los brazos.

–Lo cierto es que no se me ocurre nada que pueda hacer gracia –ella sonrió con tristeza.

–Puede que «gracia» no sea la palabra adecuada, pero el hecho es que mientras te tenga a ti a mi lado, me da igual lo que piensen tus padres.

Ella no supo qué responder.

–¿Te gustaría poder sentir lo mismo?

–Todo esto es tan complicado –ella asintió y lo abrazó con fuerza–. No sé qué pensar.

–¿Qué tal si lo dejamos en tablas por ahora, apagamos esta obscenidad de iluminación y nos centramos en lo que mejor se nos da? –Mason la besó. Por mucho que le asustara reconocerlo, en el diminuto Conifer, Alaska, con su amiga de la infancia, había encontrado un hogar.

El único problema era cómo demonios iba a mantener ese hogar. Y, sobre todo teniendo en cuenta su anterior fracaso, ¿estaba seguro de querer mantenerlo?

Dos días antes de Navidad, en lugar de acudir al bar, tal y como le había dicho a Mason que haría, Hattie pasó por casa de sus padres. Como madre de las gemelas, debía ser muy concienzuda con todos los aspectos de la maternidad. Si bien jamás alcanzaría el grado de perfección de Melissa, intentaría hacerlo lo mejor posible.

Su madre solía desvivirse por decorar la casa, pero en la puerta seguía colgada la corona que había puesto el día de la muerte de Melissa.

La relación entre Hattie y sus padres se había degradado tanto que llamó al timbre en lugar de entrar.

–Qué agradable sorpresa –fue Akna quien abrió la puerta–. ¿Has traído a las niñas?

–No –Hattie se quitó el abrigo en la entrada.

–Casi me da miedo preguntar quién está con ellas.

–Mason –¿ya estaba otra vez?–. Y es estupendo, mamá. Lo adoran.

–Pasa –la mujer suspiró–. ¿Te apetece algo? ¿Un té?

–No, gracias. ¿Dónde está papá?

El hogar de infancia de Hattie, siempre abarrotado, aunque limpio, se había vuelto un lugar triste. Platos y periódicos cubrían las encimeras y la mesa del comedor estaba repleta de álbumes de fotos.

–Trabaja hasta tarde. Al parecer mantenerse ocupado lo ayuda.

–¿Y tú qué? ¿Tienes pensado hacer algo por ti?

–Estoy pensando en hacer un álbum de recortes –Akna se sentó en el sofá–. Se trata de un gran proyecto. Si quieres, puedes ayudar. Tenía pensado hacer un álbum por cada año que vivió tu hermana. Sin embargo no sé si obviar las fotos de su boda con Mason. La idea es celebrar su vida y no me parece correcto añadir una etapa en la que le hicieron sufrir tanto.

–Por favor, no te lo tomes a mal –Hattie sentía verdaderos deseos de darse de cabezazos contra la pared–, pero ¿por qué os empeñáis papá y tú en culpar a Mason de todo lo que le sucedió a Mel?

Durante un segundo, el gesto de estupefacción de su madre le provocó una punzada de culpabilidad. Pero el recuerdo de las innumerables ocasiones que Mason había compartido con su familia la ayudó a seguir

adelante.

–Cuando me rompí el tobillo, ¿quién me trajo a casa? Y cada vez que Mel remoloneaba con su tarea escolar, ¿quién le sacaba las castañas del fuego? ¿Quién trabajaba en el jardín sin esperar nada a cambio, salvo uno de tus sándwiches de jamón o un guiso de pescado? Cierto que el divorcio de Mel y Mason fue desagradable, pero ¿por qué no quieres comprender que él nunca lo quiso? La amaba tanto como nosotros. Ella era su vida y, básicamente, Melissa la arrojó a la basura. ¿Cómo puedes culparle cuando fue la parte perjudicada?

–Pensé que sería buena idea compartir el proyecto del álbum de recortes –contestó su madre muy agitada–, pero me estás alterando.

–Mamá, necesito que te alteres –Hattie la ayudó a recoger las fotos que se le habían caído de las manos–. Tienes que hacer un esfuerzo y admitir que las niñas necesitan a su abuela.

–Si fuera así, Melissa me las habría dejado a mí, no a ti.

–¿No lo entiendes? –Hattie presionó la frente con los talones de las manos–. Al dejarme a las niñas, Melissa os liberó de la monotonía diaria de biberones, baños y coladas para que pudierais ser sus abuelos. Quería que crecieran adorándoos, como Melissa y yo hicimos con nuestros abuelos. ¿Por qué les niegas esa oportunidad? Y sobre todo, ¿por qué le echas la culpa a Mason?

–¿Por qué culpo a Mason? –las silenciosas lágrimas de Akna se convirtieron en un sollozo–. Pues porque, si no se hubiesen divorciado, tu hermana jamás se habría casado con Alec, y nunca se habría subido a ese avión. Por favor, márchate. Déjame.

Hattie se acercó a su madre para abrazarla antes de marcharse. Había hecho todo lo posible por solucionar los problemas entre ambas. La pelota estaba en el tejado de Akna.

–Estaremos encantados de que desayunéis con nosotros en Navidad, sobre las nueve de la mañana. Fern y Jerry estarán. También he invitado a los padres de Alec, aunque dudo que vengan. Sería una pena perderse la primera Navidad de Viv y Van.

Mientras Fern cuidaba de la gemelas, Mason y su padre recorrían Shamrock's en busca del regalo perfecto para Hattie, Fern y las niñas.

–¿Qué tal una bufanda y unos guantes?

–Hijo –Jerry rio–. Me parece que no te enteras de nada.

–¿Y eso?

–¿No crees que preferiría un anillo?

–¿Y de dónde has sacado esa idea? –Mason casi se atragantó.

–No solo vivís juntos, compartís dos niñas. Te he visto con las tres y

pareces prendado de ellas. ¿Por qué no te casas con Hattie? Está enamorada de ti casi desde el día que empezó a caminar.

–Venga ya… –pasaron por delante del departamento de joyería–. Mi intención siempre fue casarme solo una vez, y ya ves adónde me llevó. Además, tú no volviste a casarte tras perder a mamá, ¿por qué debería hacerlo yo?

–La palabra clave es «perder» –Jerry tomó una caja de bombones–. Lo que te pasó a ti fue diferente. Nunca te lo mencioné, pero Melissa siempre me pareció que tenía demasiados humos. Todo el mundo revoloteaba a su alrededor como si estuviera por encima del bien y del mal, pero lo que Alec y ella te hicieron… Tú no tuviste la culpa y no entiendo por qué te has pasado años culpándote cuando tenías a la dulce Hattie a tu disposición, esperando a que comprendieras que es lo mejor de la familia Beaumont.

–Para ti es fácil decirlo –a Mason le daba vueltas la cabeza–, pero ¿qué pasa contigo y con Fern? Cualquiera que tenga ojos en la cara ve que sois más que amigos.

–Pues claro que lo somos.

–Entonces, ¿admites que sientes algo especial por ella?

–Eso espero, teniendo en cuenta que me casé con ella hace diez años.

–¿Qué? –Mason se paró y miró estupefacto a su padre.

–Ya me has oído. Decidimos no anunciarlo. Yo soy alérgico a sus perros, y no soporto los programas de televisión que le gustan, de modo que pasa la mayor parte del tiempo en su casa –el hombre guiñó un ojo–. Sin embargo, nunca falta los sábados por la noche en mi casa.

–¿Y por qué nunca me lo contaste?

–Lo que quiero es que olvides que me lo preguntaste siquiera.

–¿Qué hacéis? –preguntó Hattie al regresar de casa de sus padres y encontrar a Mason jugando con las niñas en la alfombra.

–Intentamos decir «vaca», pero no hay manera.

–¿Te das cuenta de que aún faltan meses para que pronuncien sus primeras palabras? –ella se unió al trío.

–La mayoría pronuncia su primera palabra alrededor de los doce meses, pero es evidente que aquí tenemos a dos prodigios, de modo que estoy adelantando el momento.

–Ya veo… –Hattie le hizo cosquillas a Vivian en la barriguita. Estar con Mason y las niñas transformaba cualquier momento en mágico–. De acuerdo, preciosas, escupidlo. Según el sargento Mason, para el día de San Valentín, ya deberíais hablar con fluidez.

Mason palideció visiblemente.

–¿Estás bien?

–Me cuesta hacerme a la idea de que, la próxima vez que las vea, ya caminarán y hablarán.

–Me sorprende que hayas pensado en eso.

–¿Por qué? –Mason acercó a Vanessa, que se sentó apoyada contra él. Se la veía tan cómoda que a Hattie le partió el corazón pensar en cómo les afectaría su marcha–. Estas dos me importan mucho.

–Lo sé, pero dado que renunciaste a tus derechos, pensé que para ti no sería gran cosa marcharte.

–Yo también lo creía.

¿Insinuaba que lamentara haber cedido sus derechos? Aunque así fuera, ¿cómo iba a ocuparse de ellas cuando su carrera le obligaba a pasar mucho tiempo en ultramar?

Hattie tenía ganas de narrarle la conversación con su madre, pero no pudo. Mason no se merecía ser arrastrado por la irracional crueldad de esa mujer. Había intentado recordarle los buenos momentos compartidos, pero, si Akna se negaba a escuchar, había poco más que pudiera decirle.

–Tu padre y Fern vienen para Navidad, ¿verdad?

–Por supuesto. Por cierto, tengo una noticia que darte.

–Adelante –Hattie sentó a Vivian en su regazo.

–Prepárate para una bomba. Mi padre y Fern están casados.

–¿Cómo?

–Papá y yo fuimos de compras esta tarde y me confesó que llevan diez años casados.

–Esa es la mayor locura que he oído jamás.

–Yo pensé lo mismo.

–¿Y por qué no viven juntos? –ella escuchó atentamente las razones que Mason le enumeró–. De acuerdo, pero ¿a qué viene tanto secreto? Alguien debió prepararles al menos una fiesta.

–No querían que nadie se entrometiera en sus asuntos –Mason acarició el cabello de Vanessa–. ¿Te suena?

–Quizás –Hattie rio–, pero estoy convencida de que pronto mi padre vendrá para disculparse.

–Pues yo no pienso contener la respiración hasta entonces.

La mañana de Navidad, Hattie fue la primera en despertar. Normalmente, las gemelas dormían hasta las siete y eso le daba tiempo para aclarar sus ideas y tomarse una taza de café.

–¿Adónde te crees que vas? –Mason la agarró por la cintura.

–Casi me da un infarto –ella rio.

–Lo siento. Se me había ocurrido una idea.

–Olvídalo –ella le dio una palmada en el fuerte brazo.

–¿Por qué? Es muy divertido.

Después del apasionado beso, ella no pudo por menos que estar de acuerdo.

Para cuando dieron por terminada la ducha compartida, las niñas habían despertado y reclamaban el desayuno.

–¿Divide y vencerás? –Mason sugirió la habitual rutina.

–Trato hecho.

Después de dar de comer a las niñas, Mason encendió la chimenea.

Hattie puso las luces del árbol y colocó sobre la mesa tres fuentes de galletas que había preparado el día anterior. La madre de Clementine se había ido de crucero y su amiga y los chicos también irían a comer. Fern y Jerry estarían para el desayuno y la comida. Pero ni se atrevía a soñar con que sus padres se presentaran, siquiera para una de las dos comidas.

Vistió a las niñas de verde y rojo, y les colocó lacitos en el pelo para terminar con unos leotardos rojos y zapatitos negros. Esperaba que Melissa estuviera sonriendo desde el cielo.

–¿Te importa vigilar a las ratitas un momento? –le preguntó a Mason–. Necesito arreglarme.

–¿A qué te refieres? –él la miró perplejo–. Estás estupenda.

–Estoy toda sudada. Hoy haremos un montón de fotos y no quiero que en el futuro las niñas se avergüencen de su tía Hattie.

–Eres increíble –Mason acomodó a las niñas sobre el sofá y atrajo a Hattie hacia sí–. Ya sea vestida con chándal, o con un vestido de noche, para mí no hay mujer más hermosa que tú.

–No… –Hattie contempló sus uñas rotas.

–¿Qué? –mientras Mason la besaba, el sol asomó por la cima de las montañas.

El cálido aliento de Mason sabía a café y, de inmediato, Hattie sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo conseguía hacerle sentir la mujer más especial del mundo con un simple beso? ¿Cómo había podido abandonarlo su hermana?

–El sol ilumina tu piel y tus cabellos. Eres tan hermosa.

–Para –susurró ella.

Con el corazón acelerado, Hattie deseó poder estar segura de la sinceridad de esas palabras. A lo mejor no eran más que frases hechas y repetidas a las chicas en Virginia. ¿Cómo iba a averiguarlo jamás?

Capítulo 18

–Qué pena –murmuró Mason–. Tengo que parar o nunca conseguiremos abrir los regalos.

Hattie se vistió y maquilló, sintiéndose capaz de resistir los avances más ardientes de Mason.

Su vulnerabilidad hacia él era mayor cuando estaba relajada. Cuando no pensaba racional sino emocionalmente. Cuando dejaba de centrarse en lo mejor para ella y las niñas.

Bajó las escaleras y se detuvo un instante para grabar en su mente la idílica imagen desplegada ante ella. Sonaban villancicos y Mason estaba arrodillado frente a las gemelas.

–¡*Cucú tás*! –jugaba él, arrancándoles grandes risotadas a las pequeñas.

En un mundo perfecto, Hattie daría cualquier cosa por que se quedara con ellas, pero la perfección no existía. Algo, ya fuera demasiada sal en el pastel de calabaza o su padre golpeando a Mason, siempre iría mal.

El escalón inferior crujió alertando a Mason de su presencia.

–¡Vaya! –silbó él–. ¿Debería cambiarme yo también? –todavía llevaba puesto el pantalón del pijama y no llevaba camiseta.

–Estarás bien así hasta que vengan los invitados –«bien», ni se acercaba a describirlo.

–Estupendo. ¿Podemos abrir ya nuestros regalos?

–Claro –Hattie rio–. Pero eres tú el que harás de Papá Noel.

Horas más tarde, el comedor estaba repleto de rostros sonrientes. Mason contemplaba un mar de papel de regalo y se fijó en Hattie, que acunaba a Vivian. Le hacía cosquillas en la barriguita y el bebé respondía con risitas. Y en ese instante, algo cambió dentro de él. Desde que Melissa lo hubiera abandonado, había perdido la fe en su capacidad para el compromiso, pero de repente no concebía la vida sin Hattie y las gemelas a las que había llegado a amar como si fueran suyas. Ya no importaba que fueran el resultado de la unión entre Melissa y Alec. En todo caso, las amaba más aún porque, si Melissa no lo hubiera abandonado, jamás habría comprendido la verdad. Hattie era la mujer para él.

Como si estuvieran conectados por un hilo invisible, ella levantó la vista. El dulce beso que le sopló le hizo entender al fin el significado del

consejo que le había dado su amigo Calder.

«Lo sabrás cuando lo sepas».

–¡Mamá! ¡Dougie ha hecho trampas! –el grito del hijo mayor de Clementine hizo saltar a Hattie.

–No es verdad –protestó el pequeño de tres años que jugaba con su hermano.

–Siento que estén tan nerviosos –se disculpó Clementine–. Te advertí que, si buscabas unas fiestas tranquilas y hogareñas, te habías equivocado con la lista de invitados.

–Son adorables –le aseguró Hattie–. Además, lo último que quiero es tranquilidad. Me recuerda demasiado que mis padres deben estar ahora cenando comida preparada.

–Creía que habías decidido no preocuparte por ellos –observó Fern.

–Eso es fácil decirlo. Me siento frustrada, pero también preocupada por ellos. ¿Qué necesitan para regresar al mundo real?

–Tiempo –Fern rodeó los hombros de Hattie–. Dentro de uno o dos años habrán vuelto a ser ellos mismos, mimando a las gemelas e inmiscuyéndose en tus asuntos.

–Eso último ya lo hacen –intervino Clementine–. Hattie, ¿le has contado a Fern que tu padre golpeó a Mason cuando lo vio besarte?

–Creía que no íbamos a volver a hablar de ello –Hattie fulminó a su amiga con la mirada.

–Me enteré al poco de que sucediera –Fern le quitó importancia–. Desde que ha vuelto, Mason y su padre se han unido mucho.

Hattie cerró los ojos y pronunció una silenciosa plegaria en la que no cabían todos sus anhelos. De no estar sus padres al borde de la locura, mejor aún, de no haber muerto Melissa, ¿cómo serían las cosas en ese momento? ¿Cómo sería si Mason y ella se hubieran encontrado por casualidad y el amor hubiera florecido? ¿Habrían aceptado sus padres la relación? ¿Podría estar segura de que Mason la quería a ella y no al fantasma de su hermana?

–¡Uff! –suspiró Mason al cerrar la puerta–. Empezaba a pensar que no se marcharían nunca.

–Yo también.

A las diez de la noche, las gemelas llevaban tiempo bañadas y acostadas por Fern y Jerry, que parecían disfrutar con su nuevo papel de abuelos adoptivos.

En la cocina, Mason y ella vaciaron el lavavajillas.

–¿Soy una mala persona por no haber llevado a Viv y a Van a que

vieran a sus abuelos?

–¿Me lo preguntas a mí? –bufó Mason–. En mi opinión, tus padres y los de Alec tienen mucho tiempo que recuperar con sus nietas, y solo ellos son los culpables.

–En caso de que no te lo haya dicho últimamente, gracias –Hattie lo abrazó–, por quedarte cuando me rompí el brazo, por no devolver el puñetazo de mi padre. Gracias por todo. Me entristece que vayas a marcharte.

–En cuanto a eso… –Mason se puso visiblemente tenso–. ¿Qué dirías si no me voy?

–¿Vas a pedir otro permiso? –ella no se atrevía a soñar con el significado de esas palabras.

–No exactamente –Mason se dejó caer sobre una rodilla y le tomó la mano izquierda. Con la mano que tenía libre, sacó un sencillo, aunque precioso, anillo de diamantes–. Cásate conmigo, Hat. Estoy harto de jugar a las casitas. Vamos a hacerlo de verdad.

–Mason… –¿acaso se trataba de un sueño?–. No sé qué decir.

–Pues yo diría que es bastante obvio.

–Sí, pero…

–¿Lo harás? ¿Te casarás conmigo?

«¡Sí!», gritó su corazón.

–Lo siento, pero no –le obligó a decir su cabeza.

¿Cuántas veces había soñado con ese momento? Pero sin la carga añadida.

–¿El qué sientes? –Mason frunció el ceño–. ¿Acabas de rechazarme?

–¿Y qué esperabas? Con todo este lío con mis padres y el hecho de que vives a millones de kilómetros de aquí, por no mencionar que quizás la gente de esta ciudad esté en lo cierto y yo esté viviendo la vida de mi hermana, todo resulta demasiado conveniente, ¿no crees?

–¿Me estás diciendo que me rechazas porque te has distanciado de tus padres y porque tienes miedo de lo que opine esta ciudad?

–¿Acaso puedes culparme por tener dudas? –ella sostuvo la mirada la de Mason–. Todo ha sucedido tan rápido…

–Hattie, si te he pedido que te cases conmigo, no es porque me sienta obligado a ello –Mason agitó los brazos en alto–, es porque creía amarte. Esperaba que me dieras tu opinión, no la de tu madre o tu padre, ni la de Sophie, o la de ese viejo cascarrabias que siempre está en tu bar.

–¿Tú… me amas? –preguntó ella con un nudo en la garganta.

–Hace unos minutos te habría contestado afirmativamente –él sacudió la cabeza–. Pero ¿ahora? Que me aspen si lo sé.

Mason le dio a cada niña un abrazo y un beso de despedida y les susurró su amor. Pero hasta que no se puso al volante del Hummer de Alec, no respiró.

¿Qué había pasado? ¿Había seguido el consejo de su padre y de Calder para ser rechazado?

Lo había dado todo por Hattie y las niñas. Había decidido renunciar a su carrera. ¿Y para qué?

Aparcó frente a la casa de su padre y vio la camioneta de Fern en la entrada.

Lo que faltaba.

Para una vez que necesitaba hablar a solas con su padre, el hombre tenía cosas más importantes que hacer. Y ni siquiera era sábado. De todos modos, llamó a la puerta.

–¿Qué haces aquí? –preguntó su padre–. ¿Va todo bien con Hattie y las niñas?

–Me han llamado a filas –Mason suspiró. No existía la versión corta de la historia y, mortificado por el retraso, optó por una mentira–. Va con el empleo.

–Qué pena que te marches –Jerry lo abrazó–. Pero estoy orgulloso de ti, hijo.

Su padre jamás imaginaría lo mucho que necesitaba Mason oír eso de alguien.

Tras despedirse de Fern con otro abrazo, Mason se dirigió al aeropuerto. Su padre quiso acompañarlo hasta que despegara el vuelo, pero él lo rechazó. Necesitaba estar solo para pensar. La terminal estaba cerrada, pero hizo la reserva desde el móvil para volar a primera hora de la mañana. Dormiría en el coche.

Casi todas sus pertenencias estaban en la casa, pero tanto daba. Las pertenencias eran reemplazables. Lo único que no podría comprar era un nuevo corazón.

Hattie despertó con los ojos hinchados y una almohada vacía a su lado. La pérdida resultaba devastadora. Y el hecho de que fuera ella la causante de tanto dolor, demencial.

¿Qué otra cosa podía haber hecho?

El miedo que clavaba sus garras en la base del estómago le contaba otra realidad. ¿Y si rechazarlo resultaba ser el mayor error cometido en toda su vida?

Los gritos de Vivian le llegaron a través del monitor.

Antes de que Hattie hubiera podido ponerse la bata y las zapatillas, Vanessa se había unido a su hermana. Parecía increíble que el día antes

Mason hubiera compartido la rutina matutina.

Ese hombre lo era todo para ella, pero unirse a él supondría destrozar a su familia aún más.

–¡Dichosos los ojos!

–Gracias –Mason cerró la puerta del apartamento que compartía con Cooper.

Ellos dos eran los únicos solteros del grupo de los SEAL. Y gracias a Hattie, Mason sospechaba que no volvería a ir más allá de tomar una copa con el sexo débil. ¿Sexo débil? ¡Y un cuerno!

–¿Has disfrutado de las vacaciones? –preguntó Cooper.

–Una barbaridad.

–Yo también –su compañero de piso no era muy hablador–. Ha sido un día largo. Creo que me ducharé y me iré a la cama.

–Buena idea. Te veré por la mañana.

–Pues, si quieres saber mi opinión, mejor que se haya largado –la madre de Hattie trabajaba en el álbum de recortes mientras su padre alimentaba la chimenea.

Mason llevaba una semana fuera de su vida y, en cuanto se había extendido el rumor de su marcha, sus padres habían aparecido en casa de Melissa, desviviéndose por cuidar de las nietas.

Pero tal y como se había temido Hattie, las niñas se mostraban inconsolables sin él.

–Me gustaría otorgarme el mérito de haberlo echado de aquí –observó su padre mientras hacía saltar a Vanessa sobre sus rodillas–, pero siempre ha sido un chico listo. Sin duda comprendió que no era bienvenido por aquí.

–¡Dejadlo ya los dos! –espetó Hattie mientras Vivian empezaba a llorar–. Estamos hablando de Mason. Un amigo de toda la vida que me ha ayudado en más ocasiones de las que sería capaz de enumerar, y a vosotros también. Mirad cómo su marcha ha afectado a vuestras nietas. Cuando él estaba aquí, salvo las dos primeras semanas tras perder a sus padres, nunca estaban así.

–¿Insinúas que el recuerdo de tu hermana solo merecía dos semanas de luto? –rugió Akna.

–No me refería a eso en absoluto –Hattie elevó la voz sobre los crecientes aullidos de Vivian–. Pero estáis siendo muy irrespetuosos con Mason. Es un buen tipo, un gran tipo. Y siento mucho que se haya marchado –«sobre todo porque, en gran parte, lo rechacé por respeto a vosotros».

–Hombre de las nieves, mi niña de tres años corre más deprisa que tú. ¡Vamos!

–Sí, señor –durante la semana que había pasado, Mason había llegado a echar mucho de menos su pacífica existencia doméstica. Su cuerpo pronto recuperaría la buena forma, pero temía que la cabeza tardaría mucho más.

–Tienes un aspecto horrible –Calder se acercó a él en un descanso.

–Gracias, tío. Yo también te quiero.

–Pensaba que te casarías con esa chica.

–¿Y de dónde has sacado esa idea? –Mason vació media botella de agua sobre su cabeza.

–Te conté el secreto –Calder miró a su alrededor y susurró–: Lo sabrás cuando lo sepas.

–Pues está claro que no lo supe.

Pasadas dos semanas tras la última discusión, Hattie seguía negándose a dejar a las niñas con sus padres y por eso estaban con ella mientras limpiaba el viejo apartamento. Trevor, que le había ayudado muchísimo tras la marcha de Mason, había sido ascendido a gerente del turno de noche. Y el nuevo cargo llevaba aparejado alojarse en el apartamento. Al menos en cuanto lo hubiera vaciado de todos los trastos inútiles acumulados.

Mason era muy estricto y vivir con él le había enseñado a simplificar su estilo de vida.

Lo echaba de menos con una dolorosa intensidad que casi nunca remitía. Seguía sin estar segura de que no se le hubiera declarado por la nostalgia que le despertaba su hermana, o por pena, pero constantemente se replanteaba su decisión.

De haber aceptado, ¿estaría allí con ella en esos momentos?

¿Habría sido justo, considerando lo mucho que amaba su trabajo?

Vivian se aburrió de jugar en la alfombra y no se privó de demostrarlo con una de sus clásicas rabietas. Para cuando Vanessa se unió a ella, Clementine había subido las escaleras a toda prisa.

–Más gritos como esos y vas a provocarle un infarto a la tía Clem –anunció mientras tomaba a Vivian en brazos.

–Lo siento –Hattie calmó a Vanessa–. Casi he terminado. Solo me queda revisar esta caja.

–Tranquila –la joven se volvió a Vivian–. Tú te vienes abajo conmigo. Ya es hora de que aprendas a disfrutar de las cerezas.

–Gracias –gritó Hattie a su amiga.

Volviendo a la tarea, eligió el último bolso que iba a donar a beneficencia. Era el bolso negro que había llevado el día que Mason y ella habían acudido al despacho de Benton.

Sujetándolo contra el pecho, tuvo que esforzarse por no llorar.

–Van, deberíamos haber luchado por él, ¿verdad? Deberíamos haberle dicho a tus entrometidos abuelos que no nos importaba lo que pensaran.

Tres semanas después, las niñas corrían a toda velocidad con sus andadores y Hattie limpiaba la ceniza de la chimenea cuando sonó el móvil.

Tras limpiarse las manos, tomó el teléfono y asumió la decepción al comprobar en la pantalla que no se trataba de Mason. Era Benton, el abogado de Melissa.

–¿Hattie?

–Sí, hola –ella se sentó junto a la chimenea sin quitarle ojo a las niñas.

–¿Tendrías hoy un momento libre para pasarte por el despacho?

–Supongo. ¿Va todo bien? –el estómago de Hattie se encogió.

–Sí, claro. Es que acabo de encontrar algo que pensé querrías tener.

Tras una ducha rápida, Hattie dejó a las niñas con su madre y se dirigió al despacho de Benton. A juzgar por las carpetas que abarrotaban la sala de espera, había estado de limpieza.

–¿Benton? –llamó ella.

–¡Pasa! –gritó el abogado desde su despacho.

–¿Necesitas ayuda? –Hattie lo encontró agachado bajo el escritorio, recogiendo clips.

–No, casi los tengo todos –al incorporarse, se dio un buen golpe en la cabeza–. Supongo que se veía venir.

–Nadie se merece tanto dolor –ella se sentó en una silla–. Un golpe en la cabeza es lo peor.

–Reserva tus opiniones hasta que veas esto –Benton le mostró un sobre cerrado.

–¿Qué es?

–Una carta. De Melissa. Supongo que, el día que estuvisteis aquí para la lectura del testamento, debió de caerse. Lo siento muchísimo. No sabía que estuviera en la carpeta.

Hattie extendió una mano temblorosa. En su interior se mezclaban muchas sensaciones. Dicha ante el privilegio de recibir un último mensaje de su hermana. Ira contra Benton por haber sido tan descuidado. Y también una pequeña excitación ante lo que fuera que su hermana hubiera sentido la necesidad de compartir con ella desde la

tumba.

–Te dejaré sola –el hombre salió del despacho y cerró la puerta.

Hattie abrió el sobre y, con mano cada vez más temblorosa, luchó por sacar su contenido. Por fin comenzó a leer con los ojos anegados en lágrimas.

Mi dulce Hattie:

Si estás leyendo esto, significa que mis premoniciones eran ciertas y Alec y yo hemos pasado a mejor vida. Te resultará extraño que te haya dejado a ti, y a Mason, a cargo de mis dos ángeles, pero a mi modo de ver era el acto más natural y honorable que podía hacer.

Debo admitir que jamás fui la mujer que Mason se merecía. Yo nunca fui una buena persona como tú. Tú te pasabas la vida ayudando a alguien mientras que yo solo me preocupaba por lograr el bronceado perfecto. Llegada la hora final, supongo que he encontrado la fuerza para admitir que pude haber sido un poco superficial. ¡De acuerdo… muy superficial!

Hattie rio con el espíritu de su hermana mientras se secaba las lágrimas que se negaban a dejar de rodar por sus mejillas.

Pero no te equivoques, aunque incompleta en muchos aspectos, en su conjunto fui la bomba. Y, mi querida hermana, tú también lo eres, y por eso quiero que mis niñas sean criadas por la persona más dulce, buena y cariñosa que conozco. Tú.

Y aquí es donde entra Mason. Uno de mis mayores pesares fue el daño que le hice. Lo culpé de nuestra ruptura por el tiempo que estaba ausente, pero, sinceramente, el problema era que no soportaba vivir sola. Alec se pasaba la vida dando fiestas y tenía esa enorme y preciosa casa. Yo siempre quise vivir como una princesa y Alec me ofreció esa posibilidad. En consecuencia, traicioné a Mason y le causé un gran dolor.

Mason y tú compartíais una conexión que yo jamás tuve con él, ni siquiera después de casarnos. Vuestra amistad a menudo parecía más fuerte que nuestro supuesto amor. Mirando hacia atrás, creo que lo consideraba una conquista, un trofeo. Pero es un buen hombre que merece ser amado. Merece tu amor.

Hattie, por favor no cometas ninguna estupidez como permitir que papá y mamá te digan cómo vivir tu vida. Su intención es buena, pero lo que quiero para ti y mis niñas es que tengáis una buena vida. Mientras escribo esto, sé que no me queda mucho tiempo. Mis sueños de muerte me asustan, pero no tanto como la idea de que mis niñas crezcan solas. Quién sabe, a lo mejor mis pesadillas son el resultado del exceso de vino y al final acabo viviendo hasta los cien años, pero de no ser así, contigo como madre de Vivian y Vanessa, sé que estarán cuidadas y serán queridas. Y si Mason se queda

contigo, y al fin os dais cuenta de lo bien que podríais estar juntos, podré marcharme habiendo hecho algo bueno.

Por favor cría a mis hijas con mucho amor. Me hace feliz pensar que los espíritus de nuestra familia viven en ellas.

Por último, aunque no encuentres el amor verdadero con Mason, nunca dejes de buscarlo. Siempre has sido más lista que yo, pero, en este caso, no te pases analizando el amor. Sigue los dictados de tu corazón. Cuando llegue el momento, sabrás qué hacer.

Te adoro, mi querida hermana. Por favor, no te pongas triste cuando pienses en mí. Os pido a ti y a las niñas que sonriáis al pronunciar mi nombre, tal y como haré yo por todos vosotros.

M

Hattie tomó un pañuelo del escritorio de Benton, apenas capaz de terminar de leer la carta. Ironías del destino, de haberla leído meses atrás, habría comprendido lo que instintivamente siempre había sabido: Mason era, siempre había sido, el hombre indicado para ella.

Imaginándose que no le haría mucho bien recriminarse el haberle dejado marchar, optó por un camino más proactivo de autoayuda y se lanzó de cabeza en pos de sus sueños.

–Ya sé que últimamente eres tú el que me lo pregunta –Mason se dirigió a Heath en un descanso del entrenamiento de buceo–. Pero ¿estás bien? Ahí abajo parecías ausente.

–Estoy bien –su amigo mordió con rabia una barrita energética–. ¡A quién quiero engañar!

–¿Qué sucede? –Mason se acercó a él.

–Ya sabes que Patricia y yo intentamos tener un bebé. Pues resulta que no puede concebir a causa de un tumor.

–Pero será benigno, ¿no? –Mason sintió un agujero en el estómago–. Se pondrá bien, ¿verdad?

–Eso espero. No sé qué haría sin ella.

Mason sabía bien cómo se sentía su amigo. Vivir sin Hattie y las niñas era lo más parecido a respirar con un solo pulmón.

–No pretendía arrastrarte conmigo –se disculpó Heath–. Debo ser positivo. Me tomaré libre el resto de la semana para acompañarla a las pruebas.

–Pensaré en vosotros. Espero que se ponga bien.

–Dios te oiga.

El resto del día estuvo muy ocupado, pero en cuanto tenía un minuto de descanso, Mason no podía evitar pensar en lo mal que lo estarían pasando Heath y Patricia, dos personas que se amaban, pero a los que,

por un cruel capricho del destino, quizás no les quedara mucho tiempo.

En cambio Hattie y él habrían tenido todo el tiempo del mundo, pero ella lo había rechazado.

***

Tipsea’s. Allí era.

–¿Preparadas, señoritas? –Vivian y Vanessa la ignoraron en beneficio de una mariposa que había cometido el error de invadir su espacio aéreo–. Menuda ayuda tengo con vosotras dos.

De momento, Virginia le estaba gustando. El calor ambiente se extendía también a sus gentes.

Haciendo acopio de todo su valor, abrió la puerta del bar, decidida a conocer a Maggie.

–Déjame ayudar –un hombre con uniforme de la marina la ayudó a meter el carrito de las niñas.

–Gracias. Este lugar no está adaptado para bebés, ¿verdad?

–No exactamente –el hombre rio–. Que os divirtáis.

–Gracias.

Tras acostumbrarse a la penumbra del local, comprobó que Tipsea’s tenía muchas ventanas, pero la iluminación permitía a sus parroquianos disfrutar de intimidad. A primera hora de la tarde, las mesas de billar estaban casi todas desocupadas y la pista de baile vacía. El olor a cerveza y a lo que, sin duda, sería una estupenda hamburguesa con queso, lo impregnaba todo.

–Tú debes de ser Hattie –una mujer de cabellos grises extendió los brazos.

–¿Me ha delatado la tropa que me acompaña? –Hattie rio.

–Un poco. Vamos a la oficina. ¡Hank! –gritó–. Me voy al despacho. Llama si me necesitas.

A Hattie le sorprendió agradablemente la oficina, luminosa y acogedora.

–Gracias por recibirme –le dijo en cuanto Maggie se hubo sentado en el sofá y ella en el sillón.

–Es un placer. Debo admitir que tu propuesta me pilló por sorpresa, pero tras pensarlo, descubrí que me atraía la idea de una jubilación parcial.

–Me alegro. Si todo sale bien, este puede ser el inicio de una nueva vida para las dos.

–Es que no me apetece –se quejó Mason camino de Tipsea’s.

Era el día de San Patricio, pero ni toda la cerveza del mundo le

devolvería la sonrisa.

–Solo sales del apartamento para ir a trabajar. Te vendrá bien pasar una noche con los chicos.

–Soy demasiado viejo para ser raptado –Mason deseó haber conducido él mismo. Así podría escaparse a la primera ocasión que tuviera.

–Tú cállate y deja de quejarte. Te aseguro que vas a pasarlo muy bien.

Cuando llegaron a Tipsea's, Mason intentó darse media vuelta y pedir un taxi, pero su amigo lo agarró del brazo.

–Vamos, tío. Tienes que entrar en ese bar.

–No tengo sed.

Ya debería haber superado lo de Hattie, pero Mason temía que ese día jamás llegaría.

–Relájate y al menos intenta divertirte –le aconsejó Cooper mientras señalaba hacia la barra del bar–. La camarera está sirviendo copas.

Mason miró a la mujer y casi se atragantó al ver a Hattie tras la barra de su bar preferido.

–¿De verdad es ella? –le preguntó a Cooper, a pesar de que su amigo no la conocía.

–Si te refieres a Hattie, tu chica, según Maggie lo es. Mi integridad física corría un serio peligro si no te traía esta noche –su amigo saludó con la mano a algunos compañeros–. Yo ya he cumplido con mi misión. Diviértete.

Hattie habló con uno de los camareros antes de acercarse a él. Los ojos marrones brillaban de emoción. Mason quiso mostrar indiferencia hacia el hecho de que hubiera ido en su busca, pero no pudo, pues lo cierto era que le importaba más que nada en el mundo.

–Jamás pensé que podría echar tanto de menos a alguien.

–Yo opino igual –contestó ella–. Lo siento. Quise aceptar tu petición de matrimonio, pero todo aquello me parecía un sueño y jamás pensé que pudiera ser real.

–Jamás te lo habría pedido si no planeara pasar el resto de mi vida contigo y las chicas –cuando Mason la besó, el mundo recobró de golpe todo su sentido–. Por cierto, ¿dónde están?

–Con unos amigos tuyos. Calder y Pandora. Maggie me los presentó.

–¿Cómo es que conoces a todos mis amigos? –preguntó él–. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

–Solo una semana, pero, sin verte, me ha parecido toda un vida. Maggie y yo somos socias. Clem y su madre están pensando comprar mi bar, y he puesto en alquiler la casa de Alec y Melissa. Quería instalarme aquí primero, por si acaso necesitaba poner en marcha el cortejo.

–¿A qué te refieres?

–Ya sabes –Hattie lo besó–, si seguías enfadado conmigo, iba a

necesitar un trabajo y una casa. Utilizando tu lenguaje, una base de operaciones, porque a partir de ahora me perteneces.

–Me gusta cómo suena eso –tras unos cuantos besos más, coreados por los clientes del bar, Mason se apartó frustrado–. ¿Te importa si nos largamos de aquí?

–Pensaba que nunca me lo pedirías.

Salieron del local, hacia su nueva vida. Mason se mantuvo en silencio, emocionado ante el hecho de que la mujer amada corría hacia él, y no en dirección contraria.

–Te amo –Hattie suspiró, apoyando la cabeza en su hombro–. Siempre te he amado.

–Te amo, Hat, pero fui demasiado estúpido para admitirlo, hasta que casi fue tarde –del bolsillo del pantalón, Mason sacó el anillo–. Antes de seguir. ¿Lo de casarnos?

Ella fingió pensárselo.

–Eso no tiene gracia –gruñó él antes de besarla–. Si no me contestas, puede que retire la oferta.

–Sí, por supuesto –el beso confirmó las palabras de Hattie.

–Eso está mejor –Mason deslizó el anillo en el dedo de Hattie–. ¿Adónde vamos?

–Pensaba que tú tenías alguna idea. Mi coche de alquiler está en el bar.

–Ojalá lo hubieras mencionado antes –él giró la cabeza–. Ya podríamos estar en mi apartamento haciendo guarrerías.

–Qué presuntuoso, marinero –Hattie se sonrojó–. ¿Es ese modo de hablarle a tu futura esposa?

–Todas las noches –Mason le guiñó un ojo–. Y por las mañanas, si las niñas no están despiertas.

–Bueno, en ese caso, pongámonos en marcha. Tenemos mucho tiempo que recuperar.

–Me has leído la mente. ¿Hay bastante sitio en el asiento trasero de tu coche?

–Para lo que tienes pensado –ella soltó una carcajada–, vamos a necesitar un modelo más grande.

–Supongo que, si hemos aguantado todo este tiempo, unos minutos más no importarán.

–Eso lo dirás por ti. Vamos –Hattie entró en un hotel, reservó una habitación y por fin pudo reencontrarse con cada centímetro del cuerpo de Mason.

El anillo era precioso, pero más aún el modo en que ese hombre le hacía sentir. Le había cambiado la vida, para mejor, y cada día, hasta el fin de sus días, se lo iba a agradecer.

Epílogo

Parecía increíble, pero Hattie había hecho muchos más amigos fuera de Conifer. Y la mayoría se encontraba allí, en la playa, donde ella bailaba descalza en la fiesta de celebración de su boda. También estaban Jerry y Fern, junto a Clementine, Joey, Dougie y la madre de Clem. Pero los invitados más inesperados fueron, sin duda, los padres de Hattie.

–¿Os importa si os interrumpo? –su padre tomó la mano de Hattie y, para sorpresa de ambos, la de Mason y los miró con ojos llorosos–. Os debo una disculpa. Perder a Melissa ha sido lo más duro que he vivido jamás. Mason, espero que algún día puedas perdonarme por permitir que mi dolor anulara mi sentido común. Golpearte fue deplorable, sobre todo cuando veo la alegría que has traído a la vida de mi dulce y hermosa Hattie –hizo una pausa–. Hattie, ni en los peores momentos dejaste de recordarnos que teníamos mucho por lo que vivir aún. Y, Mason, eres un auténtico caballero. No se me ocurre nadie mejor para cuidar de mi hija.

–Para mí es un honor, señor –yerno y suegro se fundieron en un abrazo al que se unió Akna.

–No puedes hacer eso –por suerte, Jerry y Fern estaban allí para contrarrestar tanta sensiblería.

–No sé por qué no –Jerry sujetaba la copa de helado bajo la fuente de chocolate–. No sé de qué otro modo voy a conseguir salsa de chocolate en mi helado de vainilla.

–Eres imposible –declaró Fern–. No se te puede llevar a ninguna parte.

–Ni que tú fueras el primer premio –su marido admiró el vestido de rayas moradas, zapatos amarillos y rizos a lo Shirley Temple–. ¿Pero qué digo? Eres la mujer más sexy al oeste del Mississippi, o quizás estemos al este. Venga, un abrazo y un beso para tu papaíto.

Hattie ocultó el rostro contra el pecho de su esposo, apenas incapaz de contener su felicidad. Incluso las niñas parecían divertirse con el hijo de Calder y Pandora.

–¿Te imaginabas cuando íbamos al instituto que terminaríamos así? –preguntó ella.

–Sinceramente, en aquella época estaba más interesado en robarte las galletas de la merienda –Mason le acarició la barriga–. Pero ahora que te tengo a ti, y a todas tus futuras galletas, no me importaría conocer ese futuro.

–¿Y qué pasaría si te digo que tienes la mano apoyada en ese futuro?

–¿En serio? –preguntó él cuando al fin asimiló las palabras de Hattie–. ¿Estás embarazada?

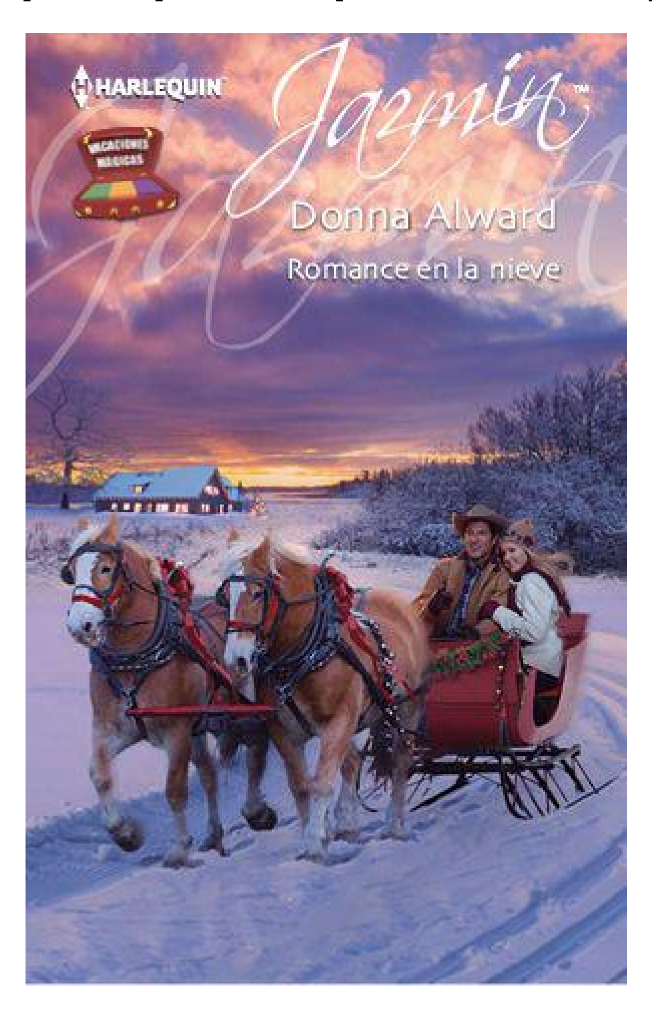
–¿Te parece bien? –ella asintió.

–¿Bien? –Mason la levantó en vilo–. Es perfecto.

Ella, que había dedicado su vida a la búsqueda de la perfección, con Mason a su lado, al fin la tenía a su alcance. Y solo había necesitado seguir el consejo de su hermana. «Sigue los dictados de tu corazón».

Que en su caso, le había llevado a los brazos de su adorable SEAL.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com